



**CENTRO DE INVESTIGACIONES Y ESTUDIOS  
SUPERIORES EN ANTROPOLOGÍA SOCIAL**

---

---

**SER GAY EN LA CIUDAD DE MÉXICO  
LUCHA DE REPRESENTACIONES Y APROPIACIÓN  
DE UNA IDENTIDAD, 1968-1982**

**T E S I S**

QUE PARA OPTAR AL GRADO DE

**DOCTOR EN ANTROPOLOGÍA**

P R E S E N T A

**RODRIGO LAGUARDA RUIZ**

DIRECTORA DE TESIS: DRA. MERCEDES BLANCO SÁNCHEZ

MEXICO, D. F. AGOSTO DE 2007

## Agradecimientos

Esta investigación es resultado de un proceso de formación del que tuve la fortuna de ser parte. Agradezco al Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONACYT) el apoyo económico brindado. Éste se ha traducido en la realización del presente estudio y la invaluable experiencia de cursar el doctorado en antropología en el Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS), en la ciudad de México. Agradezco a mis profesores y compañeros del CIESAS por enriquecer el proceso de aprendizaje. Agradezco al personal del CIESAS por hacer posibles las labores académicas. Mi agradecimiento a las coordinadoras del posgrado en antropología; a Lucía Bazán por estar siempre allí, por su apoyo y confianza; a Eva Salgado porque su presencia ha sido muy importante para mí como maestra, asesora, lectora y guía. Agradezco a los informantes que confiaron en mí y en el valor de esta investigación.

Esta disertación ha sido posible gracias al valioso apoyo de mi directora de tesis, Mercedes Blanco (CIESAS), y se ha enriquecido gracias a las observaciones del comité que ha seguido su desarrollo desde la elaboración del proyecto de investigación hasta su redacción final. Mi agradecimiento a Roger Magazine (Universidad Iberoamericana) y Ariel Rodríguez Kuri (El Colegio de México) por sus cuidadosas lecturas y pertinentes observaciones que hicieron de éste un mejor trabajo.

Mi agradecimiento, también, a los profesores de la línea de investigación, *De lo global a lo local*, a la que esta investigación estuvo adscrita. Gracias a Georgina Rojas, Margarita Estrada y Gabriel Torres por seguir la elaboración del trabajo, en sus distintas fases. Un agradecimiento especial para Mariángela Rodríguez por compartir conmigo sus saberes sobre el tema de las identidades sociales.

Gracias a Iris Jiménez y Ulises Martínez por ayudarme con las transcripciones de las entrevistas y el hallazgo de interesantes documentos, integrados al trabajo. Gracias a Porfirio Hernández por darme a conocer un texto importante para la investigación. Gracias a Nora Maldonado, quien puso a mi disposición las bases de datos de la Universidad Iberoamericana, que me permitieron profundizar en distintas aristas del estudio gracias a investigaciones recientemente publicadas en revistas del mundo de habla inglesa. Gracias a Mariana Laguarda, por ayudarme a perfeccionar las traducciones de las canciones que son analizadas en esta obra.

Distintas personas me han acompañado, desde hace ya muchos años, en el camino que condujo a esta investigación. He tenido la suerte de contar con los expertos comentarios de Barry Adam (University of Windsor), amigo y autoridad global en el campo de estudios sobre las homosexualidades. También han sido enriquecedoras las discusiones sostenidas con James Thing (University of Southern California) quien, simultáneamente, realiza una investigación afín a la mía con el objetivo de convertirse en doctor en sociología. Gracias a María Luisa Aspe (Universidad Iberoamericana) por mostrarse interesada en los hallazgos de este trabajo y hacerme redescubrir su relevancia. Gracias a Julia Palacios (Universidad Iberoamericana) por acompañarme en este camino desde el inicio. Gracias a Víctor Macías (University of Wisconsin-La Crosse) por animarme, desde el principio, a internarme en el estudio de las homosexualidades en la ciudad de México.

Mi agradecimiento para los amigos que me dieron aliento y valiosos consejos mientras me encontraba en los laberintos de la investigación. En mi tránsito por el CIESAS tuve la suerte de conocer a Elsa Rodríguez, Zoraida Ronzón, Rogelio Jiménez, Nayehli Saavedra, Julieta Sierra, Tamara Martínez e Isabel López, quienes constituyeron una fuente de inspiración y siempre estuvieron dispuestos a compartir su experiencia conmigo. Agradezco, también, los sabios consejos y la confianza transmitida por María José Rhi Sausi, Ursula Camba, Estela Roselló, Fausta Gantús, Florencia Gutiérrez, Priscilla Higuera, Ana Cristina Vázquez, Martha Santillán y Gabriela Sánchez, amigas también vinculadas al mundo académico, desde otras instituciones.

Estoy en deuda con la mirada psicoanalítica de Fernando Ruiz, el cariño de Francisca Moreno, quien ha estado conmigo desde que nací, Alfredo y Marién, que me arrojaron a este mundo y nunca han dejado de cuidar de mí. Gracias a mis hermanas, Marifer, Mariana y Elena por todo lo que hemos compartido, y a mis sobrinos, José, Lulú, Juan, María, Diego e Isabel, por tenerle paciencia al tío que, a veces, dedicaba demasiado tiempo a trabajar sobre su tesis.

Todas las personas que he mencionado son mucho más que las limitadas palabras con las que intento mostrar mi admiración y cariño. Y, de muchas maneras, están presentes en las páginas que conforman el presente estudio.

## Índice

Presentación .....	2
Puntos de partida .....	7
Identidad .....	7
La identidad gay; global y local .....	10
Representaciones e identidad .....	17
Universos bajo estudio .....	20
Otras fuentes .....	27
Representaciones negativas .....	29
Estigma tradicional .....	29
Niño “diferente” .....	32
Joven “diferente” .....	36
Un antecedente: 1968 .....	42
Apropiación de la identidad gay .....	47
Los setenta; global y local .....	47
Lucha de representaciones .....	52
Viajes e identidades .....	62
Revolución sexual y movimiento .....	69
El ambiente .....	80
Ciudad de México .....	80
Ciudad de ambiente .....	81
De noche .....	86
De día .....	93
Agresiones .....	97
Sexo y amor .....	103
Nosotros y los otros .....	107
Representaciones globales y locales .....	114
Arcoiris .....	114
Banda sonora .....	115
Miss Universo .....	126
Arte .....	128
La pandemia .....	133
Reflexiones finales .....	140
La entrevista .....	140
La investigación .....	141
El presente .....	147
Referencias bibliográficas .....	151

Nuestra verdadera identidad es un disfraz  
incesante, una broma infinita.

Reinaldo Arenas (2004: 208)

## Presentación

¿Qué es el tiempo? Un misterio omnipotente y sin realidad propia. Es una condición del mundo de los fenómenos, un movimiento mezclado y unido a la existencia de los cuerpos en el espacio y a su movimiento.

Thomas Mann (2005: 441)

Un osito con los colores del arcoiris acompaña a mi sobrino Diego a todos lados. Es el inseparable “osito gay”<sup>1</sup> que le compré durante un viaje a San Francisco. En octubre de 2006, mientras trabajaba en la integración del rompecabezas de esta investigación, él -de cinco años de edad- me llamó emocionado desde Ushuaia, en el extremo sur argentino, para decirme que había visto una bandera gay ondeando en tan lejanos lugares. Yo mismo me he topado con la bandera del arcoiris en el barrio de Chueca, en Madrid, o en Cartagena de Indias, Colombia. Es común verla en distintos lugares de mi ciudad, la más grande del mundo de habla hispana. Esto, por supuesto, apunta a un proceso de globalización que ha incidido entre quienes reconocen esa bandera y entre quienes se definen como gays, sintiéndose representados por ella. Tal asunto, que requiere de una elaboración sobre el viejo tema de la identidad, me llevó por los caminos de la antropología, preguntándome por los mecanismos que, sin quererlo ni temerlo, le dan a cada persona un lugar en el mundo.

El objetivo de esta investigación es rastrear el proceso de apropiación de una identidad global -la identidad gay- en un espacio particular -la ciudad de México- y un tiempo determinado -fundamentalmente, la década de los setenta-, en el que aquélla apareció en escena en las ciudades hispanoamericanas. El conjunto del estudio abarca desde el significativo año de 1968 hasta los primeros embates del SIDA al despuntar la década de los ochenta; dos momentos que, como se verá, resultaron cruciales para quienes vivieron este proceso. Sintetizado en las palabras de uno de los informantes

---

<sup>1</sup> Aunque la palabra gay ha sido adoptada de la lengua inglesa, he decidido no escribirla en cursivas ya que su uso se ha tornado muy común en los diferentes medios de comunicación, las diversas clases de publicaciones y la vida cotidiana de la ciudad de México.

que contribuyeron a la realización de este trabajo, y al que he llamado Luciano,<sup>2</sup> “1968 fue el motor propulsor de la visibilización gay y los primeros años del SIDA retrasaron el proceso de apertura, que se consolidó hasta la década de los noventa.”

El concepto de identidad será entendido aquí como una generalidad históricamente construida en la que ciertos sujetos se reconocen. En esta aproximación, se empleará el término representaciones como medio para vincular distintos niveles de análisis: posiciones en pugna respecto a la aparición de esta categoría identitaria; visiones contradictorias por parte de quienes participaban de este círculo de adscripción en construcción; distintas fuentes que constituyen, a la vez, distintas representaciones sobre el fenómeno; y las prácticas sociales que son organizadas por distintas visiones del mundo, esto es, por las representaciones sociales. El enfoque propuesto busca mostrar los cambios que el modelo identitario gay, de reciente invención en el mundo occidental y ulterior apropiación en el caso que nos ocupa, produjo en las formas locales de comprender y organizar las prácticas homosexuales masculinas.

Si tuviéramos la intención de clasificar este trabajo, podríamos pensarlo como perteneciente al campo de la historia contemporánea. Al constituir una aproximación antropológica a las realidades sociales estudiadas, el estudio se encuentra planteado en términos de la historia cultural o etnográfica, definida por Robert Darnton (1994: 11) como aquélla que se preocupa por las maneras en que la gente común entiende su mundo. Siguiendo a este historiador, que reconoce su fuente de inspiración en la antropología de Clifford Geertz (1994: 1997), me centraré en las formas en que los sujetos organizan su entorno y su conducta dentro de él; a esas formas les llamaré representaciones.

Tal y como se espera de una investigación emanada del ámbito de la antropología, ésta se encuentra marcada por una gran cercanía con la experiencia de los sujetos sociales que vivieron el proceso histórico aludido. El género antropológico de la historia, como sostiene Darnton (1994: 13), tiene su propio rigor, basado en la premisa de que cualquier expresión individual se

---

<sup>2</sup> La información sobre los sujetos entrevistados y la asignación de un pseudónimo para cada uno de ellos, se encuentra en el apartado *Universos bajo estudio*, correspondiente al primer capítulo de la investigación, *Puntos de partida*.

manifiesta mediante el lenguaje general: las representaciones por las que los actores sociales han aprendido a clasificar y entender el sentido de las cosas. En este sentido, un conjunto de testimonios relacionados con el mundo circundante que los posibilitó, permite descubrir la dimensión social del pensamiento imperante en un periodo histórico.

Un trabajo de historia contemporánea, nombrada por Julio Aróstegui (2004: 19) como “historia del presente”, implica ciertas particularidades, pues se aborda el proceso vivido por personas que continúan su tránsito por el mundo. Hay, por tanto, una coincidencia entre la historia vivida (esto es, el devenir, el paso del tiempo percibido por los sujetos sociales) y la historia escrita, que constituye este trabajo (Aróstegui 2004:30). De nueva cuenta, ésta es una historia cercana a la antropología (Aróstegui 2004: 46) cuyo método privilegiado, la etnografía, está anclado en el presente y depende de la interacción directa con los sujetos de estudio.

A manera de advertencia, me corresponde volver a mí, el investigador que ha escrito estas páginas. Como nos recuerda Stuart Hall (1990: 222), todos escribimos y hablamos desde un particular tiempo y espacio, y desde una postura específica; decimos las cosas desde un lugar. Como científico social, he intentado mostrar distintas facetas de la apropiación identitaria abordada. Sin embargo, considerando que la identidad es la forma en que nos posicionamos a nosotros mismos en las narrativas del presente y el pasado (Hall 1990: 225), mi lugar en el mundo está comprometido con este trabajo y cualquier lector deberá tomarlo en cuenta. Tanto a los informantes que colaboraron conmigo en esta investigación como a mí, habiendo vivido distintos periodos históricos, la modernidad nos ha abierto un espacio de autoafirmación que buscamos ampliar y discutir.

También es necesario destacar que las voces recuperadas en el presente texto son las de quienes han logrado sobreponerse (en mayor o menor medida) a los prejuicios, haciéndole frente a la intolerancia, buscando respeto y reconocimiento, y tornándose visibles. Los testimonios de quienes fueron totalmente borrados por la opresión o han vivido en la clandestinidad estarán, inevitablemente, ausentes.

El trabajo está compuesto por seis capítulos. En el primero de ellos (*Puntos de partida*) se establecen las pautas teórico-metodológicas que guiaron



la investigación. El segundo (*Representaciones negativas*) muestra el modelo tradicional de organizar las prácticas homosexuales -y la experiencia de sufrimiento y marginación asociadas con éste-, que resultó desafiado por la apropiación de la identidad gay en la ciudad de México. El tercero (*Apropiación de la identidad gay*) da cuenta del inicio del desplazamiento de las representaciones locales de las prácticas homosexuales por el modelo identitario gay en expansión. En el cuarto capítulo (*El ambiente*) se abordarán los primeros espacios de sociabilidad, propiamente gays, aparecidos en la ciudad de México y las representaciones a ellos asociadas. En el quinto (*Representaciones globales y locales*) se analizan los elementos simbólicos externos e internos que alimentaron el sentimiento de pertenencia al grupo social abordado. El sexto (*La pandemia*) está compuesto por unas cuantas páginas que abordan los efectos de la aparición del SIDA en México y esbozan los cambios que la enfermedad trajo consigo en el proceso seguido por esta investigación. Finalmente, será posible encontrar un último apartado con las reflexiones finales del trabajo.

Resulta importante hacer una última precisión lingüística. La Asociación de Academias de la Lengua Española<sup>3</sup> recomienda que la voz tomada del inglés, *gay* (que significa, como adjetivo, “homosexual” o “de los homosexuales” y, como sustantivo masculino, “hombre homosexual”) se pronuncie adecuándose a las grafías españolas. Además, sugiere que la palabra se escriba en su forma plural como “gais” (y no como gays) y desaconseja el uso del término como adjetivo invariable, como ocurre en la lengua inglesa. Por tanto, habría de preferirse la expresión “bares gais” en lugar de “bares gay”. Sin embargo, dado que, al menos en la ciudad de México, los sujetos prefieren la utilización del término conforme al influjo del mundo de habla inglesa (tanto en el uso de la palabra como en su pronunciación), y esto ha sido así desde el inicio de su difusión durante la década de los setenta, he optado por respetar las voces de los sujetos de estudio y no considerar las normas señaladas. Por otra parte, el uso de la palabra *gay*, tal y como se escribe y pronuncia en inglés, es parte de la construcción identitaria bajo estudio, pues los sujetos se han apropiado de el término de esta forma. Tal

---

<sup>3</sup> *Diccionario panhispánico de dudas*. 2005. Real Academia Española / Asociación de Academias de la Lengua Española. Bogotá: Santillana: 309.

situación también hace evidente la importancia de la relación entre lo global y lo local en la apropiación de la identidad gay en la ciudad de México.

## Puntos de partida

Es la verdad hacia donde corremos, la pluma y yo, la verdad que espero siempre que me salga al encuentro, del fondo de una página en blanco...

Italo Calvino (1996: 85)

[...] me esforzaré por convencer mediante la impregnación progresiva resultante de numerosas lecturas y la convergencia de los documentos y su consonancia en una realización sinfónica.

Jean Delumeau (2005: 45)

### *Identidad*

El eje de este trabajo es la reflexión sobre la identidad, de la que partiremos hacia la comprensión específica de la identidad gay. Si bien puede considerarse que el asunto de la identidad ha estado implícito en múltiples investigaciones realizadas desde las ciencias sociales, ha sido hasta las últimas décadas que este tema se ha problematizado, convirtiéndose en un punto central en la reflexión de algunos académicos. Lawrence Grossberg (2002: 89) sostiene que el conjunto de todos los trabajos realizados en el área social puede dividirse en dos campos conforme a una visión distinta del concepto identidad. El primer modelo, mayoritario hasta ahora, asume -de manera generalmente inconciente- un contenido intrínseco o esencial de cualquier identidad, basado en el origen común o una estructura compartida de experiencia. Esta noción supone la presunta autenticidad u originalidad constitutiva de cualquier identidad social, que la distingue por completo de otras (Grossberg 2002: 89).

El segundo modelo corresponde al enfoque más reciente sobre el tema, que ha rebasado la noción de identidad unificada y originaria (Hall 2002: 1) y sugerido, en cambio, una visión que alude a la toma de posición de los sujetos frente a una generalidad, alejándose de una comprensión de tipo esencialista (Hall 2002: 3). Dicha mirada corresponde al desarrollo del concepto de

identidad como categoría analítica útil en la comprensión de cualquier proceso social. Conforme a esta postura, las identidades se conciben como relacionales e incompletas, siempre en proceso de construcción. Dado que se niega la existencia de un contenido auténtico u origen universal de sus miembros, se considera que cualquier identidad se sostiene en la diferencia o negación de los términos que no puedan ser englobados por ella (Grossberg 2002: 89).

Una parte de los científicos sociales comenzó a poner atención al tema de las identidades sociales hacia finales de la década de los setenta. Siguiendo la interpretación de Eric Hobsbawm (1995: 343), esta situación tuvo su contraparte en un proceso social más amplio: el desarrollo de las entonces novedosas políticas de identidad, muchas veces de tipo étnico, nacional o religioso, que plantearon reivindicaciones y buscaron un enclave de seguridad -la inscripción dentro de un grupo-, en un mundo cambiante que presenciaba el acelerado desplome de los valores tradicionales. David Harvey (1992: 302-303) también ha destacado que uno de los rasgos de la posmodernidad es la necesidad de ceñirse a una identidad para adquirir seguridad en un mundo de rápidas transformaciones. Es a partir de esta problemática global que se ha tematizado la identidad, convirtiéndose en terreno de indagación y desdibujándose como *a priori* (un término que no requiere ser definido) dentro de los estudios sociales.

Una figura central, que ha dado la pauta para pensar el tema de las identidades sociales conforme al segundo modelo descrito, es Michel Foucault (1992; 1996; 1998). En gran medida, la noción de identidad a la que me refiero deriva del pensamiento de este autor, quien realizó un viraje conceptual hacia una historia genealógicamente orientada (Foucault 1992: 12-13). Tal proyecto concebía como labor de la mirada histórica el rastreo de la proliferación de sucesos que producen las categorías en las que el yo se reconoce (Foucault 1992: 12-13), esto es, las identidades. Esta postura antiesencialista concibe la identidad como una construcción social que intenta unir lo heterogéneo (Foucault 1992: 26-27). De manera análoga, en el trabajo del máximo exponente de la escuela británica de los estudios culturales, Stuart Hall (2002: 3-5), el concepto identidad alude a una generalidad históricamente construida en la que un cierto número de individuos se reconoce. Tal categoría intenta unir la heterogeneidad de lo social inventando el pasado común de un grupo y el

sentimiento de pertenencia a un sector específico de la sociedad. En términos del historiador Benedict Anderson (1993: 25), estaríamos hablando de la construcción de una comunidad imaginada y, siguiendo al antropólogo Arjun Appadurai (2001: 23), de una comunidad del sentimiento, en la que se va conformando un grupo que comienza a experimentar e imaginar cosas de manera conjunta.

Según afirma Stuart Hall (2002: 3-5), una categoría identitaria aspira a diluir las diferencias que distinguen a sus miembros por participar en diversos círculos de adscripción. Sin embargo, por partir de lo múltiple, las identidades nunca están completamente integradas. Por tanto, una identidad está más relacionada con el “convertirse en” que con el “ser”, adquiriendo sentido en un juego de diferencia y exclusión, por su capacidad de dejar fuera lo que no es englobado por ella. Desde esta visión, no es posible pensar en identidades absolutas o simples. A nivel social, no podrán constituirse totalidades acabadas y los individuos siempre se situarán con respecto al orden que les asigna un lugar, expresándolo desde cierto ángulo (Augé 1998: 29). En palabras de Hall (2002: 12), esto implica una respuesta productiva del lado del sujeto que resiste y negocia, sin limitarse a adscribirse a una generalidad. Los sujetos diseñan, estilizan y actúan sus propias posiciones. Nunca se acomodan o adaptan por completo a una identidad. De hecho, algunos de ellos nunca la aceptan. En cualquier caso, los individuos se acomodan productivamente, luchan con las normas reguladoras de una identidad (Hall 2002: 14), situación que se traduce en pugnas y contradicciones entre quienes se definen a sí mismos a partir de una misma categoría.

Jeffrey Weeks, pionero de los estudios sobre homosexualidades, ha reflexionado sobre el tema de las identidades sociales, mostrando algunas de sus características. Weeks afirma que las identidades están sujetas a cambios y negociaciones, y sólo orientan parcialmente la vida de los individuos pues pueden ser debilitadas, en distintas situaciones, por otras adscripciones identitarias. En otras palabras, las identidades no son exhaustivas (Weeks 1998b: 217). Sin embargo, muestran de manera simultánea un componente de libertad y otro de imposición. Por una parte, proporcionan confianza, ubicación, armonía y coherencia a nuestras vidas. Por otro lado, también pueden resultar controladoras, restrictivas e inhibitorias (Weeks 1998b: 215). En síntesis, tienen

un componente disciplinario en los términos de Foucault (1996: 203), como instancia coercitiva de control individual que produce sujetos “normales”, acordes al espacio y tiempo que les ha tocado vivir.

### *La identidad gay; global y local*

Hasta aquí es posible afirmar que la identidad gay ha sido construida, como todas, en un proceso histórico. El proceso de construcción de la identidad homosexual, a partir de la que habría de construirse una identidad gay, inició en el siglo XIX. Antes del siglo XIX, existían prácticas que hoy denominamos “homosexuales”. Sin embargo, fue hasta ese momento, comenzando con las sociedades industrializadas de occidente y sus saberes médicos, que se acuñó el término homosexualidad como categoría distintiva, asociada a una identidad (Weeks 1998b: 208). En el antiguo derecho civil y canónico, la sodomía era un tipo de actos prohibidos. En cambio, el homosexual del siglo XIX se convirtió en un personaje definido por su sexualidad desde la psicología, la psiquiatría y la medicina (Foucault 1998: 56).

El sodomita había sido un pecador que incurría en un acto condenable. Y la era cristiana se caracterizó por las extremas medidas para aniquilar estas prácticas, así como los “vínculos especiales” entre sujetos del mismo sexo, tanto en las sociedades europeas como en las colonizadas (Adam 2004: 266). Por consiguiente, entre los marginados de la sociedad novohispana se encontraban los hombres que deseaban o amaban a otros hombres (Gruzinski 1985: 255). Las autoridades coloniales solían denominarlos sodomitas o sométicos en referencia al “pecado nefando” (Gruzinski 1985: 256), que era considerado, a la vez, un atentado contra Dios, la naturaleza y el poder establecido; esto es, la figura del rey (Gruzinski 1985: 264). En el caso de la ciudad de México durante la época virreinal, una hoguera se erguía frente al hospital de San Lázaro donde, después de un juicio sumario, se ejecutaba a los sométicos (Rubial 2005: 65). Así, las personas que se presumían involucradas en prácticas homosexuales, podían convertirse en blanco del odio masivo (Gruzinski 1985: 264-265). Los mismos clérigos podían resultar condenados

por sodomía y ser encerrados a cárcel perpetua en una celda conventual (Rubial 2005: 195).

En el mundo moderno, sin embargo, el “homosexual” emergió como un tipo de persona específica (Gilbert 1985: 61). El término, inventado alrededor de 1860 (Weeks 1998a: 38), surgió para nombrar a una nueva clase de sujetos. Si antes del siglo XIX el sodomita había sido un “relapso”, ahora se había convertido en una “especie” (Foucault 1998: 57). El término homosexual apareció como un principio organizador de los intereses eróticos entre personas del mismo sexo, estableciendo un tipo humano desde la medicina (D’Emilio 1990: 457-458). En la ciudad de México, los homosexuales se tornaron visibles en noviembre de 1901, en torno al famoso “escándalo de los cuarenta y uno”,<sup>4</sup> un baile de homosexuales dentro de la alta sociedad porfiriana que alimentó la homofobia popular, complacida por la deportación de los inculcados hacia Yucatán (Gruzinski 2004: 482; Buffington 2003: 194). Desde entonces, el número “cuarenta y uno” quedó asociado a la homosexualidad entre chistes, burlas y risas. En aquel momento, el chisme fue desbordado e incluyó la huída del más prominente de los involucrados, Ignacio de la Torre -yerno del entonces presidente mexicano, Porfirio Díaz- (Monsiváis 2001: 306; 1995: 198-199) y del presunto número “cuarenta y dos”, representado en la famosa ilustración de Guadalupe Posada, en la que la mitad de los hombres aparecen vestidos de mujer (Carrillo 2002: 17-18). Además del escándalo, durante el régimen de Porfirio Díaz, cuyo lema era “orden y progreso”, llegó a México la versión medicalizada de la sexualidad, que apostaba por la ciencia en la organización de la vida social (Carrillo 2002: 17). Esto posibilitó el uso de la categoría homosexual para nombrar a un grupo particular de sujetos, que se movían en los márgenes de la sociedad.

Durante los años veinte, el sector homosexual vivía amenazado pero resistía a las persecuciones policíacas. La calle Madero -en ese entonces Plateros- servía como punto de encuentro para los amantes y quienes vendían su adolescencia (Gruzinski 2004: 500). También había reuniones en cantinas y

---

<sup>4</sup> El juicio de Oscar Wilde sacudió a la Inglaterra victoriana en 1895 (Steakley 1990: 235). En Alemania, los escándalos ocurridos entre 1907 y 1909 pusieron en juego el honor nacional y la reputación de importantes personajes de la esfera política, incluido el káiser Guillermo II (Steakley 1990: 234). Si bien los personajes involucrados resultaban desprestigiados y condenados, los escándalos también hacían evidente la existencia de hombres homosexuales, visibilizándolos a escala global.

espacios “turbios”, así como encuentros en la avenida San Juan de Letrán y la Alameda Central (Monsiváis 2001: 327). La Revolución abrió un periodo de libertades relativas para los homosexuales que formaban parte de las esferas artísticas. Se sabía que algunos escritores -Salvador Novo, Xavier Villaurrutia, Carlos Pellicer, Elías Nandino-, pintores -Manuel Rodríguez Lozano, Jesús Reyes Ferreira, Roberto Montenegro, Alfonso Michel, Agustín Lazo- (Monsiváis 1995: 200-201) y personas relacionadas con el mundo de la música -Gabriel Ruiz, Pepe Guízar, José Mojica- (Monsiváis 2002: 90-91), eran homosexuales. Sin embargo, en el México posrevolucionario, desde los años veinte hasta la década del cuarenta, los homosexuales aparecieron como la imagen de la degradación en la obra de los muralistas. En su invención de lo nacional, José Clemente Orozco y Diego Rivera los representaron con ropa entallada y rasgos feminoideos, como la corrompida burguesía que habría de ser barrida por la energía revolucionaria (Monsiváis 2001: 322-323). El nacionalismo revolucionario y la izquierda marxista coincidían en despreciar a los homosexuales, representados como niños mimados de la burguesía capitalista en el poder (Monsiváis 2002: 94). Aun así, en la ciudad de México, existían sitios de reunión para ellos como el pequeño cabaret *Madreselva*, a finales de los años cuarenta y, en la década de los cincuenta, *Los Eloínes*, otro cabaret amenizado por un conjunto cubano (Monsiváis 2002: 102-103). En este periodo existían espacios de sociabilidad como *Las Adelas*, a un costado de la Plaza Garibaldi, comúnmente frecuentado por homosexuales y travestís (Monsiváis 2002: 103), *L’Etui* en Avenida Chapultepec y Florencia o *El Eco*, cabaret y restaurante con dirección en la calle de Sullivan (Monsiváis 2002: 103). Más importantes eran las fiestas privadas que permitían entrar a un círculo de hombres que establecían relaciones erótico/afectivas con otros hombres (Monsiváis 2002: 104), dentro de una atmósfera de mayor seguridad.

A escala global, la aparición de la categoría homosexual posibilitó el posterior surgimiento de una identidad gay, particularmente visible en las ciudades norteamericanas tras la segunda guerra mundial (Weeks 1998b: 208-209). El establecimiento de relaciones homosexuales fue facilitado por la transición al capitalismo que, al debilitar la centralidad de la familia y los lazos de parentesco en las relaciones sociales, abrió nuevas posibilidades para la creación de vínculos entre personas del mismo sexo (Adam 1998: 22) La mano



de obra libre posibilitó el establecimiento de relaciones autónomas entre hombres, que ahora podían sobrevivir fuera de las redes familiares (D'Emilio 1990: 457). Por su parte, el término "gay" reforzó la existencia de una condición homosexual, eliminando el contenido patológico que la categoría "homosexual" solía evocar (Plummer 1998: 85).

El historiador John D'Emilio (1992: 10) sostiene que desde los años cincuenta existía una identidad gay claramente consolidada en los Estados Unidos. Ésta se vio favorecida por la cultura de protesta vivida en ese país durante la década de los sesenta. Si bien el movimiento estudiantil, feminista y negro, no tuvieron relación directa con las reivindicaciones de los gays, sentaron un precedente para que aquellos estigmatizados por su sexualidad pudieran integrar su propio movimiento y luchar por la igualdad social, además de crear un estilo de vida propio (D'Emilio 1998: 224). Así, el viernes 27 de julio de 1969, poco antes de la medianoche, una redada en el Stonewall Inn, un bar gay de Nueva York, desembocó en un evento que posteriormente sería conocido como los disturbios de Stonewall (*Stonewall riots*). Ante las acciones policíacas de esa noche, los clientes respondieron de manera inusual, enfrentando a los agresores en la calle. A partir de ese momento, comúnmente considerado como la primera revuelta gay de la historia, comenzaron a formarse organizaciones y grupos de liberación gay en los Estados Unidos (D'Emilio 1998: 231-232). De esta manera, el último cuarto del siglo XX constituyó un periodo de recomposición de fuerzas en el mundo occidental puesto que el movimiento gay obtuvo varios éxitos, logrando eliminar leyes en contra de las prácticas homosexuales y desafiar las concepciones patológicas que la medicina tenía sobre la homosexualidad, alejándola del campo de la enfermedad (Adam 2004: 269-267).

El sociólogo Stephen O. Murray (2000: 213-355) sostiene que antes de que el modelo gay de organizar las prácticas homosexuales comenzara a difundirse por el mundo, en distintas sociedades era común la reproducción de los roles tradicionales<sup>5</sup> de género durante las interacciones que desde el siglo

---

<sup>5</sup> Utilizo los términos "tradicional" y "moderno" siguiendo a Héctor Carrillo (2002: 15-16), no para hablar de progreso o evolución desde formas sociales inferiores hacia otras más desarrolladas, sino para distinguir "viejo" de "nuevo", "local" de "extranjero"; la forma en que las cosas solían ser de cómo empiezan a ser ahora, gracias a nuevas definiciones provenientes del exterior. También es importante destacar que, como argumenta Dennis Altman (1996: 77), los sujetos

XIX denominamos “homosexuales”. La difusión del término gay implicó el paso de una organización de las prácticas homosexuales en la que se presumía que uno de los dos participantes reproducía el rol femenino y otro el masculino, hacia una organización más igualitaria de la homosexualidad (Murray 1995: 138). Dicho de otra forma, la segunda mitad del siglo XX significó el inicio de un proceso (complejo, contradictorio e inacabado) que llevó desde una comprensión de las prácticas homosexuales basada en la reproducción de las formas de género tradicionales, hacia la agrupación de quienes participaban en ellas dentro de una misma categoría o el reconocimiento de todos los involucrados como gays (Chauncey 1995: 22). Esto permitió la construcción de una conciencia de pertenencia a cierta clase específica de personas, que pudieron unirse para la acción política, exigir reivindicaciones, habitar ciertas áreas de la ciudad, demandar determinados servicios y, en síntesis, vivir procesos de identificación, creando un estilo de vida (Murray 2000: 382-383).

De acuerdo con Barry D. Adam (1998: 220), la organización gay de la homosexualidad -que se ha ido volviendo predominante en el mundo occidental y continúa expandiéndose a escala global- se caracteriza por la formación de redes sociales y el establecimiento de lugares en que los individuos participan por un interés homosexual mutuo; por el desarrollo del sentimiento de pertenencia a un grupo específico de la sociedad; por una identidad gay emergente o el surgimiento de una formación social autónoma con suficiente autoconciencia como para atribuirse derechos políticos; y, principalmente, por la posibilidad de establecer relaciones exclusivas e igualitarias entre personas del mismo sexo. Estos vínculos pueden ser considerados exclusivos dado que la sexualidad ha sido liberada del sistema tradicional -heterosexual- de parentesco, e igualitarios tan sólo en el sentido de que el modelo gay de organizar las prácticas homosexuales intenta evadir los roles tradicionales de género. La palabra gay permite imaginar las relaciones entre personas del mismo sexo como una parte central de la propia vida y marca la verdadera creación de una identidad (Altman 1996: 83). El término *gay* (del inglés, “alegre”) se utiliza hoy, a escala global, para designar a sujetos de sexo masculino que prefieren el contacto erótico con personas de su mismo sexo;

---

sociales vivimos entre tradición y modernidad, por lo que las identidades genéricas reflejan ambigüedades y contradicciones.

alude a personas conscientes de esta orientación sexual en tanto característica distintiva (Boswell 1992: 67) y a una comunidad imaginada en la que los individuos se viven como partícipes de un grupo que no podrán abarcar jamás (Anderson 1993: 21); a una identidad pensada más allá de fronteras nacionales. El modelo gay de organizar las prácticas homosexuales supone la concepción de los sujetos agrupados por esta categoría como grupo “étnico”, como un tipo específico de personas (Adam 1998: 227). Y dentro de esta identidad emergente se da la posibilidad de establecer relaciones exclusivas entre personas del mismo sexo, liberadas del sistema tradicional de parentesco y reproducción y, en principio, de los roles tradicionales de género (Adam 1998: 220).

El término gay, proveniente de Estados Unidos, comenzó a difundirse en todo el mundo, desafiando la tradicional estigmatización de los homosexuales. En las grandes ciudades latinoamericanas, comenzó a propagarse con rapidez a finales de los setenta e inicios de los ochenta (Murray 1995: 138). Mientras la palabra gay fue desconocida en América Latina -situación predominante en las grandes ciudades hasta la segunda mitad de los setenta- la comprensión de las prácticas homosexuales parece haber sido análoga al patrón pre-gay identificado en otros lugares del mundo. Éste consiste en que aquellos de quienes se presumía que jugaban el papel activo -penetrador- en una relación homosexual, no eran definidos por tales prácticas y continuaban siendo considerados como hombres “normales”. Y aquellos de quienes se pensaba que jugaban el rol pasivo en dicho encuentro, resultaban estigmatizados (Murray 1995: 138-139).

En México, el significado de las prácticas homosexuales también adquiriría sentido conforme al binomio activo/pasivo. En las comunidades que eran, o todavía son, ajenas a una comprensión gay de estas prácticas, se ha dado una estigmatización del individuo de quien se presume que juega el rol anal/pasivo asociado a lo femenino (Almaguer 1993: 257). Las palabras “joto”, “puto”, “maricón” o “lilo”, por ejemplo, son términos muy conocidos que designan a sujetos que supuestamente juegan el rol pasivo en la penetración anal. El término “mayate” designa al participante activo, que no resulta tan estigmatizado por el encuentro homosexual (Carrier 1995: 11). Los individuos llamados “jotos”, “putos” o “maricones” han sido objeto de burla y ridiculización,

construidos como pasivos y penetrables como las mujeres (Alonso 1993: 118; Almaguer 1993: 260). Y es precisamente ésta reproducción de los roles tradicionales de género la que ha ido siendo desplazada por la identidad gay. Quienes en México se han definido como gays han adoptado los patrones homosexuales “modernos” o “norteamericanos”. Esto significa que tienden a considerarse simplemente como gays sin importar los roles sexuales -pasivos y/o activos- que desempeñen en un encuentro homosexual (Almaguer 1993: 262).

Se ha dicho que en la ciudad de México fueron los jóvenes pertenecientes a los sectores medios los primeros en verse expuestos a la organización gay de la homosexualidad proveniente de Estados Unidos y que continúan siendo los principales promotores de esta identidad, rechazando categorías tradicionales como “machos” y “locas”; “mayates” y “putos” (Lumsden 1991: 41-42). Esto forma parte de un proceso complejo y heterogéneo que continúa hoy en día, puesto que las formas modernas de homosexualidad suelen existir a un lado de las más antiguas y tradicionales, y sus fronteras pueden resultar difusas. Algunos sujetos históricos buscan distanciarse lo más posible de concepciones que considera pasadas de moda, mientras que otros buscan establecer continuidades entre la tradición y el futuro (Altman 1996: 82). Considerando esta problemática, el objetivo central de esta investigación es mostrar quiénes y cómo se apropiaron de la identidad gay en la ciudad de México a partir de la difusión del término gay en la segunda mitad de la década de los setenta; quiénes y cómo adaptaron esta identidad global en un espacio local. Para ello, será necesario rastrear las condiciones que posibilitaron la emergencia de esta identidad en la ciudad de México.

Como se ha dicho, este trabajo se refiere al proceso por el que las formas tradicionales de concebir las prácticas homosexuales comenzaron a ser desplazadas por el modelo gay de organizarlas, en el espacio de la ciudad de México. Esto alude al proceso de globalización, acelerado desde la década de los setenta. En este sentido, la concepción de la identidad gay en cuanto al eje global/local se ciñe a la propuesta de Akhil Gupta y James Ferguson (1999), quienes buscan entender las transformaciones culturales como aquellas que se dan entre espacios interconectados (Gupta 1999: 35), en un momento histórico

donde la gran movilidad de la gente incide en la expresión de las identidades y las prácticas asociadas a ellas (Gupta 1999: 37).

Gracias al proceso de globalización que se ha intensificado desde las últimas décadas del siglo XX, redes, vínculos y relaciones trascienden las fronteras, rebasando el ámbito de los estados nacionales (Shuerkens 2003: 213). El mundo occidental provee estilos de vida y comportamiento a los que el resto del planeta suele aspirar (Schuerkens 2003: 211), adaptándolos de manera peculiar. Así, como se verá, la identidad gay llegó a México desde los Estados Unidos, país que, afirma Dennis Altman (2001: 87), se ha erigido como el modelo cultural dominante en lo que a la globalización de esta identidad se refiere, apuntalado por los distritos gay de las grandes ciudades norteamericanas -en particular Nueva York y San Francisco- donde se ha desarrollado un fuerte sentido de comunidad. El proceso de emergencia de la identidad gay en México inició en la segunda mitad de la década de los setenta, con la difusión del término gay que produciría un sujeto distinto al anterior. Sin embargo, esto no significa que el proceso haya sido idéntico al vivido en las ciudades norteamericanas pues la globalización no implica necesariamente homogeneización, sino una adaptación de lo global en geografías, historias e idiomas específicos (Appadurai 2001: 33).

### *Representaciones e identidad*

La transformación en la comprensión de las prácticas homosexuales, desde formas tradicionales hacia la identidad gay, es heterogénea y no debe entenderse como proceso único (Foucault 1996: 22). Al hablarse de procesos globalizadores, no puede pensarse en la unidad de efectos que suele darse por sentada desde el sentido común (Bauman 2001: 8). Diversas adaptaciones, contradicciones y pugnas caracterizan a estos flujos transformadores. En esta investigación, el concepto de representaciones será central para leer el proceso por el que la identidad gay comenzó a desplazar otras formas de comprender las prácticas homosexuales, aunque en muchas ocasiones subordinándolas más que eliminándolas; o sea, conviviendo con ellas.

La categoría de representaciones tiene por base un enfoque semiótico afín al desarrollado por Clifford Geertz en el campo de la antropología. En su concepto semiótico de cultura, este antropólogo sostiene que el ser humano es un animal inserto en tramas de significación que él mismo ha tejido (Geertz 1997: 20). En este sentido, es al investigador al que le corresponde realizar una interpretación de lo social que atienda a dicho entramado; descubrir las formas simbólicas -palabras, imágenes, instituciones, comportamientos- en los términos en los que, en cada lugar, la gente se representa a sí misma y entre sí (Geertz 1994: 77). El concepto de representaciones también se refiere a un proceso por el que los miembros de una cultura usan el lenguaje (Vergara 2001: 16). Definido de manera amplia, alude a un sistema que produce significados. Por tanto, como ya ha sido señalado, implica un enfoque interpretativo (Hall 1997: 42). Así, tal término constituye una unidad de análisis amplia que intenta rebasar la comprensión de los procesos ocurridos en el lenguaje como un sistema cerrado y estático.

Cuando hablamos de representaciones sociales aludimos a saberes, estereotipos, sentidos comunes, prejuicios, ideas compartidas que conforman un sistema abierto relacionado con prácticas e inserto en relaciones de poder. Los antropólogos han aprendido a concebir a las representaciones colectivas como hechos sociales, es decir, considerándolas trascendentes de la voluntad individual, cargadas con la fuerza de la moralidad y, en definitiva, como realidades sociales (Appadurai 2001: 20). Siguiendo a Roger Chartier (1995: 56), las representaciones colectivas son matrices constructivas del mundo social, que gobiernan las prácticas. La fuerza de las representaciones es constitutiva; no tiene importancia si se trata de imágenes reales o correspondientes a una objetividad, sino una capacidad de construir una atmósfera mental colectiva y ejercer cierta coacción (Vergara 2001: 12). Las representaciones, como espacio de saber común o compartido, tienen el poder de prescribir o programar el comportamiento de los individuos (Vergara 2001: 32). Algunas cualidades de esta noción, ampliamente difundida en el campo de la historia cultural -que en este trabajo, ha sido definida como la forma antropológica de hacer historia-, son analizadas por Roger Chartier (2005: 19-21), quien considera que el concepto “representaciones” es útil puesto que no piensa en una estructura mental única, creando una coherencia ficticia dentro

del análisis social, sino que ayuda a rescatar expresiones singulares, originalidades, oposiciones y, en síntesis, la pluralidad de los sistemas de pensamiento y creencias dentro de una sociedad.

Dado que los actores sociales dan sentido a sus prácticas y a sus palabras situados en la tensión entre sus capacidades inventivas y las coacciones y convenciones que los limitan (Chartier 2005: 34-35), es posible pensar a las identidades sociales como resultantes de una lucha de representaciones entre la visión (sumisa o rebelde) que una comunidad o grupo decide de sí misma y las designaciones o definiciones que le son impuestas desde el exterior. La construcción de una identidad aparece, entonces, como una lucha de representaciones dentro de la sociedad, en la que distintas posiciones intentan imponer su versión de cómo debe ser percibido un grupo (Chartier 1995: 57). Por otra parte, mediante este concepto, es posible articular puntos de vista múltiples, distintas interpretaciones -ninguna omnisciente o imparcial-, a la que se agrega la del investigador (Burke 1992: 296). Finalmente, a nivel metodológico, la noción de “representaciones” pretende armonizar el uso de distintas fuentes pues todas ellas -imágenes, novelas, artículos, entrevistas, noticias, dichos, prejuicios, ideas, palabras o conceptos- son representaciones del mundo.

En cuanto a su relación con la identidad, Abilio Vergara (2001: 40-41) afirma que las representaciones son un factor fundamental de construcción de la pertenencia social. Están relacionadas con el aprendizaje de normas y preceptos; actúan como medio de la interiorización de prácticas; constituyen modelos de conducta y de pensamiento. En conjunto, sitúan a los individuos y grupos permitiendo configurar su identidad personal y social, dotándoles de esquemas para compararse con los otros, formular sus diferencias, semejanzas y oposiciones. La construcción de identidades sociales se sitúa en la tensión entre las representaciones inculcadas por los poderes o las ortodoxias y la conciencia de pertenencia de cada comunidad, que puede apropiarse de ellas o rechazar los modelos considerados “impuestos” (Chartier 2005: 36-37). A la vez, implica un uso colectivo de las representaciones que han sido ampliamente aceptadas y están asociadas con saberes, experiencias, patrones de pensamiento e interpretación (Corsten 1999: 261).

## *Universos bajo estudio*

A lo largo del siglo XX, la ciudad de México concentró las fuerzas políticas, administrativas y económicas del país (Gruzinski 2004: 492). En el periodo de expansión económica comúnmente llamado “milagro mexicano”, que comprendió las tres décadas que corrieron entre 1940 y 1970, la apuesta del progreso nacional encontró sustento en las imágenes de modernidad emanadas desde la capital (Zolov 2004: 121). La más cosmopolita de las ciudades mexicanas, dentro de su torbellino modernizador que buscaba incidir en el desarrollo del país, estaba abierta a las nuevas tendencias globales, como la apropiación de las nuevas identidades sexuales. Fue ésta una de las ciudades latinoamericanas en donde, durante la segunda mitad de la década de los setenta, comenzó a utilizarse la palabra gay (Murray 2000: 359).

Al rastrear la construcción de la identidad gay en la ciudad de México durante la década de los setenta, me referiré a sujetos de sexo masculino. Siguiendo a Mark D. Jordan (2000: 9), considero inadecuado incluir a hombres y mujeres homosexuales en la misma categoría de análisis pues las dos experiencias son distintas y sería una falsa generalización referirse a ambas dentro de una misma categoría de análisis.<sup>6</sup>

Durante el periodo de investigación, entrevisté a hombres que tenían entre 20 y 30 años durante la década de los setenta que, como se ha visto, ha sido señalada por diversos estudios (Balderston 1998; Hernández 2001; List 1999; Lumsden 1991; Sánchez 2002) como el periodo en que emergió la identidad gay en México. La situación de estos personajes como jóvenes durante la época abordada, les permitía participar directamente en la transformación histórica sobre la que se pretende indagar. O, visto desde otra posición, los individuos pudieron ser transformados por los eventos históricos que experimentaron en ese periodo formativo de su vida. Esto pudo haber producido un entendimiento (más o menos) común de la experiencia (Corsten 1999: 260).

En este trabajo, las voces de los informantes, entrevistados a lo largo del año 2005, tienen un lugar central. De acuerdo con tales testimonios, se han

---

<sup>6</sup> Esta práctica, sin embargo, ha resultado útil en la defensa de los derechos de las personas homosexuales.



rastreado otro tipo de fuentes. En general, la historia oral hace posible reconstruir los procesos históricos como fueron percibidos por quienes los vivieron como sujetos o actores; protagonistas u observadores; en fin, como personas que, inevitablemente, resultaron afectadas por ellos durante su tiempo de vida (Collado 1994: 13). Se trata de una herramienta fundamental para realizar un trabajo de historia contemporánea, pues permite rescatar las vivencias y percepciones de los actores sociales (Collado 1994: 14). Por otra parte, la noción misma de historia oral, como revisión del pasado que se da a partir de una entrevista, implica el trabajo sobre la identidad (de Garay 1997a: 6), que atañe a esta investigación. Las historias de vida siempre proyectan las relaciones entre el individuo y la sociedad pues no pueden darse en el vacío. El yo, reflejado en la entrevista, es un yo participativo en la dinámica social (de Garay 1997b: 23). Los juegos de la memoria individual hablan de la construcción de identidades; de las nociones de las continuidades y cambios en la historia (de Garay 1997a: 6) como los que se estudian en este trabajo. Al contar una historia, el narrador intenta dominar el tiempo, preservarse del olvido y construirse una identidad (Portelli 1997: 195).

Las entrevistas fueron realizadas conforme a un guión flexible que dejaba que los informantes plantearan sus propios temas. En mi experiencia, alterar el orden de la entrevista puede resultar valioso cuando emergen asuntos significativos desde la memoria del entrevistado, por lo que es mejor respetar su propio ritmo. Algunos temas que consideré importantes antes de realizar las entrevistas, no lo fueron tanto a la luz de ellas; otros que nunca imaginé se integraron al estudio. La versión final del texto ha sido organizada conforme a los testimonios de los informantes y la centralidad que le otorgan a las diversas aristas que constituyen la investigación.

Para llevar a cabo el trabajo, fue central contar con la colaboración de informantes reflexivos, capaces de aprovechar la entrevista para pensarse a sí mismos. En general, agradecieron la oportunidad de recordar y reflexionar sobre sus vidas. Involucrados en este estudio, que apela a su identidad de manera directa, la mayoría declaró haberse esforzado por ser sinceros y admitir o recordar cosas que no les gustaban de sus personas o de su pasado. Considero que los informantes lograron sentirse en confianza, en gran parte, gracias a que los entrevistó alguien con una experiencia afín a la de ellos, si

bien desde un espectro temporal distinto. Las entrevistas se convirtieron en algo parecido a pláticas entre amigos en las que, muchas veces, tuve que contenerme para no opinar o compartir mis propias experiencias. Durante ellas solía pensar en la enorme cantidad de asuntos y temas que inevitablemente dejaba de lado, dados los intereses de esta investigación que no puede abarcarlo todo. Indudablemente, sería fascinante dar cuenta de cada vida, de cada caso, a mayor profundidad. Sin embargo, es claro que, de todas formas, no hay manera de aprehender, ni mínimamente, la totalidad de una existencia.

Procuré ser cuidadoso con el asunto de la memoria que, como me dijo uno de los informantes, al que he nombrado Francisco, “siempre es flaca”. En este sentido, Gerardo añadió, “memoria histórica no tengo; lo que pasa es que uno ha vivido adaptándose al cambio sin darse mucha cuenta.” Por tanto, como investigador, se hace necesario activar los recuerdos dentro de la conversación y, también, saber que el pasado está siendo constantemente reformulado desde el presente. Por ejemplo, durante la entrevista, los informantes muchas veces usaban la palabra gay para referirse a sí mismos o a sus amigos en el pasado, aunque una vez cuestionados al respecto, admitían que no la utilizaban durante el momento histórico abordado. Así, el pasado amenazaba con desaparecer ante el presente que proyectaba sobre él la victoria “final” de la identidad gay. Para evitarlo era necesario ser consciente del riesgo y caminar con cuidado. Los informantes también hacían constantes comparaciones entre la situación pasada y presente, con el fin de ilustrar sus puntos de vista y mostrar los cambios que han observado a lo largo de sus vidas. Si bien este trabajo se ocupa de un periodo específico, he decidido respetar los testimonios que, centrándose en éste, hacen comparaciones con el año 2005, momento en el que las entrevistas fueron realizadas y desde el que el pasado estaba siendo interpretado.

Este trabajo está centrado en la experiencia de sujetos pertenecientes a los sectores medios que, de acuerdo con diversos trabajos (Lumsden 1991; Hernández 2001; Sánchez 2002), se presumen mayormente expuestos al modelo gay de organizar las prácticas homosexuales. Son los sectores medios, con mayor acceso a la educación, expuestos a la publicidad, al comercio, a los intercambios internacionales, los que conforman el público de lo que comúnmente denominamos “cultura posmoderna” o “globalizada” (Scott 1997:

40). Los elementos que han sido considerados para delimitar a las clases medias de la ciudad de México son los señalados por Claudio Stern (1990: 20-21), quien contempla la existencia de un aspecto que puede considerarse estratégico: la ocupación de los individuos. Por una parte, para desempeñar las ocupaciones, se requieren ciertos conocimientos y habilidades; esto es, educación y escolaridad. Por otro lado, el desempeño de dicha ocupación conlleva remuneraciones diferentes; o sea, ingreso y riqueza. El factor ocupación remite, entonces, a otros dos elementos: educación e ingresos. Estos tres elementos no sólo se correlacionan entre sí sino que se traducen en posibilidades de acceso a estilos de vida y formas de pensar. Determinadas ocupaciones, niveles de escolaridad e ingresos, están estrechamente relacionados, definen la pertenencia a los sectores medios e implican una relación entre las posibilidades de las decisiones individuales y el entorno social (Blanco 1999: 28).

En general, los informantes se encontraron preocupados porque se utilizara su nombre en la difusión de los resultados de la investigación. Más que el temor al reconocimiento público de la orientación sexual, la inquietud se justificaba por el hecho de que algunos de los temas de la entrevista se referían a experiencias íntimas de amor o dolor, o cuestiones asociadas a la vida sexual que, en nuestra sociedad, son consideradas como pertenecientes al campo de la vida privada. Por tanto, como es de rigor en estos casos dentro de la práctica etnográfica, recurriré al uso de pseudónimos. También omitiré detalles de las entrevistas que pudieran descubrir la identidad de los informantes. Atendiendo a la definición de sectores medios establecida, se proporcionan algunos datos de sus ocupaciones, estudios y lugares de residencia en el periodo abordado. Los individuos entrevistados durante el año 2005 para esta investigación, atendiendo el año de su nacimiento, son:

*Juan*, nacido en la ciudad de México en 1938, vivió siempre con sus padres en las Lomas de Chapultepec. Estudió en una escuela privada, laica y bilingüe, hasta la secundaria. Luego, continuó su formación en una preparatoria de orientación católica. Posteriormente, realizó estudios de turismo equivalentes a la licenciatura en una escuela privada.

*Sergio* nació en 1940 y vivió sus primeros años en el Centro Histórico de la ciudad de México. Posteriormente, su familia se mudó hacia una colonia

en la delegación Venustiano Carranza, al centro-oriente de la ciudad. Estudió en la entonces Escuela Nacional de Odontología de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) y después comenzó a trabajar en su consultorio particular.

*Miguel*, nacido en 1942, es originario de Sonora. Vivió su infancia y adolescencia en Sinaloa y llegó a la ciudad de México a los diecisiete años, con el objetivo de cursar la licenciatura. Estudió medicina en la UNAM y vivió en las colonias Roma, Guerrero, Condesa, así como en el Centro Histórico. Está involucrado en la lucha contra el SIDA.

*Gerardo* nació en la ciudad de México “por accidente”, en el año de 1945. Los padres eran originarios del estado de Veracruz, donde vivió hasta los quince años. Llegó a la ciudad con el fin de estudiar la preparatoria y se quedó para siempre. Estudió literatura en la UNAM y vivió en Coyoacán, San Pedro de los Pinos, así como en las colonias Nápoles y Escandón.

*Francisco*, nacido en el año de 1947 en la ciudad de México, estudió en una escuela laica y bilingüe hasta la preparatoria. Posteriormente, cursó la carrera de arquitectura en la UNAM y estableció sus sucesivos domicilios en el área de Polanco.

*Ernesto* nació en Puebla en 1948 y luego se trasladó, junto con su familia, a la ciudad de México. Siempre estudió en escuelas laicas y bilingües, hasta que cursó la carrera de arquitectura en la UNAM. En un principio vivió en el área de Coyoacán y luego se trasladó a Polanco.

*Luciano* nació en 1948 en la ciudad de México y estudió la licenciatura en filosofía en una Universidad privada de orientación católica, así como la licenciatura en sociología en la UNAM. Durante los años setenta, fue militante de dos grupos de liberación homosexual: el FHAR (Frente Homosexual de Acción Revolucionaria) y el Grupo Lambda de Liberación Homosexual.

*Ricardo* nació en la ciudad de México en el año de 1951. Vivió su infancia en la colonia Portales y, posteriormente, se mudó de manera definitiva a la Narvarte. Estudió filosofía en una Universidad privada de inspiración católica.

*Ignacio* nació en 1956, en la ciudad de Monterrey. Llegó a la ciudad de México en 1979, “siguiendo un amor” y estudió la licenciatura en economía en

la UNAM. Vivió en las colonias Portales, Escandón, del Valle, Narvarte, Coyoacán y Nápoles.

*Pablo*, nacido en la ciudad de México en 1959, vivió con sus padres hasta los veinte años en la colonia Agrícola Oriental. Luego se trasladó a Tlaltelolco. Se convirtió en ingeniero agrónomo, realizando sus estudios en una institución del estado. Fue militante del Partido Comunista y, posteriormente, se involucró en la lucha contra el SIDA.

*Antonio* nació en la ciudad de México en 1959 y vivió por muchos años en las Lomas de Chapultepec, con sus padres. Posteriormente, se trasladó hacia la colonia Juárez. Estudió la licenciatura en historia del arte en una Universidad de inspiración católica.

Siguiendo el ejemplo de Fernando Cortés (2000: 92-94), es posible construir un perfil cualitativo, un retrato hablado, del conjunto de los informantes, que ilustra su pertenencia a los sectores medios, con base en sus testimonios. En mayor o menor medida, los once informantes tuvieron una situación familiar y/o laboral que les permitió alcanzar una vida relativamente holgada, unida al prestigio que los profesionistas tienen en un país donde, hasta hoy, un mínimo de la población accede a estudios de nivel licenciatura. A grandes rasgos, se trata de un conjunto de hombres que vivieron en colonias del área central de la ciudad, correspondiente a las delegaciones Cuauhtémoc, Miguel Hidalgo, Venustiano Carranza, Benito Juárez o Coyoacán. De niños, estudiaron en escuelas privadas, religiosas o laicas. Tuvieron la oportunidad de continuar sus estudios tras la preparatoria, fuera en Universidades públicas o en instituciones privadas, generalmente de inspiración católica. Sus padres eran profesionistas, comerciantes o dueños de alguna pequeña empresa. Por tanto, tuvieron una situación económica (más o menos) desahogada, que les permitió dedicarse al estudio, disfrutar de su tiempo libre y realizar algunos viajes dentro o fuera del país. Es necesario destacar que los informantes son conscientes de su pertenencia a un sector privilegiado de la población, en un país de grandes desigualdades. Todos tenían expectativas de obtener un empleo digno que les permitiera conservar el nivel de vida del que habían gozado en su infancia o juventud, o hasta mejorarlo.

En términos sociológicos, el grupo de informantes entrevistado constituye una “muestra autoseleccionada”, correspondiente a un estudio

cualitativo. El conjunto está constituido por quienes aceptaron ser entrevistados, con base en una red de recomendaciones. Resulta notable que, al ser entrevistados, casi todos los informantes mencionaron nombres de amigos que hubieran podido aportar mucha información para la investigación pero que, lamentablemente, murieron a causa del Síndrome de Inmunodeficiencia Adquirida (SIDA), lo que evoca el impacto que la pandemia tuvo durante los años ochenta. Por otra parte, es evidente que quienes aceptaron la entrevista son sujetos capaces de reconocer su orientación sexual ante sí mismos y ante otro (el investigador), en principio desconocido (si bien, recomendado), que les hizo una serie de preguntas referidas al ámbito de la vida privada. Este hecho coincide con el proceso descrito; el de la apropiación de una identidad que buscó mayor visibilidad y logró autodefinirse de manera positiva, resistiéndose a la total clandestinidad.

Inevitablemente, algunas entrevistas proveyeron más información que otras. Cada una de ellas constituyó una entrada limitada al proceso indagado. Sin embargo, al comparar la serie de entrevistas, el significado de cada una pudo ser entendido en un contexto más amplio. Las experiencias colectivas empezaron a sobresalir. Las anécdotas peculiares se desdibujaron. Comenzaron a confirmarse o replantearse las conjeturas del investigador (Gerson 2002: 211). Al centrarme en coincidencias, gran parte de las particularidades expresadas por los sujetos de estudio quedaron fuera de consideración. Y en conjunto, las entrevistas permitieron ver un amplio proceso de cambio social (Gerson 2002: 201) en las formas de entender y vivir las prácticas homosexuales.

En cuanto al uso que se ha hecho de los testimonios, me ceñiré a la noción de “representación teórica”, desarrollada por Daniel Bertaux (1997: 142-143), y fundada en la importancia de la saturación o repetición de una observación, de la descripción de un fenómeno o una anécdota significativa. A partir de la representación teórica es posible rebasar el plano de lo subjetivo, particular o psicológico, para generalizar y encontrar lo propiamente social. Por otra parte, como nos recuerda Carlo Ginzburg (2001: 18), por singular que sea un sujeto, no puede escapar de su propia época y lugar, del lenguaje del que históricamente dispone para expresarse. Así, todos los sujetos resultan inevitablemente “representativos” (en los términos de un estudio cualitativo) de

su propia época. Por tanto, los límites de este trabajo son, fundamentalmente, los de los testimonios de los informantes, las capacidades de su memoria, en conjunto, y el hecho de que todos ellos decidieron, de una u otra manera, aceptar su homosexualidad dentro del proceso descrito. Queda abierta la puerta para ulteriores investigaciones.

### *Otras fuentes*

A partir de las entrevistas, fueron construidas o rastreadas, en la medida de lo posible, otras fuentes. La primera de ellas, un diario de campo en el que registré comentarios vertidos fuera del tiempo de grabación, que luego he podido citar en este estudio, con autorización de los informantes.

De acuerdo con las fechas y eventos significativos mencionados por los entrevistados, se realizó el trabajo hemerográfico que, por otra parte, permitió apreciar la vida cotidiana en la ciudad de México desde otros ángulos. Durante la búsqueda, el periódico *Excélsior*, fundado en 1917 y segundo en antigüedad entre los periódicos capitalinos contemporáneos (Sánchez 2005: 416), tuvo un lugar privilegiado. Esto, debido a la gran recepción que tuvo en el espacio temporal abordado, cuando tenía el mote de “el periódico de la vida nacional”. Por otra parte, se presume que este diario tuvo mayor libertad en comparación con otros periódicos del momento, a pesar de la vigilancia del partido en el poder. En el clima de supuesta “apertura democrática”, promovida por el presidente Luis Echeverría Álvarez durante la primera mitad de los años setenta, se ejerció un periodismo crítico que culminó con una campaña en contra del entonces director del *Excélsior*, Julio Scherer, y un numeroso grupo de periodistas que fueron expulsados del mismo el 8 de julio de 1976. Por tanto, en la segunda mitad de la década de los setenta, apareció el periódico *Uno más uno*, que pretendía conservar ese aire crítico que antes caracterizara al *Excélsior*, y que también fue consultado para este trabajo. Aún así, en comparación con otros periódicos, el *Excélsior* siguió gozando de una libertad limitada (Sánchez 2005: 415). Cabe aclarar que las revisiones hechas en ambos periódicos no fueron exhaustivas. El trabajo hemerográfico requiere de

mucho tiempo y dedicación, y constituye una gran labor por sí misma. Esta podría ser ampliada en el futuro.

Otras fuentes de este trabajo han sido crónicas como las de José Joaquín Blanco (1997; 2005), Carlos Monsiváis (1995; 2001; 2002), Luis González de Alba (1998), Max Mejía (2004) y José Agustín (1994). También se ha analizado una fuente literaria, la novela de Luis Zapata, *El vampiro de la colonia Roma*, publicada en 1979 (en la bibliografía, 1996) y comúnmente señalada como el “gran clásico de la literatura gay mexicana” (Blanco 1996: 543; Foster 1991: 37; Muñoz 1996: 17). En palabras de Ignacio, quien llegó a la ciudad de México en el año de la publicación de la novela de Zapata y comenzó a familiarizarse con la escena homosexual de la ciudad de México, “el librito estaba muy bien hecho, muy divertido y bien documentado, hablaba de lugares y situaciones reconocibles”. A esto, Gerardo añade, “los lugares de encuentro de la época están bien retratados en el *Vampiro*, así como el lenguaje que se usaba y algunas situaciones que se vivían.” Por tanto, esta novela ha sido incorporada como una fuente más en la investigación, en la medida en que empata con los testimonios de los entrevistados.

También se han utilizado documentos producidos por las organizaciones de liberación homosexual (en específico, el Frente Homosexual de Acción Revolucionaria y el Grupo Lambda de Liberación Homosexual) durante los años finales de la década de los setenta y el inicio de los años ochenta, que de manera afortunada han sido salvados de la destrucción por algunos coleccionistas. Finalmente, se han incorporado al análisis una serie de investigaciones que abordan la época en cuestión, poco tratada desde la disciplina histórica y antropológica hasta ahora. Por otra parte, se han rastreado las investigaciones que se aproximan al tema de las homosexualidades en México, que siguen siendo muy escasas en el campo de las ciencias sociales hasta hoy.



## Representaciones negativas

(Él había sido lo uno y lo otro, pero los nombres no correspondían a las cosas; tan sólo traducen la opinión que de ella se hace el rebaño.)

Marguerite Yourcenar (1993: 189)

Era culpa de otros por una culpa suya y esta culpa suya era tan vieja, tan vieja que parecía imposible que hubiera de pagarla ahora que ya su vida no era sino un recuerdo de sí mismo.

Luisa Josefina Hernández (1985: 99)

### *Estigma tradicional*

Los testimonios muestran que antes de que se abriera la posibilidad de reconocerse como gays, hacia la segunda mitad de la década de los setenta, los sujetos tenían pocos recursos para escapar del estigma y sus consecuencias personales y sociales. “Tenía un conflicto de identidad”, recuerda Juan, quien cumplió veinte años en 1968 y, por tanto, vivió su infancia y adolescencia muchos años antes de la emergencia de la identidad gay en la ciudad de México:

Sí. Yo era diferente. No tenía mucha conciencia, pero cuando éramos niños y jugábamos al rey y a la reina, a mí me daban el papel de reina. Tenía ocho años cuando un empleado de la casa me hizo sexo oral. Y me gustó. Después, a los doce años, en nuestra casa de Cuernavaca, un primo me convenció de hacer “cosas”, con el rollo de que él estaba muy enfermo y necesitaba desahogo sexual. Y me gustó también. Por todo esto, empezaron los conflictos muy fuertes, que no sabes si eres hombre, si eres mujer, ¿qué eres? Eres un monstruo y la Iglesia se te viene encima, y la familia, y el mundo. Y uno se queda solo, sin tener con quien hablar.

Gran parte de la experiencia de sentirse diferente y hasta extraño, está asociada a la injuria que asigna a su destinatario un lugar en el mundo y

produce una conciencia de “anormalidad” en el individuo (Eribon 2001: 31). Esto constituye una experiencia cotidiana. Ernesto asegura que se trata de, “una cosa de la vida diaria. Siempre hay alguien que te va a meter un comentario o te va a insultar en el supermercado... nada más que antes esto era mucho más común, hasta bien visto, y uno podía defenderse mucho menos.” Dada la centralidad de este asunto en los testimonios construidos, en este capítulo se analizan las representaciones tradicionales de las prácticas homosexuales y las experiencias de marginación y sufrimiento que produjeron.

En la novela de Luis Zapata, *El vampiro de la colonia Roma*, publicada en 1979, es visible la magnitud de los insultos asociados a la homosexualidad, quizá los más graves que se le pueden hacer a un hombre en México. El personaje principal de esta obra (Adonis García) recuerda una enfrentamiento en el fue insultado por otro sujeto quien, furioso, estaba gritándole y, “diciéndome las peores cosas que se le podían ocurrir que era un puto un degenerado que la putería la traía en la sangre y que puto me iba a morir que nada más era un pedazo de carne que cualquiera podía comprar” (Zapata 1996: 101).<sup>7</sup> La injuria habita las palabras tradicionalmente empleadas en México para nombrar a quienes se involucran en prácticas homosexuales - especialmente, siendo penetrados-; esto es, los hombres que ocupan el lugar de subordinación socialmente asignado a las mujeres. Los tres términos denostadores más comunes, señalados por los informantes y los documentos del periodo, son:

*Maricón*: que evoca a María, la mujer por antonomasia (Monsiváis 2002: 102), y sus derivaciones, “marica”, “mariquita”, “mariposo”, “mariposón”. Por analogía, también era común la utilización del término “floripondio”.<sup>8</sup>

*Puto*: el equivalente de puta; el que vende su cuerpo (Monsiváis 2002: 102). Así, la mujer más despreciada es equiparada al hombre más estigmatizado de la sociedad mexicana. Entre sus derivados se encuentran

---

<sup>7</sup> Los fragmentos de la novela de Luis Zapata citados en este trabajo respetan la técnica empleada por su autor, que se basa en un hipotético reportaje registrado en una grabadora. Esto tiene por resultado un extenso monólogo en el que su protagonista, Adonis García, nos cuenta su vida, recreando la atmósfera homosexual de la ciudad de México hacia el final de la década de los setenta. Es por eso que, en un intento por recrear la voz del narrador, la obra carece de signos de puntuación e infringe reglas gramaticales y ortográficas.

<sup>8</sup> Juan Jacobo Hernández, “Locabulario”, *Nuestro cuerpo, Información homosexual*, no. 2/3, México, Frente Homosexual de Acción Revolucionaria, julio de 1980: 6.

términos como “puñal”, “puma”, “simpático”. Un sinónimo, de común utilización, es la palabra “culero”.<sup>9</sup>

*Joto*: la figura de la baraja, toda engalanada (Monsiváis 2002: 102). Se dice, también, que el término “joto” proviene de la asociación de la letra “J” con la homosexualidad, puesto que los delincuentes homosexuales eran recluidos en la crujía marcada con esta letra en la Cárcel de Lecumberri de la ciudad de México, antes de ser deportados a las islas Marías donde se les enviaba como criminales “especiales” (Mejía 2004: 60). Suele utilizarse el diminutivo “jotito” para que el término parezca menos ofensivo o “jota” para degradar, pues lo femenino, usado en hombres, está destinado a ser humillante, una renuncia a los privilegios de la masculinidad tradicional.<sup>10</sup>

Otras palabras comunes que aparecieron en los testimonios y documentos son: *loca*, que se refiere a quien pierde el juicio creyéndose mujer (Monsiváis 2002: 102); *lilo*, que alude a la mezcla entre el color rosa, asociado a las niñas, y el azul, característico de los niños;<sup>11</sup> *cachagranizo*, que remite a la idea de delicadeza, los rasgos suaves o sinuosos, y otros términos afines a éste como “mesero sin charola”, “carga-sandía”, “mano caída” o “se le cae la mano”.<sup>12</sup> Otras expresiones, recordadas por los informantes, son “le hace agua la canoa”, “le truena la reversa” o “batea del otro lado”. En general, todas ellas aluden a la erosión de la masculinidad y asimilación a la condición femenina como ocurre con los términos, también de frecuente utilización, *mujercito* y *bonita*.<sup>13</sup>

En el caso de los grupos o personas socialmente marginadas, como el que nos ocupa, las representaciones negativas construyen, en gran medida, la visión de quién se es (Chartier 2005: 36-37) e impiden gratificaciones dentro del contexto social más amplio (Giménez 2002: 45-47). Como es evidente, en la concepción tradicional, el sujeto de quien se presume que asume el papel

---

<sup>9</sup> Juan Jacobo Hernández, “Locabulario”, *Nuestro cuerpo, Información homosexual*, no. 2/3, México, Frente Homosexual de Acción Revolucionaria, julio de 1980: 5.

<sup>10</sup> Juan Jacobo Hernández, “Locabulario”, *Nuestro cuerpo, Información homosexual*, no. 2/3, México, Frente Homosexual de Acción Revolucionaria, julio de 1980: 6.

<sup>11</sup> Juan Jacobo Hernández, “Locabulario”, *Nuestro cuerpo, Información homosexual*, no. 2/3, México, Frente Homosexual de Acción Revolucionaria, julio de 1980: 7.

<sup>12</sup> Juan Jacobo Hernández, “Locabulario”, *Nuestro cuerpo, Información homosexual*, no. 2/3, México, Frente Homosexual de Acción Revolucionaria, julio de 1980: 6.

<sup>13</sup> Juan Jacobo Hernández, “Locabulario”, *Nuestro cuerpo, Información homosexual*, no. 2/3, México, Frente Homosexual de Acción Revolucionaria, julio de 1980: 7.

considerado femenino es el mayormente estigmatizado y, por consecuencia, agredido. En relación con esto, Antonio comenta:

En la secundaria, cuando la hormona se empieza a alborotar y las cosas se descontrolan, “tuve que ver” con varios compañeros en los baños de la escuela. Había cierto coqueteo, una labor de convencimiento y después, casi siempre, eran ellos los que me penetraban a mí. Y luego, los que más me agredían. Se deslindaban diciéndome, “tú eres el puto porque yo te cogí y tú no a mí”.

De esta manera, el “verdaderamente homosexual” es quien ha sido penetrado. Mientras tanto, el penetrador puede sentirse en una situación riesgosa que lo empuja a distinguirse tajantemente del receptor, pero logra escapar de la disminución de su masculinidad por haber realizado una práctica sexual tradicionalmente considerada como masculina.

### *Niño “diferente”*

La escuela solía ser un lugar de sufrimiento para los niños que se sentían y eran vistos por sus compañeros como “diferentes”. Ante esto, es común la indiferencia de las autoridades escolares. A escala global se ha visto que, en ocasiones, muchos de estos niños han sufrido violencia física, frecuentemente con la complicidad de maestros y familiares. También suelen padecer el intento de las instituciones de disciplinarlos respecto a las identidades de género convencionales (Adam 2004: 274). Según recuerda Antonio, “sí, me sentía diferente porque no me gustaba el fútbol, no me gustaba pelearme, de hecho, nunca me peleé en la escuela, y me gustaban mis compañeritos.” En la experiencia de Ricardo, “me sentía totalmente diferente, me sentía raro, me sentía un fenómeno, verdaderamente. Una experiencia feísima. Se burlaban de mí, me jodían la existencia y me sentía culpable.” Francisco evoca, “yo siempre me sentí diferente. Me di cuenta cuando me echaron una bronca en el camión de la escuela, gritándome ‘joto’. Y una amiga me dijo, párate y rómpete la madre. Y como yo soy muy obediente, sí le rompí la madre al cuate que me

había dicho eso.” En esta tónica, Ricardo rescata un momento que resultó crucial en su tránsito escolar:

Hubo un acontecimiento que marcó mi vida. En segundo año [de primaria] le di un beso a un compañero. Y entonces se armó un escándalo, así enorme, un escándalo nacional. Se burlaron mucho de mí, me castigaron por haberle dado un beso al niño. Y desde ese día, mis compañeritos se referían a mí como el “maricón”. Así que en la escuela siempre me estuvieron jode y jode y jode y jode. Yo era el niño diferente de la escuela, era el maricón. Sí, sí, de veras, mi vida en primaria era un tormento, al grado de que, por ejemplo, yo nunca salía al recreo para no estar en el patio con los demás, para que no me molestaran. Me quedaba siempre en el salón, o sea, llegaba, entraba a mi salón, me quedaba en mi salón y salía del salón para ir a mi casa. Desde que llegaba tenía miedo de mis compañeros. Y nunca jamás nadie hizo nada por mí. Ni mi hermano. Lo que hizo es que me borró del mapa. Yo ya no era su hermano.

Ser agredido era una experiencia común. Antonio asegura, “me decían pinche puto. También sufrí agresiones físicas.” Juan explicita, “una vez me tuve que agarrar a trompadas con un estúpido compañerito de la escuela. Me gritaba joto, maricón y cosas de ésas... a lo mejor me notó algo. Le rompí la boca y se acabó el asunto.” Estas injurias solían generar una situación de marginación y, también, de auto-desprecio. A este respecto, situándose en el lugar de la exclusión asignado por los otros, Ignacio manifiesta:

Cuando era niño vivíamos en un departamento. A la vuelta, había un vecinillo, compañero de la escuela, con quien yo jugaba. Pero luego me enteré que éste andaba diciendo: “no, es que el Ignacio es bien mariquita, bien joto”; entonces, quedé estigmatizado, no que yo hiciera algo para provocarlo, se me notaba, vaya, si tú quieres. Me empezaron a decir joto, maricón... y, entonces, mejor me juntaba con otras que eran como yo, igual de excluidas, igual de jotitas.

También hay quienes infieren que, durante esa etapa de sus vidas, encontraron la forma de situarse entre los demás para no ser agredidos. Por ejemplo, Gerardo sugiere:

En la primaria, a los compañeritos que eran muy amanerados sí los hacían sentir mal, y les decían un montón de cosas, pero yo creo que hay una jabonosa línea que es el límite entre “este niño es muy educadito” y “este niño es un maricón”; a mí siempre me dijeron que era un niño muy fino, muy educado, muy bien portado, muy estudioso. Así me salvé de que me llegaran a decir: “es una loquita”.

Ciertamente, las representaciones negativas introyectadas por los actores sociales pueden producirles un sentimiento de inferioridad, frustración e insatisfacción (Giménez 2002: 45-47). En general, estos niños “diferentes” se sentían culpables. Antonio reconoce, “sí experimenté muchas culpas. Sentí que lo que me gustaba no era lo correcto, que yo estaba mal. Nunca llegué a esbozar la palabra homosexual. No lo confrontaba. Simplemente tenía la sensación de, ‘no es correcto lo que hago’.” Miguel puntualiza, “tenía una especie de sensación de estar condenado a ser infeliz.” Luciano interpreta, “esa gran condena social me generaba culpa, pero también un tremendo complejo de inferioridad, como si yo no sirviera para nada.” Además, estaba el sentimiento de encontrarse bajo una amenaza constante, como evoca Pablo, “recuerdo una sensación de disgusto que me provocaba un cuate de la escuela por ser tan amanerado, pero tampoco me gustaba que lo molestaran porque me sentía en constante riesgo de que luego me tocara a mí.”

Los especialistas sostienen que es difícil desprenderse de la socialización orientada en el sentido de la vida heterosexual, vivida durante la infancia; de ahí que el complejo de culpa y el autodesprecio, adquiridos durante esta etapa de la vida, suelen acompañar a los sujetos en su edad adulta (Pollak 1987: 80-82). En cuanto a la lucha por cambiar estos sentimientos, Ignacio expresa:

Mi personalidad se construyó con base en esta estigmatización. Ahora yo soy muy extrovertido, pero en aquél entonces era en exceso introvertido, quería pasar desapercibido, porque yo crecí pensando que había algo malo en mí, que cualquier afirmación mía iba a ser rechazada tan sólo por la forma en que yo la haría. No quería hablar pues pensaba que iban a empezar a decir, “ay, sí tú”, el mariquita, que iban a empezar a joderme y eso me lastimaba mucho. Entonces, trataba de mantener un perfil bajo para no ser lastimado. Más tarde,

esto me llevó al psicoanálisis. En alguna época me consideré la persona más psicoanalizada del mundo y de la vida. Allí fui tratando el asunto de mi homosexualidad y de mi auto-aceptación. Ésa es la gran historia de mi vida.

Los impulsos eróticos vividos durante la niñez también tuvieron un lugar en la experiencia de sentirse “diferentes” e iban comúnmente acompañados de culpa. Sergio afirma, “desde la primaria me di cuenta de que me gustaban los niños. Tenía un compañerito que era mi elegido. Éramos grandes amigos. Había un sentimiento muy especial por parte de ambos, aunque subterráneo.” Gerardo señala, “me acuerdo que desde que estaba yo en el segundo año de la primaria, estaba enamorado de un compañerito. Todavía recuerdo su nombre. No sabía que eso era ser gay pero me sentía raro.” Ignacio cuenta que, “con algún vecino, cuando tenía como diez años, jugamos al doctor. Y entonces se la agarré y el otro anduvo diciendo que me la había metido (o sea, que el puto era yo) Y no era cierto, estaba inventando. Nada más se la había chupado.” Además de la experiencia de saberse diferente, los testimonios muestran la soledad que esta sensación originaba. En palabras de Francisco:

Cuando estaba en la primaria, mi mejor amigo, del que estaba enamorado, me dijo: “oye, es que si seguimos siendo amigos, van a decir que yo soy maricón, entonces tú te tienes que pelear y romperle la cara a no sé quién diablos para demostrar que no lo eres.” Y yo le dije: “no chatito, fíjate que no, yo no me golpeo con nadie.” Con éste, al cual conocí a los seis años, hice cositas medio sexuales, desde los siete u ocho años. Con mi otro amigo, que era mi vecino, también; él me enseñó a masturbarme. Como nos la pasábamos abrazados y experimentando, no me sentía tan diferente hasta la secundaria, donde empecé a sentirme más cercano a la literatura y al arte, y debo haber tomado ciertos amaneramientos que me separaban de los demás. Nunca tuve bronca directa con nadie, pero sí me sentía distinto. Yo no encajaba ni por lo que leía, ni por lo que pensaba, ni por lo que decía, ni por nada. Me hartaba la escuela, me hartaba la gente porque no tenía amigos. Yo no creo que ninguno de mis compañeros fuera gay porque luego nunca me encontré a ninguno en el mundo gay, así que estaba solo.

## *Joven “diferente”*

La institución eclesiástica y sus más comunes enseñanzas tuvieron un papel central en la construcción de un gran sentimiento de culpa, oponiéndose a los deseos sexuales. Antonio recuerda, “un mensaje claro sobre la homosexualidad: es un pecado... un pecadazo. Una vez, un profesor de la escuela [católica] nos dijo, ‘los vamos a hacer hombres, aquí no queremos maricones’.” La familia de Juan, “era súper católica. Mis papás, súper mochos. Totalmente *Opus Dei*. Mi papá siempre decía que si él tuviera un hijo puto, lo mataba.” Ante estos discursos amenazadores, un gran conflicto interno se producía entre quienes eran sujetos del deseo y, también, del rechazo. Luciano sostiene:

Estaban presentes el deseo y el conflicto. Era un deseo que no podía ser realizado, un deseo que inquietaba, intrigaba, desconcertaba. Un deseo que no podía ser suprimido. Por otro lado, el discurso religioso me atormentaba: que si estás manchando el espíritu santo o qué va a decir mi ángel de la guarda, que está a mi espalda, y que está viendo todo lo que yo hago.

En medio de la condena social, parecía necesario ser discreto y cumplir con las normas sociales aunque sólo fuera en apariencia. En este sentido, Sergio afirma:

Ya de joven me cayó el veinte de que había una prohibición religiosa. Que había rechazo, censura, persecución. Y como me tocó vivir en esa época de gran represión, mi norma de conducta siempre fue ser precavido y no escandalizar a nadie. Tenía novias (es más, mis primeras experiencias sexuales completas, fueron con mujeres) y también tenía *amiguitos*, para que todos estuvieran tranquilos.

En materia sexual, la alta jerarquía católica continuaba decidida, fundamentalmente, a prohibir. El Papa Juan Pablo II, designado a fines de 1978 tras la inesperada muerte de su predecesor, se involucró de manera efectiva en el escenario mundial y visitó México, por primera vez, en febrero de 1979, en medio de un entusiasmo desbordante (Aboites 2004: 292). En este



primer viaje, el nuevo Pontífice llevó consigo un importante mensaje de obediencia, llamando a la fidelidad de los mexicanos en cuanto a los lineamientos de la jerarquía eclesiástica (Blancarte 2005: 269). En materia de moral sexual, ese mismo año el Papa insistió en que los matrimonios debían abstenerse de tener relaciones sexuales antes que violar la prohibición eclesiástica sobre los métodos anticonceptivos.<sup>14</sup> Las enseñanzas del catolicismo también continuaban condenando la homosexualidad aunque, en este rubro, solía utilizarse el silencio, ignorando la existencia de los homosexuales y evadiendo el tema del amor entre personas del mismo sexo (Jordan 2000: 51-52). Esta invisibilización también era vivida como una forma de opresión. Por tanto, Ricardo considera que, “el mensaje más terrible era consecuencia de no querer ver lo que ocurría. No existía. Nadie se daba cuenta de lo que me pasaba y, a la vez, me hacían la vida imposible.” Si no se cumplían los lineamientos del Vaticano, la “decencia” exigía, al menos, silencio. Juan recuerda:

A principios de los años setenta, la palabra homosexual, en el hogar, en el seno de una familia católica, apostólica, romana, mexicana, era una mala palabra, como decir verga. No se decía. Se podía decir joto, maricón, para criticar a alguien, pero no homosexual, mucho menos lesbiana. Un día le pregunté a mi mamá, “oye, ¿qué es una lesbiana?” Y mi mamá me respondió: “no se dice así, mi hijito, se dice persiana.” En mi casa la palabra “homosexual” estaba total y absolutamente prohibida. También lo estaba la palabra embarazada, por ejemplo, aunque no fuera tan grave. Y mi familia nunca supo de mí. Oficialmente nunca se habló. Tuvieron la buena educación de jamás preguntarme. Y, en todo caso, yo hubiera tenido la buena educación de jamás contestarles.

Este desencuentro produjo, en mayor o menor medida, un distanciamiento de la institución eclesiástica. “Un día me fui a confesar”, comenta el mismo Juan, “y le dije al padre que había tenido relaciones con un hombre. El padre se horrorizó, era un viejito. Me preguntó si me arrepentía, le dije que no. Y me

---

<sup>14</sup> *Uno más uno*, 4 de noviembre de 1979: 10.

corrió de la Iglesia. Y me fui muy tranquilo, muy feliz, sin mayor problema.” Por su parte, Sergio manifiesta:

Recuerdo un incidente que me dejó muy marcado. Vengo de una familia muy religiosa y en una ocasión, siendo un adolescente, fui a confesarme, y le comenté al sacerdote que había tenido cierto manoseo con un compañerito. El hombre me puso como Dios puso al perico. Me dijo hasta de lo que me iba a morir. Y a partir de entonces, le tomé cierta repulsión a la cuestión religiosa. Principalmente, a los sacerdotes. ¿Quiénes son ellos para dar cátedra de moral o de pudor? Pero, por otro lado, sí soy católico. Tengo muy arraigada la moral religiosa. Ha sido una guerra interna dentro de mí entre mi fe y mis creencias y todo lo que la Iglesia prohíbe.

Por supuesto, el distanciamiento de la iglesia no necesariamente significa renunciar a la fe o la religión, sino a la institución percibida como represora, tal y como lo asegura Ignacio:

Creo en Dios, sí. Soy católico, claro que sí. No apostólico, ni romano, sino guadalupano. Y tuve una etapa culposo-religiosa, si pudiéramos llamarla así, a causa de mi sexualidad. Una etapa muy larga. Yo sentía que no era bueno. Luego crecí, vi las cosas con mayor distancia y opté por seguir siendo creyente, mas no practicante. Yo tengo muy bien diferenciada la cuestión de la fe y la cuestión de la Iglesia y sus prácticas, que no van conmigo.

Es notable la distancia que podía existir entre los lineamientos de las altas jerarquías eclesiásticas y la vida cotidiana de clérigos y fieles. La experiencia de Ricardo muestra como, los sectores más ilustrados de la iglesia, podían tomar una posición distinta a los rígidos lineamientos del Vaticano:

A inicios de los setenta, yo entré a una orden religiosa. Con los dominicos: muy modernos, muy avanzados, muy preparados. Lo mejor de la iglesia, junto con los jesuitas, claro está. Yo creo que, en realidad, mi intención era escapar de mí mismo. Pensaba algo así como: bueno, ya que no la hago en este mundo como gay, me voy a ir de sacerdote y a ver qué onda. Pero no, eso de ser sacerdote era para mí tan sólo un intento de huir. No tenía esa vocación, independientemente de ser gay o no, y ellos me ayudaron a entenderlo y a

aceptarme. Es curioso que estos personajes, miembros de la iglesia, al fin, me ayudaran a liberarme de mi prisión interna. Es que el discurso oficial de las jerarquías es una cosa y la realidad es otra.

Ernesto, quien provenía de una familia alejada de la religión, tenía claro que poseía una ventaja frente a la mayoría de los mexicanos que tenían una orientación sexual afín a la suya. Él intuía que, “no ser católico, ni practicante de otra religión, me hacía más fácil el camino. Y, efectivamente, me liberó de muchas culpas enormes y dificultades para asumirme como gay, que pude ver a mi alrededor, entre mis amigos.”

Si la religión era, casi siempre, un obstáculo, la Universidad tampoco constituía un espacio de clara apertura en aquellos años. Gerardo precisa que:

Tampoco podía hablarse de esto en la Universidad. No se podía hablar abiertamente ni con los compañeros ni con los profesores, y eso que la Facultad de Filosofía y Letras era de lo más abierto que había en México. Sí había algunos que exhibían su homosexualidad pero no se comentaba el punto, aunque eso fuera muy notorio. La gente prefería guardar silencio.

El tema de la homosexualidad tampoco podía mencionarse en otros espacios, aunque éstos tuvieran grandes pretensiones de transformación social. Pablo, por un tiempo militante del Partido Comunista, recuerda que dentro de la organización política:

También había que ser muy cuidadoso porque había cuates muy puritanos. En general, la gente era respetuosa pero era mejor que no hubiera algún elemento que te hiciera políticamente sospechoso. Para muchos la homosexualidad era algo así como una “degeneración burguesa”. Lo mejor era callarse y ser lo más discreto posible.

En algunos casos, también podía padecerse discriminación en el área laboral. Ricardo fue una de sus víctimas y lamenta, “siempre han sido muy mala onda conmigo. Era típico que habíamos dos cuates para un puesto y le daban el puesto al otro nada más porque yo les caía gordo por ser gay. Y nunca he

dicho, 'hola, yo soy gay', pero la gente se da cuenta." En ocasiones, podía presentarse la ocasión de sobreponerse, como le ocurrió a Gerardo:

Durante los setenta, en la Universidad en la que trabajaba, me enfrenté a cierta hostilidad cuando me pidieron que fuera coordinador de la licenciatura y, como no se hablaba pero se sabía, muchos pensaron que por ser homosexual me iban hacer pomada los alumnos y los profesores; que no tenía la firmeza necesaria para ocupar el puesto, que era débil para el cargo... pero me dio mucho gusto poder demostrarles que estaban completamente equivocados.

Ignacio asegura jamás haber enfrentado una hostilidad abierta en el trabajo. Sólo que, "por ahí de repente te enteras que se dicen cosas. Generalmente, ya sabes: 'ay, qué guapo, pero qué desperdicio', o alguna tontería de ésas. En realidad, ésa no es una agresión, sino hasta un halago." De acuerdo con los testimonios, en ciertos espacios hasta podían disfrutarse algunas ventajas por el hecho de ser homosexual. Por ejemplo, Ricardo cuenta:

Alguna época de mi vida trabajé de sobrecargo en Aeroméxico y más bien era al revés; era conveniente ser gay. Fue alrededor del año setenta y siete. Tenía veintitantos años y fue muy divertido porque yo no era el único, mis compañeros también eran gays y, entonces, éramos una especie de fraternidad. Nos ayudábamos y nos divertíamos mucho sin el temor a ser discriminados.

Pese a la intolerancia, los sujetos, impulsados por sus deseos, se involucraban en experiencias sexuales que abrían la pauta para la construcción de una identidad sexual. Pablo recuerda:

Cuando tenía como quince años, un cuate se me acercó en un cine, la primera vez que fui solo. Y me acuerdo que el tipo me tocó y eso me excitó mucho, pero también me dio mucho miedo, de incurrir en lo prohibido, de finalmente hacer lo que supuestamente no debía. Me tardé un año en regresar solo al mismo cine y fue la primera vez que me hicieron sexo oral. De allí, otro chavo me invitó a salirme con él. Fue el día en que me la metieron, en un lote baldío.

Aún en medio de tantas prohibiciones, Luciano enfatiza, “uno se las arreglaba para verse con otros, en los pocos sitios de reunión que había. Sin embargo, siempre estaba la cuestión del miedo a ser descubierto, unido al deseo, que buscaba caminos para imponerse.” En el mismo tenor, Sergio añade, “contra viento y marea, de todas formas, nadie aguanta la represión y de pronto uno se las ingeniaba para tener sus aventuras o la vida te ponía en una situación que se salía de control.” En “caso de necesidad”, Juan recuerda que, “había lugares para dar salida al deseo, aunque antes de la segunda mitad de los setenta, no se llamaban bares gay; eran lugares para putos, que abrían y cerraban de manera medio clandestina, y uno los visitaba por estigmatizados que estuvieran porque no había de otra.”

En el intento por satisfacer los deseos y mantener las apariencias, evitando (en la medida de lo posible) la discriminación, era común optar por una doble vida, como lo explica Juan:

Yo tenía una vida dividida: me subía a un escenario y era hijo de familia decente, muy machín, según yo, y luego estaba el aspecto homosexual de la vida, en medio de una gran represión, pero donde siempre había lugares para entretenerte y divertirte. Viví un teatro toda la vida, tratando de no cometer errores. Ese tipo de cosas le causaban tremendos rollos en la cabeza a la mayoría. Creo que yo lo manejé bastante bien.

Al reflexionar sobre este asunto, Luciano expresa, “mientras no me asumí como gay, llevé un censor dentro de mí que me hacía abstenerme y retraerme sin una justificación racional, sin un argumento válido. Pero, dentro de esa aparente contención, uno se las arreglaba para verse con otros en una suerte de doble vida, muy sufrida.”

Aún para los que querían vivir a partir de una mayor coherencia personal, era difícil encontrar espacios de desarrollo, sin temor a ser agredidos. Ricardo recuerda que, “en la preparatoria, durante los recreos, había un circulito donde nos juntábamos todos los *diferentes*. Nos conocíamos y platicábamos. Así no nos sentíamos tan oprimidos. Claro, no salíamos, ni siquiera existían antros gays, y sí queríamos tener mayor libertad.” Pablo evoca

el conflicto existente entre lo que él quería hacer y el temor a la reacción del entorno:

Ya estudiando la carrera conocí a un sujeto con el que tuve una especie de noviazgo por cerca de cuatro o cinco meses, pero me entró mucho miedo porque él era bastante obvio -se le notaba demasiado- y entonces me dije: si alguien nos llega a ver, va a ser muy evidente el asunto. Yo quería estar contento, vivir lo que me tocaba, tener una relación... pero el entorno era muy rudo.

La tensión entre deseo y prohibición constituía un gran problema a enfrentar, que llevaba implícita la pregunta sobre la propia condición personal y las posibilidades de vida en un entorno excluyente. Tales cuestionamientos, que abrían la puerta para la reelaboración de la propia identidad, resultan evidentes en la experiencia de Antonio:

Por los dieciocho años tenía yo un cuate con el que empecé jugando y luego sólo nos veíamos para tener sexo. Sentíamos mucha culpa y siempre decíamos, “es la última vez”, “vamos a dejar esto”; pero, a la vez, sabíamos que era demasiado bonito para dejarlo. Una vez me dijo, muy preocupado: “es que ya parecemos maricones”; y yo le respondí, “es que somos maricones”. Casi me sacó los ojos por eso. Teníamos un conflicto muy severo. Era una gran prueba de la vida: ¿Qué íbamos a hacer con eso? ¿Quién quiere ser maricón? ¿Qué otra cosa podíamos ser?

#### *Un antecedente: 1968*

En medio del clima represivo, hubo un año especial. El sesenta y ocho es comúnmente evocado en la historia del siglo XX como una época de intensidad de sentimientos, de generosidad y de entusiasmo ingenuo que intentaba, en algún u otro sentido, “cambiar al sistema”; ampliar las libertades individuales, luchar por la justicia social, oponerse a la guerra, y dar la palabra a los jóvenes. Esta conmoción transnacional alcanzó varios países de Europa occidental, como Francia e Italia, y de Europa oriental, como Checoslovaquia o

Yugoslavia. Las movilizaciones también tuvieron gran impacto en Estados Unidos, Japón y México (Procacci 2001: 452).

Para quienes lo vivieron, 1968 aparece como un periodo revolucionario que produjo confrontaciones violentas alrededor del mundo. En Francia, los estudiantes de izquierda ocuparon la Universidad de París (la Sorbona) y se enfrentaron con la policía en las calles; grandes multitudes se manifestaron en contra del gobierno, las políticas universitarias y la injusta distribución del poder y la riqueza dentro de la sociedad francesa. En Praga, las protestas estudiantiles en contra de la ocupación soviética empezaron a finales de 1967 y se volvieron más desafiantes durante la llamada “primavera de Praga” de 1968, finalmente ahogada en sangre por los tanques soviéticos que respaldaron a la dictadura comunista. En las ciudades norteamericanas se dieron protestas estudiantiles contra la guerra de Vietnam, las restrictivas políticas universitarias y los programas estudiantiles tradicionales (Schulman 2001: 1-2; Procacci 2001: 443; Meyer 2003: 111-153).

Antes del movimiento de 1968, la atención mundial había comenzado a centrarse en la ciudad de México debido a los cada vez más cercanos Juegos Olímpicos. El partido en el poder buscaba mostrar a México como una nación moderna e industrializada (Zolov 1999: 119). Así, tras tres décadas de expansión económica conocidas como el “milagro mexicano”, el país se preparó para su “debut cosmopolita” (Rodríguez Kuri 1998: 111). Las Olimpiadas eran una oportunidad de mostrar al mundo los logros de un régimen que se preciaba de su estabilidad y de un sólido avance económico y social (Meyer 2003: 113-114). Sin embargo, durante el año de 1968, estallaron grandes manifestaciones denunciándolo. Esto puso en duda los éxitos posrevolucionarios y la legitimidad del Partido Revolucionario Institucional (Zolov 1999: 121). Una de las grandes manifestaciones de protesta se reunió durante el mes de octubre, en la Plaza de Tlaltelolco. Tras el estallido de unas luces de bengala color verde lanzadas por un helicóptero, presuntas señales para el inicio de la matanza, el ejército y la policía abrieron fuego, masacrando a la multitud. Este acto represivo, aunque minimizado por los principales medios nacionales de comunicación, tuvo resonancia internacional. Sin embargo, en México las consecuencias inmediatas fueron mínimas. La ciudad retomó su calma aparente y los Juegos Olímpicos se celebraron exitosamente.

A pesar de esto, el hecho quedó impreso en el recuerdo de los ciudadanos como fuerza transformadora y fuente de erosión del régimen político imperante (Gruzinski 2004: 514-515).

Los sectores medios fueron los protagonistas del movimiento del sesenta y ocho ya que, como recuerda Luciano, la mayoría de los involucrados eran estudiantes universitarios, es decir, sujetos de clase media, “aunque también pudieran tener una visión de pueblo, preocupándose por los intereses de todos.” Gerardo, quien participó en el movimiento, narra:

Quando yo estaba en la Facultad participé en todas las manifestaciones del movimiento del sesenta y ocho. Hasta me persiguieron en el centro por andar repartiendo volantes que hacíamos subrepticamente. Afortunadamente, no pude asistir a la reunión en Tlaltelolco el 2 de octubre, pero tuve compañeras que sí estuvieron allí y que de milagro salieron vivas. Y es que no consiguieron matar a todos. La multitud se dispersó y algunos alcanzaron a huir. Fue una cosa espantosa. Tras el hasta entonces inimaginable horror de la matanza, me quedó una sensación de tremenda impotencia, de ideales que no se pudieron consumir, y una necesidad de libertad insatisfecha.

Aún quienes no participaron en el movimiento del sesenta y ocho, pudieron percibir el clima de represión que inundó la ciudad durante ese año. Juan recuerda:

En el sesenta y ocho teníamos un presidente autoritario a más no poder, Gustavo Díaz Ordaz, que era feo como él solo. En el aspecto homosexual, como en todos, había mucha represión. Yo nunca fui activista, nunca me metí en esos rollos; yo vivía mi vida, estudiaba, trabajaba, pero sabía que me tenía que cuidar y me enteraba de cosas terribles que pasaban. En una ocasión hubo una fiesta, pura gente homosexual. No recuerdo la razón por la que yo no pude ir. Llegó la policía y fue tanto el miedo de uno de los que estaban en la reunión que se tiró por el balcón y se mató. Y todo el mundo a esconderse a su casa: nadie dijo nada, nadie vio nada, nadie supo nada. Ese tipo de cosas pasaban constantemente.



Por otra parte, el movimiento de 1968 mostró una sociedad cada vez más urbana y diversa, ilustrada y deseosa de expresarse (Aboites 2004: 285-286). Xabier Lizárraga Cruchaga (2003: 161), activista gay y académico, interpreta: “En México, 1968 también se significó como una sacudida, que hacía brotar semillas de inquietud, de las que floreció la inconformidad hasta hacerse presente en forma visual y sonora.” Sobre el impacto del movimiento del sesenta y ocho y los Juegos Olímpicos entre la población homosexual, Ernesto afirma:

Fueron las dos cosas, el movimiento estudiantil, por un lado, y las Olimpiadas. Muchos homosexuales participaron en calidad de edecanes, sobre todo, gente tipo clase media, que hablara idiomas. Muchos se lanzaron de edecanes para conocer atletas extranjeros, de todo el mundo. Entonces, podías ir a todos lados, arguyendo que traías al equipo francés de remo o qué sé yo. Te librabas de la policía. La ciudad se abrió, nos acostumbramos a que hubiera mucho más movimiento, a los turistas jóvenes, desde los más fregados de Rusia hasta los más modernos, gringos, canadienses, ingleses, alemanes, suecos, holandeses... que ya tenían bares gay en sus países y toda la cosa. Fue un gran aprendizaje. Y, por otro lado, un momento de cuestionamiento frente al orden establecido, en todas sus facetas.

El sesenta y ocho fue, a escala planetaria, una “bomba de efectos retardados” que contribuyó a transformar la sociedad y las relaciones interpersonales (Procacci 2001: 454). Aunque los cambios no fueran inmediatos, como asegura Luciano, “desde entonces, recibiríamos los ecos palpitantes del sesenta y ocho; una herencia efervescente, magistral, que dejó una huella indeleble”. Y, como sugiere Francisco, “después del sesenta y ocho las cosas fueron abriéndose mucho; de manera más o menos inconsciente, nos quedamos con la idea de que las cosas podían cambiar y que uno podía tomar decisiones sobre su propia vida.”

Gracias al movimiento comenzaron a recomponerse ciertos arreglos establecidos, como los roles tradicionales de género y el ejercicio de la sexualidad; esa ruptura abarcó mucho más que las relaciones hombre-mujer, para incluir toda una gama de prácticas sexuales -heterosexuales, homosexuales y bisexuales- (Cohen: 614) ya que, como concluye Luciano, “el

sesenta y ocho, queriéndolo o no, estuvo globalmente unido a las expresiones del movimiento feminista y la liberación sexual. Y de alguna forma, abrió una puerta que no volvería a cerrarse.”

## Apropiación de la identidad gay

Quienes intentaran codificar los significados de las palabras librarían una batalla perdida, porque las palabras, como las ideas y las cosas que pretenden significar, tienen historia.

Joan W. Scott (1999: 28)

Al reflexionar ahora sobre todas estas cosas, comprendo que yo asistí a aquel proceso de una manera gradual, acostumbrándome a cada fase, sin verlo en realidad.

Imre Kertész (2001: 157)

### *Los setenta; global y local*

Durante la década de los setenta, México continuaba siendo gobernado por el Partido Revolucionario Institucional, un régimen autoritario a la vez que progresista y moderado, en vez del tipo celosamente represivo que apareció en el Cono Sur desde los años sesenta. El régimen mexicano era inclusivo, en general, dado a la cooptación y la incorporación en vez de la exclusión y el aniquilamiento, salvo casos excepcionales, como el sufrido en 1968. Existía un sistema institucional en lugar de un instrumento personalista; y unos líderes civiles en vez de gobernantes militares (Smith 1998: 93).

Tras la mancha de Tlaltelolco, que cuestionaba profundamente al partido en el poder, el régimen intentó realizar una “apertura”. A lo largo de los mandatos de los presidentes Luis Echeverría Álvarez (1970-1976) y José López Portillo (1976-1982), el gobierno buscó atraer a los grupos inconformes por medio de distintos elementos como amnistías para quienes se habían opuesto a él; apertura de nuevos centros de educación superior (como la Universidad Autónoma Metropolitana, en 1974); mecanismos de apoyo para la clase trabajadora; sucesivas propuestas de reforma electoral; discursos sobre la apertura democrática; proyectos para acercarse a diferentes grupos de intelectuales y artistas (Aboites 2004: 286).

Una vez en la presidencia, Luis Echeverría Álvarez se esforzó por distanciarse de la política represiva de su antecesor, que desembocó en la tragedia de 1968, en la que él también estuvo implicado y que, en realidad, habría de continuar durante su sexenio (Meyer 2003: 118). En el periodo de Echeverría, México adquirió una imagen internacional progresista gracias a la solidaridad hacia los perseguidos políticos. Tras el golpe militar en contra del gobierno socialista chileno presidido por Salvador Allende, ocurrido en 1973, la embajada mexicana dio refugio a muchos perseguidos políticos (Meyer 2002: 95). El presidente también condujo una activa política exterior, promoviendo una mayor justicia internacional (Meyer 2003: 118-119). Por otra parte, una reforma política durante el periodo de José López Portillo reconoció por primera vez el pluralismo político y legalizó a grupos de oposición y asociaciones políticas que disintían del gobierno (Pérez 2005: 397). En la práctica, sin embargo, diversos grupos continuaron organizándose al margen de las instituciones de participación política: estudiantes, guerrilleros, campesinos (Pérez 2005: 391) y el partido en el poder buscó ejercer el mayor control posible sobre el país.

A pesar de que el régimen se empeñara en vigilar y controlar, México no podía mantenerse ajeno a las transformaciones globales, especialmente, considerando el discurso modernizador del régimen. Héctor Carrillo (2002: 16) sostiene que una gran parte de las transformaciones sustanciales que se han dado en la sociedad mexicana en materia de sexualidad, han ocurrido durante el siglo XX con base en la influencia ejercida por Europa y los Estados Unidos, y como consecuencia no planeada de la modernización del país. Esto, a pesar de la resistencia de quienes han visto las transformaciones como una amenaza a los valores nacionales (Carrillo 2002: 4). La llamada “liberación sexual” abrió nuevos espacios de tolerancia para quienes comenzaban a dejar atrás ciertas restricciones tradicionales. A decir de Gerardo:

Con la liberación sexual la gente comenzó a ver la sexualidad de una manera más natural. Las parejas comenzaron a tener más libertad, comenzaron a tener relaciones sexuales sin estar casados -cosa que antes era el gran tabú- y a decirlo abiertamente. Muchos de mis amigos y amigas comenzaron a tener una mentalidad más abierta, a viajar o vivir con su pareja, a experimentar, a tener

relaciones sexuales con una pareja y luego tronar con ella sin ningún problema ni prejuicio, ya sin pensar que ella había perdido la honra o que él tenía que “responder como hombre” y casarse tras haberle “robado la virtud” a la novia.

Fue el movimiento de liberación femenina, que cobró notoriedad en los Estados Unidos durante los setenta (Schulman 2001: 163), el que principalmente influyó en la liberación sexual. En ciertos círculos progresistas, las mujeres dejaron de ser consideradas personas inmorales por el hecho de tener relaciones sexuales antes de casarse (Shulman 2001: 175). A nivel local, el movimiento feminista mexicano, constituido por mujeres de los sectores medios universitarios, se alzó contra la desigualdad y la falta de oportunidades que el género femenino sufría dentro del país (Lau 2000: 14-15).

Por otra parte, en el terreno de las creencias religiosas, comenzaron a observarse profundas transformaciones en el panorama mexicano. El tremendo impacto de la secularización incidió en el desarrollo de una mayor libertad de conciencia entre los creyentes, cosa que para muchos significó, en última instancia, la progresiva eliminación de intermediarios institucionales en la búsqueda de la salvación. El resultado fue un creciente alejamiento de los católicos respecto de la normatividad establecida por la jerarquía eclesiástica en cuestiones de moral sexual, al amparo del gobierno (Blancarte 2005: 227). En 1972 fue elaborado un programa de control demográfico y en enero de 1974 se dio a conocer la Ley General de Población, que promovía el uso de los métodos anticonceptivos, pese a la oposición de la Iglesia al control natal (Blancarte 2005: 255-256).

Luciano considera que “en el aspecto sexual, el gobierno de México era autoritario, pero progresista, y en los setenta hubo mayor apertura en el aspecto de la moral tradicional.” Ciertamente, cobraron notoriedad los debates respecto al aborto y los métodos anticonceptivos. En marzo de 1974 fue creado el Consejo Nacional de Población (CONAPO) con el propósito de aplicar medidas encaminadas a reducir el crecimiento de la población. Esta iniciativa gubernamental, a pesar de la oposición de la Iglesia católica, tuvo un claro efecto en la dinámica demográfica (Aboites 2004: 290). Algunos medios expresaban con alarma que más de un millón de abortos clandestinos se practicaban en la ciudad de México cada año. La solución planteada desde el

gobierno era la mayor promoción de los métodos anticonceptivos como medida tendiente a evitar los embarazos no deseados.<sup>15</sup> También se planeaba el fortalecimiento de la educación sexual.<sup>16</sup> Algunos sectores, como los sindicatos de las universidades públicas (especialmente los de la Universidad Nacional Autónoma de México y la Universidad Autónoma Metropolitana), los partidos de izquierda y las organizaciones feministas, comenzaron a manifestarse en favor de la despenalización del aborto.<sup>17</sup>

En medio de prohibiciones papales y eclesiásticas, el gobierno priísta, tradicionalmente opuesto a los grupos católicos conservadores, impulsaba el programa de planificación familiar que, se presumía, hacía llegar métodos anticonceptivos “a todas las farmacias”, con productos “prácticos, seguros y económicos”, según anuncios que ocupan planas enteras de los periódicos de mayor circulación.<sup>18</sup> Precisamente en el año de 1980 el presidente López Portillo expuso “la necesidad de hacer mayores esfuerzos para consolidar e incrementar los avances en materia de planificación familiar”, basados en un decrecimiento gradual, pero continuo.<sup>19</sup>

Un suceso significativo en la paulatina transformación de los roles tradicionales de género a escala nacional fue la elección de la primera gobernadora en la historia del país. La toma de posesión de Griselda Álvarez Ponce de León como gobernadora del estado de Colima, fue calificada por José López Portillo, durante la toma de protesta, como “un salto democrático” puesto que “la igualdad sustancial del ser humano es, al tiempo, sustento y objetivo de la democracia”.<sup>20</sup>

A escala global, la liberación sexual también tuvo como efecto, durante el último cuarto del siglo XX, el debilitamiento de las restricciones que pesaban sobre las prácticas homosexuales dentro de las sociedades occidentales. Aunque la condición de quienes las practicaran pudiera seguir considerándose marginal, la conciencia de una nueva identidad posibilitaba reivindicaciones de grupo frente al resto de la sociedad (Ariès: 1987: 103). Durante los años setenta, la homosexualidad salió del dominio oscuro de lo innombrable (Pollak

---

<sup>15</sup> *Uno más uno*, 19 de octubre de 1979: 26.

<sup>16</sup> *Uno más uno*, 4 de noviembre de 1979: 2.

<sup>17</sup> *Uno más uno*, 21 de octubre de 1979: 5.

<sup>18</sup> *Uno más uno*, 5 de noviembre de 1979: 8.

<sup>19</sup> *Excélsior*, 9 de mayo de 1980: 4-A.

<sup>20</sup> *Uno más uno*, 2 de noviembre de 1979: 1.

1987: 71). En la primera mitad de la década, la Asociación Psiquiátrica Norteamericana (*American Psychiatric Association*) dejó de considerar a la homosexualidad como una enfermedad mental (Plummer 1998: 87-88; Pollak 1987: 72). Durante el resto de la década, los hombres gays cobraron visibilidad en Estados Unidos y algunos países de Europa occidental. Además, en las grandes ciudades proliferaron bares gay y otros centros de sociabilidad; se crearon servicios básicos como agencias de viajes, librerías, periódicos, ligas deportivas y hasta iglesias especializadas (Murray 2000: 383). De esta forma, comenzó a construirse una comunidad del sentimiento de carácter transnacional (Appadurai 2001: 23).

En México, el impulso “modernizador” se vio favorecido por la confianza generada por el *boom* petrolero, experimentado durante el sexenio de José López Portillo. En 1973, como represalia por el apoyo que los Estados Unidos y sus aliados europeos le habían proporcionado a Israel a lo largo del conflicto con sus vecinos árabes, las naciones productoras de petróleo, árabes en su mayoría, decidieron disminuir la producción de crudo. El embargo impuesto por la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP), dio como resultado un notable incremento en el precio del barril de petróleo (Aboites 2004: 289). Cuando en 1979 la revolución islámica antioccidental derrocó al sha y tomó el poder en Irán, el precio del crudo volvió a subir (Meyer 2003: 122). La buena nueva petrolera -la confirmación de la existencia de amplias reservas de hidrocarburos en el golfo de México- despejó el panorama económico a partir de 1977.

Con el cambio de gobierno y la enorme riqueza petrolera del subsuelo del país, se restableció la confianza de los inversionistas nacionales y extranjeros, y del público en general. El petróleo se convirtió en el eje de ambiciosos proyectos de desarrollo nacional, que dependía de que este producto siguiera siendo muy costoso y con amplio mercado externo (Aguilar 2004: 205). Los miles de millones de dólares que obtuvieron los países petroleros se inyectaron al sistema financiero internacional, provocando una baja en las tasas de interés, por lo que endeudarse comenzaba a ser opción atractiva (Aboites 2004: 289). El gobierno de López Portillo apostó por revivir la fortuna económica del “milagro mexicano”, que logró una constante e

importante expansión económica en México durante los treinta años que corrieron entre 1940 y 1970 (Hamnett 2001: 294).

El futuro de México parecía promisorio. El canciller francés Jean François Poncet reconocía: “México será una de las grandes potencias en el mundo multipolar del año 2000.”<sup>21</sup> El primer ministro de Canadá, Pierre Elliot Trudeau, manifestaba: “México se ha convertido en una nación que pesa, señala rumbos en la política internacional y no puede eludir su responsabilidad como verdadero líder de América Latina”.<sup>22</sup> Entusiasmado por la riqueza petrolera y ante el príncipe Harald de Noruega, de visita oficial en México, el presidente López Portillo se propuso convertir al país en una democracia ejemplar tomando como ejemplo a Noruega, “país altamente industrializado, con un alto desarrollo social y una gran solidez económica, que tiene la posibilidad de manejar excedentes petroleros equivalentes a los nuestros.”<sup>23</sup>

Se abría ante México el ansiado ingreso al “primer mundo” y se escuchaban promesas de apertura, al estilo de las naciones occidentales industrializadas. Éstas se sostenían en una afluencia económica tangible. Gerardo dice recordar ese periodo porque, “podía comprar más libros, más discos, más ropa, que nunca; y salir, ir a los bares, como no había podido hasta entonces.” Antonio precisa, “por supuesto, no se hablaba de desempleo en aquellos años; sobraba trabajo.” Gerardo agrega, “por el auge petrolero, se veía que el país iba para arriba, no había la sensación de estar en un país subdesarrollado, ni mucho menos.” Así, en los años de la bonanza petrolera sería posible darse lujos antes impensados, como viajar con frecuencia, en especial, a los Estados Unidos. En este sentido, la apropiación de la identidad gay en la ciudad de México habría de estar relacionada con el estrechamiento de los lazos que unían a México con su vecino del norte (Cantú 2002: 146).

### *Lucha de representaciones*

Como se ha visto, cualquier identidad está conformada por representaciones interiorizadas (Giménez 2002: 38) que conducen a los sujetos hacia una definición de sí mismos. A decir verdad, la aceptación de un régimen de

---

<sup>21</sup> *Excélsior*, 8 de mayo de 1980: 1-A.

<sup>22</sup> *Excélsior*, 10 de mayo de 1980: 1-A.

<sup>23</sup> *Uno más uno*, 23 de octubre de 1979: 1.



representaciones implica una lucha por la legitimidad entre distintas visiones que buscan imponerse, situación que nos habla de intereses contrarios en pugna y recursos desiguales (Chartier 2005: 37) en el intento por inscribir a las personas dentro de generalidades sociales.

Un lugar central en el acto de representar y representarnos lo ocupan los términos que empleamos al definirnos y definir a los otros. Un componente de nuestra identidad está determinado por la manera en que clasificamos. Todo parece indicar que los seres humanos no podemos entender el mundo social sin algún tipo de esquema clasificatorio. Clasificamos a individuos en géneros, nacionalidades, grupos de edad, etnias, clases sociales o grupos de status. Y clasificar implica, inevitablemente, evaluar; es decir, establecer distinciones (Lash 1997: 39). Las palabras con que clasificamos tienen el poder de asignarnos un lugar -bueno o malo; deseable o indeseable; valorado o descalificado- dentro de la sociedad. Por tanto, el uso de estos términos se encuentra en el centro de nuestra reflexión.

En el capítulo anterior, se ha dado cuenta de las palabras tradicionalmente utilizadas en México para referirse a sujetos de sexo masculino de quienes se presume que han incurrido en prácticas homosexuales. En la segunda mitad de la década de los setenta, comenzó a darse un enfrentamiento entre estas representaciones, definidas como “tradicionales” -esto es, anteriores al modelo gay de organizar los encuentros homosexuales- y otras pensadas como “modernas” y asociadas a una identidad social específica; la identidad gay.

Es necesario destacar que debido a su carácter peyorativo, las palabras tradicionalmente empleadas para referirse a quienes el siglo XIX otorgó el nombre de “homosexuales”, se han empleado tanto para insultar a quienes son vistos como parte de este grupo, como para denigrar a cualquier persona del sexo masculino, independientemente de su orientación sexual. El término gay, por su parte, conlleva la reorganización de las categorías sexuales. Como ya ha sido señalado, ésta ha tenido lugar en la segunda mitad del siglo XX y ha ido cobrando fuerza y ganando espacios a escala global.

La palabra gay supone la consolidación de la distinción homosexual/heterosexual construida durante el siglo XIX; refuerza la noción de una orientación sexual natural en los sujetos, pero le resta un posible carácter

patológico. En general, los gays asumen que son homosexuales, pero consideran que la homosexualidad es una variante sexual, no una desviación o una enfermedad. Gracias a este carácter “positivo” de la categoría gay, ésta comenzó a desplazar a términos tradicionalmente empleados en México, como joto, puto o maricón, que aluden a la reproducción de los roles tradicionales de género con el consiguiente estigma de quienes, presuntamente, asumen el rol femenino. El término gay se opone, en principio, a esta clase de distinciones.

En la ciudad de México durante la década de los setenta, era patente la mirada reprobatoria que acompañaba a quienes reproducían el papel tradicionalmente considerado femenino. Tal situación es retratada en *El vampiro de la colonia Roma* (Zapata 1996: 31), novela publicada originalmente en 1979, donde el protagonista nos narra:

otra de las cosas que recuerdo mucho de esa época es que siempre que me subía al camión al salir de la escuela veía a un cuate que era loca y me llamaba mucho la atención un cuate chavo de doce o trece años loquita ¿no? de pelo color zanahoria y ojos de árabe de seguro se lo pintaban ¿no? el pelo digo

A este tipo de ridiculizaciones, se suma el desprecio ante aquellos hombres homosexuales que asumían el rol femenino, como se manifiesta en otro fragmento de la novela:

René tenía algunos muebles bueno una cama que en realidad era lo más importante porque éramos amantes y me decía “mi amor” y yo era su marido ¿mentientes? era su marido sin darme cuenta porque el cuate este pensaba que yo era realmente su marido ¿no? ya ves la mentalidad de las locas (Zapata 1996: 52).

Antes de la difusión del término gay, la reproducción de los roles tradicionales de género estaba muy difundida. En este sentido, Gerardo considera, “yo creo que sí, antes importaba más quién jugaba a ser la parte masculina y quién la femenina, porque a partir del tipo de rol sexual que se pretendía se establecían las relaciones eróticas y afectivas.” Recordando la situación anterior a la

segunda mitad de los setenta, Juan, quien había pasado los veinte años antes de iniciar la década de los sesenta, describe:

Antes del auge de lo gay, había gente muy definida. Te ubicabas por el rol masculino y femenino. Tener el rol femenino significaba ser, supuestamente, pasivo. Obviamente. Y el masculino, también supuestamente, activo. Pero te encontrabas con sorpresas. Encontrabas chavos muy masculinos que se volteaban a la hora de la hora. Sí sucedía aunque no se reconocía. En mi relación de pareja yo jugué el rol femenino, pero al paso de los años esto empezó a cambiar. Entonces, empecé a jugar el masculino... y me gustó. Lo que más importaba, en esta distinción, era cómo te vieran los demás, como un sopla-nucas (activo) o un muerde-almohadas (pasivo), que era lo peor para muchos. Yo nunca lo pensé así, que por ser pasivo era avasallado y dominado y esas cosas. Pero el común de la gente sí decía cosas como: "yo no soy puto porque yo te la meto". O sea, "porque te cojo, entonces yo no soy puto; el puto eres tú, que te cogen." Se jugaba mucho con eso. Y había comentarios entre los amigos del tipo, "fulanito es el que de da a menganito" y... cierto prejuicio social muy extendido. Estaba muy definido. Inmediatamente ubicabas a una persona por el rol que jugaba o el que se suponía que jugaba porque ya lo que pasara en la intimidad, quién sabe.

A pesar de las ambigüedades y contradicciones, las representaciones tradicionales incidían en las prácticas de los sujetos, así fuera para reproducirlas o ponerlas en cuestión. Por ejemplo, Gerardo expresa:

Yo, cuando tuve mi primera pareja, comencé siendo pasivo, entre comillas, porque el otro nada más decía "gózame" y yo tenía que hacer todo, así que no era nada pasivo, en realidad, nunca lo he sido. Nunca me he tendido ahí nomás diciendo, "haz conmigo lo que quieras"; al contrario, siempre me ha gustado ser el que domina la relación sexual, aunque sea el penetrado y, por tanto, el "pasivo", pues la gente asocia al que penetra con el activo y al penetrado con el pasivo.

Antes de la difusión del término gay, en la segunda mitad de los años setenta, ya se buscaba alguna forma de definirse en términos sexuales sin caer en el uso de términos peyorativos. Sergio recuerda, "yo lo pensaba como que me

atraían personas de mi mismo sexo.” Juan evoca que, “dentro de todo, yo era un poco más liberal y me nombraba homosexual, en un sentido neutral, pero mis amigos no se atrevían a mencionar esa palabra.” La categoría gay podía satisfacer la necesidad de nombrarse con una palabra de carácter “positivo”, lo que favoreció su difusión. Acudiendo a la memoria, Ricardo reflexiona:

Cuando todavía no se usaba la palabra gay, yo más bien usaba una definición muy clara. Decía que me gustaban los chavos y eso era lo que quería que dijeran de mí: “le gustan los chavos”. Claro que me sentía parte de un grupo, del grupo de hombres a los que les gustan los hombres. Claro que sí, sí, sí, sí. Como una raza maldita. No, como de una raza bendita. Después empecé a usar la palabra gay. Es muy práctica. Y aprendí que ser gay es padre, a pesar de todo lo que te he contado. A pesar de todos los sufrimientos, es bueno pertenecer a esta raza.

Judith Butler (2001: 35) sostiene que el discurso produce lo que afirma. Siguiendo este planteamiento, es claro que aún los medios que generan una aparente emancipación, comienzan a restringir a los sujetos de una manera distinta. En este caso, la asignación del término gay proporciona un nuevo lugar en el mundo, abriendo claros espacios de aceptación. Sin embargo, también impone una clasificación dentro del mapa social. Así, la difusión del término gay construye un sujeto distinto al anterior y, si bien ha sido experimentada como una experiencia liberadora, también trae consigo nuevas limitaciones.

En la primera mitad de la década de los setenta, todavía no era común el uso del término gay. Juan asegura, “cuando entré a estudiar turismo en el sesenta y algo tenía varios compañeros homosexuales, todavía no eran gays, eran homosexuales (o jotos, o maricones).” Los testimonios coinciden con los hallazgos de Stephen O. Murray (2000: 359) quien afirma que es precisamente durante la década de los setenta cuando el término gay comenzó a difundirse en las grandes ciudades latinoamericanas y, por consiguiente, en la ciudad de México.

A quienes vivieron esos años, les molestaban otras palabras que buscaban definirlos. Algunos apostaban por la neutralidad científica de la

categoría homosexual, aunque estuviera en disputa. A pesar de sus orígenes, era posible resignificarla, redefiniendo su contenido (Rodríguez 1998: 76), desligándola de su carácter patológico decimonónico. Por ejemplo, Gerardo, quien llegó a los treinta años en 1975, recuerda que “antes de los setenta no se usaba la palabra gay. Cuando asumí lo que era dije: yo soy homosexual.” Sin embargo, aunque el término pudiera ser considerado “correcto”, no resultaba convincente para todos. Ricardo manifiesta, “me chocaba la palabra homosexual por fea. Estaba demasiado desprestigiada, yo creo, aunque sea la palabra más clara y la más científica.” Otros, en definitiva, buscaban desplazar el significado de dicho término. Desde la experiencia de la militancia, Luciano sostiene:

Buscábamos desactivar la palabra homosexual con sus implicaciones negativas, de enfermedad, de lo recriminable, de su efecto corrosivo. Por eso tomamos en cuenta lo que significaba la palabra gay. Utilizábamos la palabra homosexual pero a muchos no les gustaba por su carácter todavía peyorativo. Y se empezó a utilizar la palabra gay, que a otros no les gustaba por venir del inglés. De todas formas, con el tiempo, la palabra homosexual conservó un significado médico, sí, pero no asociado a la enfermedad. Y también se acogió la alegría de la palabra gay, el orgullo, la liberación, la sensación de comunidad, la vida. Se convierte en un elogio para quienes, a lo largo de la historia, hubieran sido quemados en la hoguera por tener una relación homosexual. La palabra gay viene a reivindicarlos, a descartar ese triste pasado.

De esta manera, la palabra homosexual habría de llenarse del contenido de la categoría gay. Los dos términos terminaron por convertirse en sinónimos. Otra expresión utilizada durante el periodo y equiparable a la utilización del término gay era, “de ambiente”. Es probable que ésta derivara del propio término gay (alegre, feliz), que denota la aptitud para la fiesta (Monsiváis 2001: 326). Su utilización es retratada en *El vampiro de la colonia Roma*, cuando el personaje central de la novela hace afirmaciones como, “nomás bastaba verlo para darse cierta de que era de ambiente” (Zapata 1996: 44). Los testimonios también confirman la utilización de esta forma de autodenominarse. Por ejemplo, Sergio asegura, “gente de ambiente, era como se decía entonces.” La expresión tenía

la gran ventaja de que no había peligro si se utilizaba en distintos espacios sociales, como explica Francisco:

De ambiente era inocuo, podías decir en una reunión: “fulanito es de mucho ambiente” y los que tenían que entender te entendían, y los que no, pensaban el tipo era muy divertido y ya. O podías decir, “una fiesta de muchísimo ambiente”, y eso significaba cosas diferentes para diferentes grupos y no había ninguna bronca.

Respecto al uso alternativo del término gay y la expresión, “de ambiente”, Ernesto precisa:

Primero se decía, “fulanito es de ambiente”, y gay ya se empezó a usar más hacia finales de los setenta. Antes, tú entrabas al ambiente; eras de ambiente. El ambiente era como la madre, materialmente. Como ingresar al sindicato. Y decías: “entré al ambiente en tal año”. Y quizá se podía salir del ambiente o ésa era la ilusión de muchos; después de algún tiempo casarse y acceder a los beneficios de una vida convencional.

A decir de Ignacio, “de ambiente” era una expresión imprecisa en comparación con el término gay que, además, comenzó a ser preferido por considerarse más sofisticado:

Se usaba decir “es de ambiente” o ya en vulgar, “jala”; “de ambiente” se decía en la ciudad de México y “de onda” en Monterrey. La cosa, al decir que alguien era “de ambiente”, “de onda” o “que jalaba”, era que había cierta imprecisión; no necesariamente eran homosexuales pero podían involucrarse de pronto. No había límites tan precisos. Cabía aquello de que era una etapa de la vida que luego se superaría o una afición adquirida a partir de una experiencia. Gay es más claro. Y gay era como para cierto nivel, como para gente bonita, refinada, viajada, y se empezó a usar cada vez más.

¿Por qué los actores sociales se apropiaron del término gay? Peter Burke (1996: 38) afirma que hablar es una forma de hacer. Siguiendo este planteamiento, la lengua es una fuerza activa dentro de la sociedad, un medio

que tienen los sujetos para controlar o resistir el control, modificar el entrono o impedir el cambio, afirmar o suprimir identidades culturales. Al apropiarse de la palabra gay, los sujetos hicieron algo que transformaría la forma de apreciar sus vidas. Por ejemplo, Miguel narra:

Yo y mis amigos decíamos homosexual, allá en Culiacán. Como sea, era mejor que decir joto o marica, a menos que lo tomáramos a broma. En México aprendí a decir gay. Y, claro, quienes no eran gays te seguían diciendo “pinche puto” y cosas así, pero uno ya podía hablar de sí mismo más cómodamente. Y muchos heterosexuales también empezaron a decir, con mayor aceptación, “fulanito es gay”.

La categoría gay aparece así como una forma de definirse positivamente. Sergio cuenta que, “a partir de que cumplí los treinta años, esto es, ya en los setenta, me dije: hasta aquí con estos experimentos extraños que estoy teniendo con féminas: yo soy gay, así con esa palabra; homosexual feliz.” Luciano explica, “es que estábamos hartos de la condena, la burla, el hecho de catalogar la vida homosexual como la desgracia, la tristeza, el pecado. En eso, la palabra gay fue de gran ayuda.”

En cuanto a la difusión de la palabra gay, Francisco observa, “sí se usaba antes del final de los setenta, pero entre los americanos.” Ernesto explica:

Era lógico que la palabra gay, que se usaba en Estados Unidos, poquito a poco se exportara a México, porque la mayor parte de la gente de ambiente en México salía del país para ir a los bares o a los baños en San Antonio, Houston... o San Francisco... o Nueva York.

De esta forma, como se ha dicho, la palabra gay se equiparó al de homosexual en una nueva dimensión y comenzó a desplazar (o, al menos, desafiar) a los términos tradicionalmente empleados para referirse a quienes establecían relaciones homoeróticas. Para muchos de los que empezaron a asumir su sexualidad en la segunda mitad de los setenta, la utilización del término gay ya era algo cotidiano. Por tanto, Antonio, quien cumplió veinte años en 1979,

afirma, “cuando me acepté, me definí como gay. Me dije soy gay, soy homosexual, y punto.”

La adquisición de una nueva identidad requiere, por parte de los actores sociales, un deseo de distinguirse socialmente (Giménez 2002: 38), como puede inferirse a partir de la experiencia de Luciano:

Estaba entusiasmado. Comenzaba a aprender un lenguaje nuevo, era como volver a empezar. Comencé a sentirme muy bien por esta cuestión de adquirir una identidad. Y ocurrió una aceleración formidable en mi vida, en la que tenía ganas de estudiar, trabajar, conocer gente, hacer muchas cosas por los demás, hacer muchas cosas por quienes eran como yo, y disfrutar de la vida.

Puesto que los actores sociales tienden a valorar positivamente su identidad, el orgullo de pertenencia tiende a estimular la autoestima, la creatividad y la capacidad de resistencia contra agresiones externas (Giménez 2002: 45-47).

Por otra parte, es necesario recordar que la identidad gay buscaba oponerse a la reproducción de los roles tradicionales de género, en el que uno era estrictamente definido como activo y otro como pasivo, siendo particularmente estigmatizado. Así, como nos cuenta Pablo, “la definición activo/pasivo quedó supeditada a ser gay, y lo demás empezó a ser cuestión de gustos; ya no significaba pensar que activo era el masculino y el pasivo era el femenino, con el consiguiente estigma.” Gerardo coincide al señalar, “lo bueno es que ahora todos éramos gays, antes que activos o pasivos. Yo en mis relaciones de pareja casi siempre era el penetrado y no era pasivo sino alguien con mucha iniciativa en la vida y en la cama.” Ricardo sintetiza este proceso destacando, sin embargo, el hecho de que la distinción activo/pasivo fue cuestionada o supeditada a la identidad gay, mas no desapareció:

En los setenta empezamos a vernos como gays y a dejar atrás el rollo de, ¿quién va a ser el hombre y quién la mujer? Sin embargo, todavía estaba muy fuerte la idea, aun siendo gays, de que alguien era el “sopla-nucas” y otro el “mierde-almohadas”, el activo y el pasivo, pero cada vez era menos importante, aunque siga existiendo la distinción hasta hoy, que es lo primero que te preguntan cuando te quieres ligar a alguien.



Efectivamente, a escala mundial, la organización gay de la homosexualidad es igualitaria, no en el sentido de que los dos miembros de la pareja deban de ser igualmente “activos” o “pasivos”, sino respecto a que, idealmente, ambos se definen como gays y las preferencias de cada uno merecen el mismo respeto (Murray 2000: 387-388). Como se ha visto, las prácticas penetrativas entre hombres son entendidas, al menos en el mundo occidental, con una lógica binaria (Kippax 2001: 420). Si la propia subjetividad es masculina y, tradicionalmente, la práctica masculina es penetrar (y no ser penetrado), ser activo refuerza esa subjetividad. El receptivo es considerado pasivo y femenino, y el insertor, activo y masculino. Esta representación, sin embargo, ha sido rebatida por el modelo gay de organizar las prácticas homosexuales, pero su apropiación es un acto que contradice un profundo sentido común, anclado en la inercia histórica. Así, las representaciones tradicionales resultaron desafiadas por la identidad gay emergente pero, aún así, los mismos sujetos que se autodefinen como gays describen la penetración anal, en distintos lugares del mundo, en términos de activo/pasivo, poseedor/poseído. La diferencia podría radicar en que ahora problematizan con mayor fuerza tal distinción (Kippax: 2001: 418), aunque la mantengan. A decir de Antonio, “está claro que eso de activo y pasivo se sigue usando, no sólo en México, en Estados Unidos también te preguntan, ¿*top* or *bottom*?” Ricardo insiste:

A pesar de que nos consideráramos iguales por ser gays, seguía siendo importante eso de ser activo o pasivo. Hasta hoy es de lo primero que te preguntan. Después de “hola, soy gay” viene el asunto de: “¿eres activo, pasivo o qué onda?”

Sergio considera que lejos de haberse convertido en una cuestión de mera preferencia personal, como se supondría dentro del modelo gay de organizar las prácticas homosexuales, la distinción activo/pasivo todavía es particularmente relevante en el escenario local e intuye:

Creo que en México pesa mucho el machismo. Que aún dentro del mundo gay existe el machismo que nos lleva a presumir: “yo soy el activo”, cosa que a mí realmente nunca, pero nunca, me importó, aunque yo sí fui predominantemente

activo en mi vida sexual, pero nunca lo tomé como un factor determinante o preponderante para que una relación funcionara.

Y, siguiendo el desafío que la identidad gay ha planteado a la reproducción de los roles tradicionales de género, Ignacio sugiere:

Nunca puedes saber realmente si el que parece pasivo es en realidad pasivo y el que parece activo es en realidad activo. Si siempre están en esos roles o si los cambian, incluso, con frecuencia. O siempre: “primero yo soy pasivo y luego tú”, en el mismo acto sexual. Ciertamente ha cambiado la imagen; por ejemplo, ya no se puede decir tan fácilmente quién es el activo y quién es el pasivo, como antes, cuando se asumía que el más afeminado, el más delicado, el más tímido, el más apagadón o el más joven era el pasivo. Ahora pensaríamos que, en cualquier caso, nadie es menos: todos somos gays.

### *Viajes e identidades*

Los años del *boom* petrolero produjeron una ingenua confianza. Del barril del hidrocarburo se afirmaba, en un argumento circular, “va a costar más cada día, porque la cotización del petróleo es cada día más alta”.<sup>24</sup> La confianza en los enormes ingresos que el petróleo habría de producir generó un aumento del gasto público. El gobierno de José López Portillo (1976-1982) invirtió grandes sumas en salud, educación e infraestructura, lo que produjo un importante crecimiento económico, además del aumento en los salarios reales (Aboites 2004: 290). Como dice Ignacio, al recordar esta bonanza ilusoria que comprendió los años que corren entre 1977 y 1981:

Resultaba barato viajar al extranjero porque el peso estaba sobrevaluado. Para mucha gente era común ir a Estados Unidos de fin de semana, de viernes a domingo, a comprar ropa o lo que fuera. Los vuelos eran muy baratos. Había facilidades para viajar. Mucha gente, que antes ni hubiera imaginado salir del país, ahora podía hacerlo.

---

<sup>24</sup> *Excélsior*, 2 de mayo de 1980: 21-A.

Desde 1978, se anunciaban grandes posibilidades para quienes deseaban viajar: “El Concorde, la aerodinámica águila de Air France que surca los cielos al doble de la velocidad del sonido, le permite trasladarse de México a París en sólo 7 horas 35 minutos.”<sup>25</sup> Un anuncio en el periódico rezaba: “Pase a Londres, Amsterdam, Roma, París, Madrid... Lufthansa lo lleva.”<sup>26</sup> Ahora era posible conocer la “elegancia de los países europeos”, visitando París, Roma, Londres, Madrid, Venecia y Florencia durante dieciséis días, con todo incluido.<sup>27</sup> También se podía seguir “la ruta fascinante, donde la diversión es para todos” visitando ciudades como Los Ángeles, San Diego, San Francisco y Las Vegas.<sup>28</sup> Dos salidas diarias conectaban a la ciudad de México con Houston, viajando por PANAM.<sup>29</sup> También era posible viajar a Nueva York, saliendo por la mañana o por la tarde, por Aeroméxico, la única aerolínea que ofrecía, por vez primera, vuelos a esa ciudad sin hacer escalas.<sup>30</sup> Si se quería visitar San Francisco, se aconsejaba, “¡que no te lleven parando en Los Ángeles!”, ya que Mexicana ofrecía un nuevo vuelo diario y sin escalas. “Gracias a esta nueva ruta de Mexicana, en un abrir y cerrar de ojos estarás en la maravillosa San Francisco, la ciudad del Golden Gate, el Barrio Chino, el pintoresco Sausalito y mil atractivos más.”<sup>31</sup>

Por la cercanía, la mayor parte de los viajeros se dirigían a Estados Unidos. En estos años, cuando México aún se encontraba alejado de cualquier apertura comercial, muchos viajaban a las ciudades texanas con el fin exclusivo de ir de compras. Al respecto, Antonio recuerda:

La primera vez que fui a San Antonio fue una gran decepción. No me gustó nada. Me preguntaba: ¿qué le ven a este pinche pueblo sin chiste? No entendía el concepto del *shopping* pero me fue convenciendo porque la ropa era buena, bonita y barata.

---

<sup>25</sup> *Excélsior*, 5 de octubre de 1978: 9-A.

<sup>26</sup> *Excélsior*, 8 de octubre de 1978: 2-A.

<sup>27</sup> *Excélsior*, 1 de julio de 1979: 12-A.

<sup>28</sup> *Excélsior*, 1 de julio de 1979: 11-B.

<sup>29</sup> *Excélsior*, 6 de mayo de 1980: 37-A.

<sup>30</sup> *Uno más uno*, 29 de octubre de 1979: 15; 2 de noviembre de 1979: 32.

<sup>31</sup> *Excélsior*, 8 de octubre de 1978: 14-A.

Estados Unidos, sin embargo, también fue el país que conquistó culturalmente al mundo durante el siglo XX (Hobsbawm 1995: 24-25) y que, como afirma Dennis Altman (2001: 87), se erigió como el modelo cultural dominante en cuanto a la globalización de la identidad gay, visible en las grandes ciudades norteamericanas como Nueva York y San Francisco. John D'Emilio (1990: 456) afirma, probablemente de forma exagerada, que San Francisco ha significado para los gays lo que Roma es para los católicos. Muchos gays habitan la ciudad y otros tantos buscan la oportunidad para hacer su "peregrinación" hacia ella, exponiéndose a los espacios de sociabilidad que conforman sus barrios gay, más complejos y nutridos que los de cualquier otra ciudad del mundo. Para 1970, San Francisco ya se había convertido, en comparación con el resto de los Estados Unidos -y del mundo- en una zona de enorme libertad y visibilidad para los gays (D'Emilio 1990: 468). Desde México, también se pensaba en esta ciudad como un lugar especial. Para Antonio, evocar San Francisco "es hablar de la capital gay del mundo. Eso se pensaba, ya desde entonces. Por 1980, en San Francisco, ví por primera vez una bandera gay y me la compré."

La globalización ha ayudado a crear una identidad gay internacional (Altman 2001: 86) y los viajes han tenido un lugar importante en su conformación. Ernesto narra:

Yo fui a Nueva York por ahí de mil novecientos setenta y algo, y escuché por primera vez la palabra gay. Una noche, un fulanita me explicó su significado y me puso al corriente de todos los lugares gay que había. Todavía no se usaba en México la palabra gay y ya era de lo más común allá. Qué padre.

Por la cercanía geográfica, Antonio considera que, "México siempre se prestó mucho para ir a San Francisco, a Nueva York o a Toronto, los destinos más gay saliendo de Mexiquito; allá se destrampaban todos." Ignacio cuenta:

Conocí muchos bares en Houston, Dallas, Austin. A diferencia de los de México, eran unos bares impresionantes. También los baños lo eran. Eran tan grandes y concurridos que uno llegaba a pensar que todo el mundo era gay. Y

eso que estaba en Texas, porque a San Francisco fui hasta muchos años después.

Algunos tuvieron la oportunidad de viajar a distintas ciudades de Estados Unidos, visitando distintos espacios de sociabilidad gay. Este fue el caso de Juan, quien recuerda:

Yo viajé muchísimo a Estados Unidos en los setenta. Iba a los bares y a los baños. No hacía grandes cosas pero me gustaba mucho la idea de ligar aunque a la hora de la hora no hiciera nada. Me gustaba ver. Ya con eso quedaba muy contento. Ahora, si el susodicho estaba muy bien, igual y me lo echaba. Me divertí mucho.

La comparación con los espacios disponibles en México aparece de manera constante en los testimonios, como ocurre con Sergio al manifestar:

Conocí muchas ciudades gringas, como todo buen mexicano. Fui a Houston, San Diego, Las Vegas, Los Ángeles, Nueva York. Los bares eran muy ricos, más lujosos que los de aquí, más desarrollados, con otra clase de gente, empezando por la estatura. No cambio por nada a mis paisanitos, pero allá había cada prototipo masculino de belleza... Se cuidaban mucho, se vestían muy bien, como ahora ocurre aquí, pero entonces nosotros apenas empezábamos.

En menor medida, también hubo quienes tuvieron ocasión de viajar a ciertas ciudades de Europa. Antonio comenta que “en 1980 ya había bares gay anunciados a ocho columnas en varias ciudades europeas.” Los que tenían oportunidad de viajar al otro lado del Atlántico, también hacían comparaciones entre los espacios de sociabilidad de aquellas ciudades y la escena local. Sergio deseaba que en México se desarrollaran sitios comparables a los que podía apreciar en sus viajes:

Viajé mucho en aquellos años. No me proponía ir a bares gay. Prefería disfrutar los viajes, que siempre son cortos: conocer la ciudad, ir a museos, ir a cenar o andar de *shopping*. Recuerdo que en Francia y en Bélgica sí llegué a algún

lugar gay. No había comparación con México. Había mucho más apertura allá, los bares eran mucho mejores. Ahora no, para que veas, ahora estamos a la par. Pero entonces, yo me preguntaba, ¿cuándo podremos ser así en México?

No en todos los casos la comparación era desfavorable para la escena de la ciudad de México. Ernesto no recuerda sus experiencias en España como particularmente gratificantes. Por el contrario, lo que veía por allá no tenía “nada qué ver con la España que surgiría después. Madrid estaba mucho peor que aquí. Era interesante ir, como regresar al siglo XIX. Esto, antes de que mejoraran las cosas después con la caída de Franco.” Sergio coincide con esta visión:

Me tocó la España de Franco y también los primeros años tras su muerte. Había mucho más represión de la que existía en México. Había mucha acción, pero con discreción, igual que aquí. Pero, claro, siendo turista en un pobre país necesitado de divisas, la situación es distinta; puedes hacer cosas que no les permiten a los locales. Como si ahora vas a Cuba.

Esta situación habría de cambiar. Tras la muerte de Franco y el fin de la dictadura española, en 1975, las cosas empezaron a mejorar. Ricardo recuerda:

Cuando iba de vacaciones a España, ligaba, tranquilísimo, y hacía lo que me daba la gana. Ya había caído el franquismo y eran más abiertos con todo. Normalmente iba a Madrid y era un paraíso. Me hubiera gustado que México hubiera sido así, porque allá ya había un montón de lugares para ligar, como bares y cafés. Yo tuve varias relaciones padrísimas en España, como amor de verano que se terminaba con las vacaciones, y pensaba: ojalá y México algún día, pueda ser así. Y adiós, adiós, adiós, me despedía llorando en el aeropuerto.

Para quienes viajaban dentro de México, Acapulco era el lugar para ligar. Según Carlos Monsiváis (2002: 103), la playa Condesa es frecuentada por homosexuales desde los años cincuenta. Desde la experiencia de Gerardo:

En Acapulco siempre ha habido acción, desde que yo me acuerdo; comencé a ir para allá después del setenta y cinco. Iba a la playa Condesa, una playa muy gay. Y allí andábamos en el merequetengue con los gringos, que siempre me parecieron poco interesantes, pero sí tenía amigos que iban a ligarse extranjeros.

De acuerdo con los testimonios, la posibilidad de ligar era uno de los atractivos importantes de Acapulco. Ignacio recuerda:

Una vez me inventé una historia de que no-sé-quién estaba muy enfermo, qué gacho, y me fui a Acapulco con unos amigos. Total, me tomé dos días del trabajo, no era tan grave. Y nos fuimos a Acapulco cuatro días, en avión; nos la pasamos *muy* pero *muy* bien, estuvo *muy* divertido. Claro, muchas oportunidades para ligar.

A decir de Francisco, más que por los atractivos de la playa, la bahía o el clima tropical:

A Acapulco ibas a emborracharte, ligar y coger. Te ibas al hotel bueno de la playa Condesa y sólo debías tener cuidado con los de seguridad del hotel, pero te las ingeniabas para darles la vuelta. Era muy cómodo. Bajabas de tu cuarto a la playa y subías de la playa al cuarto. Y volvías a bajar y subir.

La cercanía con la ciudad de México facilitaba los viajes a ese lugar donde, como cuenta Ricardo, también podía interactuarse con turistas gays de otros países, en particular, norteamericanos:

Yo tenía algunos amigos que conocí cuando estudiaba arquitectura. Y nos veíamos seguido, nos íbamos de viaje a Acapulco y conocíamos muchos gringos o canadienses. Yo más bien iba por los franceses, los alemanes o los ingleses, aunque eran más escasos. En realidad, eran gays comunes y corrientes como nosotros, pero acostumbrados a una mayor libertad, a la que nosotros aspirábamos.

El atractivo que ciertos extranjeros ejercían sobre los mexicanos es explicado por Gerardo, quien sugiere:

Lo que pasa es que los extranjeros, canadienses, gringos, europeos, son güeritos y a muchos mexicanos les gustan por eso y a muchos extranjeros les gusta lo autóctono, y yo nunca he sido autóctono así que no tenía tanto éxito con ellos, al menos, cuando buscaban al estereotipo mexicano clavado.

En síntesis, como manifiesta Miguel, a los gays de la ciudad de México les parecían deseables los patrones de conducta venidos del extranjero, especialmente de Estados Unidos, situación que incluía el rechazo a los roles tradicionales de género promovido por la identidad gay:

Viajé mucho en los setenta. En ese entonces me gustaba tener sexo con extranjeros, con americanos. Tratando de hacer memoria, siento que eran más libres en su sexualidad. Aquí se usaba mucho eso de decir cuál era tu línea: eras pasivo o activo. Eso no me gustaba. “Yo soy el macho, pero como tú eres el pasivo, tú eres el puto; yo soy el hombre”. Pero entre los americanos eso no importaba o no importaba tanto, o yo no entendía si les importaba porque no hablaba inglés. Pero no había ningún acto que te hiciera pensar que tú tenías un rol específico que te marcaba como superior o inferior. En ese aspecto, eran más libres. Y creo que eso lo fuimos aprendiendo en México como gays, aunque todavía nos falta mucho.

Otra evidencia de la importancia de los viajes y el contacto de los sujetos con hombres extranjeros, adscritos a la identidad gay, es patente en la utilización del término “internacional” entre quienes buscaban trascender la dicotomía activo/pasivo (Murray 2000: 359). La palabra se refería a hombres que tenían un repertorio sexual versátil, rehusándose a limitarse de manera definitiva dentro de una práctica sexual “activa” o “pasiva”. En general, como precisa Miguel, coincidiendo con los hallazgos de Lionel Cantú (2002: 146), se presumía que quienes formaban parte de este grupo, eran personas “de mundo”, que solían viajar y se habían familiarizado con los patrones sexuales de los países “avanzados”. Esto explica el aire cosmopolita del término que, en la escena local, se traducían en una nueva clase de prestigio (Murray 1992: 29-



30), dado por la globalidad. Como establece Miguel, “la palabra ‘internacional’, que ya no se usa, quería decir que te gustaba todo, que ya no tenías la bronca de estarte peleando por quién es el activo y quién es el pasivo”. Sin embargo, es probable que este concepto de versatilidad reforzara, en lugar de destruir, la existencia de dos roles -activo y pasivo- que podían ser asumidos por un mismo sujeto (Kippax 2001: 424). Si bien esta distinción no resultaba debilitada, se abrió la puerta para erosionar el estigma padecido por quienes asumían un rol pasivo y la rigidez de los esquemas tradicionales.

### *Revolución sexual y movimiento*

Para Anthony Giddens (2000: 36), la “revolución sexual” iniciada a escala global alrededor de los años sesenta, involucró dos elementos básicos: el despegue de la autonomía sexual femenina y la creciente visibilización de los homosexuales. A finales de los setenta, estas disidencias se manifestaron abiertamente en la ciudad de México. Siguiendo el ejemplo de Estados Unidos, las feministas y los homosexuales afirmaron su presencia. En 1978, dos grupos, el Frente Homosexual de Acción Revolucionaria (FHAR) y el Grupo Lambda de Liberación Homosexual, salieron a las calles para exigir la “liberación sexual” (Gruzinski 2004: 516). En gran medida, las organizaciones pretendían que la población civil reconociera la existencia de los homosexuales y la necesidad de su “liberación”, ya emprendida en otros países. Por tanto, el FHAR, el “más grande y famoso” de estos grupos, tomó su nombre de una reconocida organización francesa, a su vez, homónima de otros grupos europeos (Lumsden 1991: 65-66).

El Frente Homosexual de Acción Revolucionaria tenía una composición masculina y, de manera casi simultánea a su conformación, se estructuró el Grupo Lambda de Liberación Homosexual, que incluía en sus filas tanto a gays como a lesbianas. Sus integrantes seleccionaron este nombre “por su connotación social transformadora” y declararon: “nos manifestamos por la LAMBDA bajo el objetivo claro de reivindicar el símbolo gay internacional”.<sup>32</sup>

---

<sup>32</sup> “Lambda, Un año de lucha”, *Nuevo ambiente, Órgano de Información del Grupo Lambda de Liberación Homosexual*, número 1, México, junio de 1979: 8. Efectivamente, en los años

Poco después apareció otra organización, de nombre Ollin Iskan Katuntat Bebeth Thot (Oikabeth), que en lengua maya significa “mujeres guerreras que abren camino y esparcen flores.” Ésta se encontraba conformada exclusivamente por lesbianas (Lizárraga 2003: 161-162; Miano 2001: 68). El FHAR, Lambda y Oikabeth, estaban integrados por sujetos de entre 18 y 30 años (Hernández 2001: 66) y, políticamente, los tres grupos se identificaban con la izquierda (Lumsden 1991: 66-67). Luciano participó tanto en el FHAR como en el grupo Lambda, conformados por:

Personas de clase media, que tenían la vida mínimamente resuelta. En muchos casos, se trataba de estudiantes universitarios. Yo también era un joven de clase media, no era un obrero, pero me preocupaban la loquita del barrio o el jotito de la vecindad, que estaban oprimidos. Tenía, con mis compañeros, una visión de futuro, de justicia para todos.

La identidad estaba en disputa, como ocurre cuando los grupos sociales buscan imponer una visión específica de sí mismos a los demás o cambiar la visión de los grupos dominantes a su favor (Giménez 2002: 40). En el caso de Luciano, es evidente que deseaba difundir la representación gay de las prácticas homosexuales, de acuerdo con los planteamientos del grupo Lambda que insistía en la necesidad de tomar la palabra, arguyendo: “Ya es tiempo que seamos nosotros los que hablemos por nosotros mismos, los que decidamos sobre nuestra imagen, sobre nuestros afectos y sobre nuestros cuerpos.”<sup>33</sup>

La voluntad de distinguirse de los demás es inherente a la afirmación de una identidad, que requiere ser reconocida por los otros (Giménez 2002: 39). Una estrategia útil en el intento por tornar visible a la identidad gay a escala global y local, fue la realización de marchas en las que se expresaban consignas que aludían a la libertad por conquistar como, “estamos en todas

---

setenta, varias organizaciones internacionales utilizaron la onceava letra del alfabeto griego para simbolizar la homosexualidad.

<sup>33</sup> “Este año seremos más”, *Nuevo ambiente, Órgano Informativo del Grupo Lambda de Liberación Homosexual*, número 3, México, Grupo Lambda de Liberación Homosexual, verano de 1981: 3.

partes, tenemos un mundo qué ganar”,<sup>34</sup> “contra la represión, la movilización” o “no queremos compasión, queremos liberación”.<sup>35</sup>

La primera salida pública del movimiento de liberación homosexual ocurrió el 26 de julio de 1978 (Hernández 2005: 290), como parte de una manifestación más amplia, que incluía un contingente homosexual:

Alrededor de cinco mil estudiantes, maestros, obreros y gente del pueblo realizaron ayer dos manifestaciones: una para celebrare el aniversario luctuoso de quienes perdieron la vida en el Movimiento Estudiantil de 1968 y la otra para protestar por la posible desaparición de la Escuela Normal Superior para imponer una Universidad Pedagógica.

El contingente más numeroso se empezó a reunir frente al Museo de Antropología de Chapultepec, a eso de las 16 horas y 30 minutos más tarde emprendió la marcha por el Paseo de la Reforma hasta desembocar en el Hemiciclo a Juárez, donde se celebró un mitin.

Ante la mirada discreta de numerosos policías de diversas corporaciones, los manifestantes lanzaron vivas a la Revolución Cubana, y mueras al charrismo sindical y expresaron su rechazo absoluto a la represión policíaca que sufrieron los líderes sindicales del Hospital General y la mina “La Caridad” y la fábrica de papel Loreto y Peña Pobre.

Los manifestantes, cuyo número se calculó en unos 5 mil, de diversos sindicatos universitarios, partidos políticos con registro condicionado, múltiples organizaciones estudiantiles como las preparatorias populares y hasta un nuevo Frente Revolucionario de Homosexuales hicieron el recorrido del Museo de Antropología al Hemiciclo en hora y media, aproximadamente, y en este lugar diversos oradores hicieron uso de la palabra.<sup>36</sup>

Desde la mirada de los órganos informativos del Frente Homosexual de Acción Revolucionaria:

---

<sup>34</sup> “Este año seremos más”, *Nuevo ambiente, Órgano Informativo del Grupo Lambda de Liberación Homosexual*, número 3, Grupo Lambda de Liberación Homosexual, México, verano de 1981: 3.

<sup>35</sup> “Segunda marcha”, *Nuevo ambiente, Órgano Informativo del grupo Lambda de Liberación Homosexual*, número 2, Grupo Lambda de Liberación Homosexual, México, enero de 1981: 4.

<sup>36</sup> *Excélsior*, 27 de julio de 1978: 18-A.

El 26 de julio de 1978 es una fecha histórica para los homosexuales y las lesbianas mexicanas. Por primera vez en México, hombres y mujeres que reconocemos nuestra identidad homosexual salimos como grupo organizado y marchamos por las calles de esta ciudad, junto a las fuerzas de izquierda del país.

Al reunirnos públicamente y asumir, por primera vez en nuestra historia, la defensa abierta de nuestros derechos y reafirmarnos como seres humanos, hemos descubierto para las masas homosexuales nuevas dimensiones de vida. Por esta vía demostramos que existen nuevas alternativas de relación y acción para nosotros.<sup>37</sup>

Fue el 2 de octubre de 1978 cuando se realizó la que, posteriormente, sería considerada como la primera marcha del orgullo homosexual de la ciudad de México. En esta ocasión, un contingente de homosexuales y lesbianas participó en la marcha por el décimo aniversario del movimiento estudiantil de 1968 (Hernández 2005: 290). Al respecto, el órgano informativo del Grupo Lambda de Liberación Homosexual sostuvo:

[D]ecidimos aparecer públicamente en movilizaciones, manifestarnos a través de los medios de comunicación y aprovechar toda tribuna para levantar nuestra lucha. El 2 de octubre de 1978, fecha de la conmemoración del X aniversario del movimiento estudiantil mexicano, votamos por nuestra participación en la demostración a efectuarse en esa fecha en contra de la represión. Nos sumamos a la manifestación conjuntamente con las compañeras de OIKABETH y los compañeros del FHAR, reivindicando la consigna en contra de la represión sexual y política.<sup>38</sup>

El escritor y entonces militante, Luis González de Alba (1998: 142), recuerda así aquel evento:

El 2 de octubre del mismo año, 1978 [...] la gran manifestación que conmemoraba los 10 años del movimiento estudiantil admitió un contingente inesperado: los militantes del FHAR, Frente Homosexual de Acción

---

<sup>37</sup> "La palabra militante, FHAR", *Política sexual, Cuadernos del Frente Homosexual de Acción Revolucionaria*, volumen 1, número 1, México, 1979: 1.

<sup>38</sup> "Lambda, Un año de lucha", *Nuevo ambiente, Órgano de información del grupo Lambda de Liberación Homosexual*, número 1, México, junio de 1979: 8.

Revolucionaria, marcharon hasta Tlaltelolco. En el edificio Chihuahua, de infausta memoria, se había instalado, como aquella trágica tarde de hacía entonces diez años, el equipo de sonido. Desde el tercer piso, un maestro de ceremonias levantaba los ánimos de los presentes sobre la plaza anunciando la entrada de cada contingente. De pronto distinguió la manta del FHAR y, ya encarrerado, comenzó a leer con voz estentórea el nombre de la organización entrante: “Y ahora llega el Frente...” enmudeció aquella sonora y militante voz...”Llega el Frente... gulp... de Acción Revolucionaria”. Así adecentados entraron a la Plaza de las Tres Culturas los primeros homosexuales mexicanos organizados y públicamente asumidos.

Ese día, según fuentes de la prensa, alrededor de veintidós mil manifestantes, divididos en dos contingentes, marcharon del Casco de Santo Tomás a la Plaza de las Tres Culturas, y otros desde allí hasta la Ciudadela, para conmemorar los sucesos del 2 de octubre de 1968. El periódico reportó que no hubo ningún incidente con la policía.<sup>39</sup> En la interpretación de Carlos Monsiváis (1995: 196-197), el 2 de octubre de 1978, la conmemoración del décimo aniversario de la matanza de Tlaltelolco y primera marcha gay de la ciudad de México, es la fecha de la ampliación de la tolerancia urbana, restringida pero irreversible. Para la militancia se trató de una experiencia difícil pues en “aquel memorable 2 de octubre de 1978, en que salimos por primera vez a la calle, [...] la reacción de la gente varió desde la burla hasta la agresión.”<sup>40</sup>

La primera marcha del orgullo homosexual, expresamente planeada como tal, se organizó al año siguiente, en 1979 (Hernández 2005: 290). A partir de esa ocasión, la marcha se organizaría año con año. La segunda, que tuvo lugar en junio de 1980, es descrita así por el órgano informativo de Lambda:

El pasado 28 de junio festejamos con excitación el Día Internacional del Orgullo Gay. Aproximadamente seis mil lesbianas y homosexuales de todo el país salimos a desfilas por calles céntricas de la ciudad de México, irrumpiendo

---

<sup>39</sup> *Excélsior*, 3 de octubre de 1978: 21-A.

<sup>40</sup> “No que no, sí que sí, Ya volvimos a salir”, *Nuevo ambiente, Órgano informativo del Grupo Lambda de Liberación Homosexual*, número 2, México, Grupo Lambda de Liberación Homosexual, enero de 1981: 2.

jubilosamente ante el asombro de muchos y las infundadas críticas de quienes se negaban a ver la realidad.<sup>41</sup>

Además del contingente de Lambda, en esta marcha participaron el FHAR y OIKABETH. También se involucraron grupos feministas, organizaciones sindicales independientes, organizaciones estudiantiles y partidos políticos de izquierda.<sup>42</sup> *Nuevo ambiente*, la publicación de Lambda, enfatizó el tono festivo, componente central de la identidad gay, con el que se realizó la marcha:

La alegría, el compañerismo y la solidaridad eran nuestro lenguaje, nuestra comunicación. El tono festivo se manifestó en los colores de las mantas en que exigíamos nuestras demandas: los globos y banderas como el símbolo de nuestro grupo, le dieron a esta marcha un carácter diferente a todas las efectuadas con anterioridad.<sup>43</sup>

El orgullo de tomar la palabra y distinguirse frente al conjunto social, quedó plasmado en esta publicación:

Homosexualmente y con orgullo, tomamos la palabra, cansadas(os) de que otros hablen por nosotras(os). No nos intimidaban las cámaras fotográficas, las grabadoras ni la escolta de policías. Éramos una multitud que abiertamente manifestaba su repudio por las costumbres sexuales y sociales impuestas por una sociedad falócrata y heterosexista. Nos sentimos orgullosas(os) de nuestra alternativa sexual distinta. Éramos una multitud que daba la cara en ese momento, representando el sentir de miles de compañeras lesbianas y miles de compañeros homosexuales que aún no se deciden a abrirse públicamente.<sup>44</sup>

Aparentemente, según lo descrito por *Nuevo ambiente*, la reacción del público ante la denuncia de la represión fue positiva:

---

<sup>41</sup> "Segunda marcha", *Nuevo ambiente, Órgano informativo del Grupo Lambda de Liberación Homosexual*, número 2, Grupo Lambda de Liberación Homosexual, México, enero de 1981: 4.

<sup>42</sup> "Segunda marcha", *Nuevo ambiente, Órgano informativo del Grupo Lambda de Liberación Homosexual*, número 2, México: Grupo Lambda de Liberación Homosexual, enero de 1981: 4.

<sup>43</sup> "Segunda marcha", *Nuevo ambiente, Órgano informativo del Grupo Lambda de Liberación Homosexual*, número 2, México, Grupo Lambda de Liberación Homosexual, enero de 1981, 4.

<sup>44</sup> "Segunda marcha", *Nuevo ambiente, Órgano Informativo del Grupo Lambda de Liberación Homosexual*, número 2, Grupo Lambda de Liberación Homosexual, México, enero de 1981: 4.

La gente que presencié la marcha estaba asombrada del contingente tan numeroso que logramos reunir. Dicho asombro, aunado a la seguridad de que cada día somos más los que perdemos el miedo de manifestar nuestros deseos y necesidades, se transformó mayoritariamente en muestras de simpatía y apoyo. La marcha concluyó al terminar el mitin en el cual los compañeros de nuestro grupo denunciaron sin trabas o cortapisas la arbitrariedad, la corrupción y la ilegalidad de todas las formas represivas que van desde las censuras sociales más cotidianas, hasta la violencia física llevada a sus últimas consecuencias, pasando por un periodismo amarillista, despidos laborales injustificados, etc.<sup>45</sup>

La marcha de 1981 fue convocada por el propio Grupo Lambda de Liberación Homosexual, destacando, como en las ocasiones anteriores, el carácter internacional de la manifestación:

Este 27 de junio se llevará a cabo la Tercera Marcha Nacional del Orgullo Homosexual en la que tomaremos nuevamente las calles, que son nuestras; y celebraremos así en México y en todo el mundo el día internacional del orgullo homosexual. Estaremos juntos, sabiendo que no estamos solos, estaremos con nuestros amigos, con nuestros familiares y con todas aquellas personas que defienden los derechos civiles y democráticos. Orgullosos de nuestro amor, de nuestras vidas, desafiaremos nuevamente al machismo patriarcal el cual pretende suprimirnos, pero nosotras y nosotros ahora y en estos momentos estamos dispuestos a gritar el amor que no osaba decir su nombre [...]<sup>46</sup>

El hecho de que las publicaciones del Frente Homosexual de Acción Revolucionaria insistieran en la denuncia de la marginación sufrida por los homosexuales en aquellos años, permite que hoy podamos reconstruir mínimamente las arbitrariedades y vejaciones sufridas. En estos documentos, el FHAR llama a denunciar por escrito las violaciones a las “garantías individuales”, sufridas por los gays: “Estamos en plena campaña por el respeto a nuestros derechos constitucionales, por la erradicación legal de las razias y

---

<sup>45</sup> “Segunda marcha”, *Nuevo ambiente, Órgano informativo del grupo Lambda de Liberación Homosexual*, número 2, Grupo Lambda de Liberación Homosexual, México, enero de 1981: 5.

<sup>46</sup> “Este año seremos más”, *Nuevo ambiente, Órgano informativo del Grupo Lambda de Liberación Homosexual*, número 3, Grupo Lambda de Liberación Homosexual, México, verano de 1981: 3.

por la consignación ante la Procuraduría General de Justicia de los responsables.”<sup>47</sup>

Entre los objetivos del FHAR se encontraba: “La defensa de nuestros derechos democráticos y constitucionales, como ciudadanos mexicanos que somos.”<sup>48</sup> Esta lucha unía la afirmación de la identidad homosexual y la lucha contra las arbitrariedades. En este sentido, tenían particular relevancia las redadas que afectaban a este sector de la población que exigía ser respetado como parte integrante de la ciudadanía. En general, la lucha por la ciudadanía, que tiene lugar en la arena política, defiende los derechos de un grupo. En su sentido más amplio, es una búsqueda de legitimidad y de reconocimiento frente a una sociedad que estigmatiza o ignora una existencia social (Rodríguez 1998: 227). La representación de los homosexuales como ciudadanos implica la defensa al derecho a ser diferente y participar en la vida democrática de un país; apela a la democracia, la justicia social, el respeto por las diferencias de raza, religión, clase o género; al reconocimiento del pluralismo cultural (Rodríguez 1998: 231). Siguiendo esta tradición, representada por los movimientos feminista, afroamericano o chicano, el FHAR presentaba como uno de sus principios: “La lucha contra la represión policiaca ejercida contra homosexuales y lesbianas sólo por el hecho de serlo.”<sup>49</sup> Sin tomarlos en cuenta, el director de policía y tránsito, Arturo Durazo Moreno, había manifestado: “No me he rajado pues las *razias* continuarán” para convertir a la ciudad de México “en la más segura del mundo”.<sup>50</sup>

A pesar del desafío planteado, existían conflictos internos entre los grupos de liberación. Incluso, señala Luciano, “los grupos FHAR y Lambda llegaron a ser antagónicos” El balance que Xabier Lizárraga Cruchaga hace del movimiento desde el 2003 (162-163) también expresa algunas pugnas que le impidieron ser eficaces:

---

<sup>47</sup> “Aguas la tira”, *Nuestro cuerpo, Información homosexual*, número 1, México, Frente Homosexual de Acción Revolucionaria, mayo de 1979: 6.

<sup>48</sup> “FHAR”, *Nuestro cuerpo, Información homosexual*, número 1, México, Frente Homosexual de Acción Revolucionaria, mayo de 1979: 12.

<sup>49</sup> “FHAR”, *Nuestro cuerpo, Información homosexual*, número 1, México, Frente Homosexual de Acción Revolucionaria, mayo de 1979: 12.

<sup>50</sup> *Uno más uno*, 24 de octubre de 1979: 26.



El movimiento de liberación en México no sólo nació disperso, sino que permaneció así, autoengañándose en una infértil búsqueda de coordinación y cooperación mutua: la coordinadora de Grupos Homosexuales sólo llegó a existir en actas y en unas pocas e insustanciales reuniones de representantes.

[...] El movimiento homosexual mexicano no consiguió programar y llevar a cabo con eficacia serios planes de trabajo que subsanaran una falta de discurso. Algunos, como Juan Jacobo Hernández (fundador del FHAR), se abrían espacios periodísticos ventilando protestas y manejando argumentos (discutibles o no) que motivaban a comentarios, replanteamientos y debates, pero la inmensa mayoría no tenían una voz audible (y tampoco inteligible): los grupos crecían numéricamente con rapidez, y constantemente se tenía que comenzar de nuevo. Sólo tomábamos la palabra unos cuantos, que silenciábamos a otros por nuestra propia impaciencia o vanidad, al mismo tiempo que exigíamos y esperábamos que se expresasen.

[...] lográbamos avanzar en algo importante: perder el miedo a la palabra en el espacio abierto y público, aunque tales palabras pronto se iban fosilizando, hasta construir un discurso superficial y repetitivo. Era como recomenzar constantemente, aprendiendo y enseñando fragmentos de un discurso mayor siempre inconcluso, hasta que se convertían en oraciones prácticamente dogmáticas, tediosamente panfletarias y, por erosión, inútiles y contraproducentes.

A decir verdad, la existencia de un movimiento de liberación homosexual en la ciudad de México, era desconocida para la mayor parte de la gente. Al respecto Ernesto comenta, “nunca he participado en una organización. Nunca hubo organizaciones en México. No hubo movimiento gay.” Juan reconoce, “nunca supe de la existencia de un movimiento en México pero si lo hubo, no me importó. Nunca he sido activista.” Francisco exclama, “¡ya!, ¡en serio!, ¿quién inventó eso de que hubo un movimiento de liberación homosexual en México? Jamás oí hablar del FHAR o de Lambda y mira que conocí muchísima gente.” Informado, a largo de la entrevista, de que -efectivamente- existió un movimiento gay mexicano, Ernesto intuye, “nunca me enteré; no habrán hecho la gran cosa porque nunca se supo nada; quizás sólo organizaban cosas entre ellos.”

Es factible que la visión de izquierda planteada por las organizaciones homosexuales tampoco resultara atractiva para la mayor parte de quienes se habrían podido incorporar a sus filas. Lemas del Frente Homosexual de Acción Revolucionaria como, “nadie es libre hasta que todos seamos libres” y “por un socialismo sin sexismo”,<sup>51</sup> podrían haber intimidado a quienes, simplemente, querían participar de los espacios cotidianos de sociabilidad emergentes, pues como dice Sergio, “todos querían chacotear, no meterse en política.” Por su parte, Roberto considera que, “la sociedad mexicana no era nada participativa en esa época y estaba muy cerrada, no había cabida para un movimiento gay, por eso no se logró mucho.” De acuerdo con Ian Lumsden (1991: 68-69), la identificación explícita del socialismo con la liberación homosexual establecida por las organizaciones de la ciudad de México, tendía a apartar a la mayoría de sus seguidores inmediatos, fundamentalmente pertenecientes a los sectores medios. En concordancia con esto, Ignacio recuerda, “sabía que existía el FHAR pero me imaginaba que eran puros rojillos, y yo nunca he sido comunista. De todas formas, lo que hacían no tenía ningún impacto, eran muy poquitos y muy radicales.” De manera crítica y desde la experiencia de la lucha contra el SIDA, emprendida unos años más tarde, Miguel considera:

Siempre he sido activista, pero creo que es el trabajo de hormiga lo que ayuda a construir espacios de respeto. Se trata de un trabajo personal, de transformación del entorno. No creo que la confrontación conduzca al diálogo, como algunos creyeron dentro de las organizaciones de los setenta, que no lograron nada.

Según la mayor parte de los testimonios de los informantes, por admirables que fueran las intenciones de quienes participaron en el movimiento de liberación homosexual, la apropiación de la identidad gay en México poco tuvo qué ver con éste. En palabras de Ignacio:

La cultura gay cambió al mundo, en todo caso, el movimiento gay norteamericano. Pero, ¿el movimiento mexicano? Perdónenme pero no. Y si eso creen quienes fueron militantes, por muy loable que fuera su labor, están

---

<sup>51</sup> “La palabra militante, FHAR”, *Política sexual, Cuadernos del Frente Homosexual de Acción Revolucionaria*, volumen 1, número 1, México, 1979: 1.

viviendo su propio mito. El movimiento casi no le llegó a nadie. Casi no hizo o no pudo hacer nada trascendente.

Sin embargo, es importante destacar que el movimiento y sus integrantes también tenían como referente la oposición a la reproducción de los roles tradicionales de género dentro de una relación homosexual. En este sentido, se ceñían a una representación gay de las prácticas homosexuales, que precedía su labor. Luciano, quien fuera militante tanto del FHAR como de Lambda, precisa:

Yo no simpatizaba con hablar de esos roles sexuales; físicamente, también estaba en desacuerdo en restringirme en un sentido u otro. Dentro del FHAR, y del movimiento homosexual, en general, fue muy importante cuestionar los roles activo o pasivo. Gran cantidad de gente llegó a reconocer que, precisamente, se estaba reproduciendo la clásica relación hombre-mujer y sus más pavorosas formas de represión. Bueno, por otra parte, yo encontré que pueden haber distintos gustos, distintos deseos, sin la necesidad de restringirte totalmente a ser una cosa u otra, con el significado negativo de que el activo es superior al pasivo y ese tipo de cosas, que antes eran muy comunes. La cuestión era abrir alternativas y no considerar menos a nadie.

Si, por una parte, la apropiación de lo gay implicaba estos cuestionamientos frente a los roles tradicionales de género que continúan reproduciéndose hasta hoy, las marchas valientemente iniciadas por las organizaciones que buscaban la liberación homosexual también sobrevivieron al movimiento, convirtiéndose en la versión local del *gay pride* global e inundando anualmente las calles de la urbe. Esto es una muestra de que la identidad gay existe y está arraigada en la ciudad de México (Cantú 2002: 146).

## El ambiente

Hubo que construir cada vez más la propia identidad sobre la base de insistir en la no identidad de los demás.

Eric Hobsbawm (1995: 428)

### *Ciudad de México*

Vientos moralizadores soplaron en la ciudad de México entre los años cincuenta y sesenta. El cabaret *Waikiki* fue cerrado en 1955, mientras que en el Zócalo se organizó una quema de obras pornográficas. Los barrios de tolerancia fueron barridos. El *Salón México*, catedral del danzón y los bailes populares desde los años veinte, fue clausurado en 1962. La misma suerte corrió el *Etui* y otros bares donde se reunían los homosexuales, entregados a los paladines del orden moral (Gruzinski 2004: 502). Sin embargo, la expansión de la ciudad hacía difícil ejercer control sobre ella. La capital del país tenía tres millones de habitantes en 1950 y llegó a cinco millones en 1960 (Gruzinski 2004: 503). Cuatro meses antes de terminar la década, en 1969, los capitalinos estrenaron la primera línea del llamado transporte metropolitano *-Metro-* (Negrete 1994: 76). Para la década de los setenta, la ciudad de México rebasó los nueve millones de habitantes, concentrando cada día más el poder político, los servicios, las actividades culturales y lo esencial de la industria del país (Gruzinski 2004: 504), hasta llegar a los catorce millones en 1980 (Gruzinski 2004: 517). En ese año, el centro geográfico de la ciudad se situaba aproximadamente en el cruce de sus dos principales arterias: Paseo de la Reforma y Avenida Insurgentes (Gruzinski 2004: 526).

En 1979, durante la euforia del auge petrolero, el Departamento del Distrito Federal (entidad federativa que albergaba el centro neurálgico de la ciudad y a la mayor parte de sus habitantes) nombraba a la capital del país como de “la ciudad con ángel” o la ciudad “de todos”, con “una población creciente para la cual una nueva ciudad se construye dentro de nuestra ciudad

a cada momento”.<sup>52</sup> Nuevas zonas se desarrollaban en todas las direcciones de la urbe. Los periódicos anunciaban novedosos desarrollos residenciales para los sectores medios al noroeste, en el vecino Estado de México: “Ahora usted puede vivir en Lomas Verdes”<sup>53</sup>; “más que un hermoso campo de golf... Chiluca es el más bello fraccionamiento residencial”.<sup>54</sup> Por otra parte, hacia el sur, “en la zona de mayor prestigio de la ciudad de México: el Pedregal de San Ángel”, se construía Pedregal del Lago, “un oasis en condominio”<sup>55</sup> y Real de San Francisco, “con el mejor ambiente del Distrito Federal”.<sup>56</sup> Los conflictos generados por la acelerada expansión de la ciudad eran tratados en el programa televisivo *La primera ciudad* transmitido por el canal 11, del Instituto Politécnico Nacional, donde todos los domingos, a las ocho de la noche, se trataban los “problemas derivados del crecimiento de nuestra ciudad”, como las dificultades en el transporte.<sup>57</sup> Sin embargo, la ciudad de México era, fundamentalmente, segura. Comparando la situación de aquellos años con la actual, Sergio concluye:

En esa época había más represión hacia los homosexuales de la que hay ahora, pero no la cambiaría por nada. Era una época en la que podíamos salir a las tres o cuatro de la mañana, andar caminando muy rico por Avenida Juárez, por San Juan de Letrán, por el Paseo de la Reforma. Se vivía con mucha tranquilidad, con mucha seguridad.

En concordancia con este punto de vista, Gerardo expresa, “había más seguridad, se podía salir, la ciudad estaba limpia, no había tanto tráfico y uno se sentía seguro en la noche”. Ignacio agrega, “era una ciudad en donde no te preocupabas por la inseguridad, no existía eso. Un asalto no era nada común.”

### *Ciudad de ambiente*

En los setenta, la sociedad capitalina, decidió que era tiempo de modernizarse (Monsiváis 1995: 206). En 1979 (en las referencias bibliográficas 1997: 186), el

---

<sup>52</sup> *Uno más uno*, 20 de octubre de 1979: 32.

<sup>53</sup> *Excélsior*, 8 de octubre de 1978: 8-A.

<sup>54</sup> *Excélsior*, 1 de octubre de 1978: 19-A.

<sup>55</sup> *Excélsior*, 1 de octubre de 1978: 10-A.

<sup>56</sup> *Excélsior*, 8 de octubre de 1978: 7-A.

<sup>57</sup> *Excélsior*, 1 de octubre de 1978: 4-A.

escritor José Joaquín Blanco atribuía las nuevas libertades y servicios disponibles a la expansión de la urbe y, con ella, a la posibilidad de hacer negocios:

[A]l crecer la ciudad de México, por ejemplo, aumenta por miles la cantidad de homosexuales, de tal manera que empieza a ser un buen negocio -para políticos, empresarios y policías- establecer bares, baños, cafeterías, modas y productos en los cuales dejamos nuestros billetes.

Tales espacios formaban parte del ya mencionado “ambiente”, frecuentado por sujetos homosexuales. Ernesto explica el proceso por el que un hombre se involucraba dentro del “ambiente”:

El ambiente no lo tenías cerca, no eran tus amigos de antes, no era tu familia, sino que entrabas a un grupo de gente que conocías por otros lados y así entrabas al ambiente, empezabas a conocer gente en fiestas y entrabas dentro de cierto circuito. En tu casa no los conocían bien-bien, porque eran amigos que te hablaban por teléfono pero no tus amigos tradicionales, no los conocían tus papás, no los conocían tus primos.

Incorporarse al “ambiente” abría, de súbito, grandes posibilidades de establecer relaciones interpersonales; amistades, parejas sexuales o relaciones a largo plazo. Francisco cuenta:

Entonces empezaba: que te habla Pedro, te habla Julio, te habla Alberto, te habla quién sabe quién. Y no tenían apellidos. Y cambiaban. Primero eras uña y carne con uno y luego ya se te había olvidado su existencia. Así venían los comentarios típicos de la madre: te habla todo México, pero ¿por qué nunca te habla una mujer?

El “ambiente” no estaba disponible para todos. El acceso a sus espacios de sociabilidad, se tratara de bares o fiestas privadas, eran parte de los “privilegios asequibles sólo para un determinado nivel de ingreso”, como claramente señalaba José Joaquín Blanco (1997: 187) en 1979, refiriéndose a los homosexuales de “clase media”. Y las instituciones centrales de la vida gay

eran, fundamentalmente, esa clase de lugares de ligue (Pollak 1987: 77). También podían darse encuentros en lugares públicos, como calles, tiendas y parques. La voz del narrador de la novela de Luis Zapata (1996: 165-166), *El vampiro de la colonia Roma*, publicada en 1979, cuenta:

en aquella época no nomás la ciudad me fascinaba también la gente la gente de ambiente se entiende era muy curioso porque todo el mundo era cuate de todo el mundo o sea todos conocían a todos y todos este se protegían se ayudaban era como una gran hermandad gay je hermandad gay no me medí lo que era chistoso es que parecía como si se acabara de descubrir la homosexualidad ¿no? todo el mundo andaba en ese rollo digo hasta los que no ¿verdad? hasta los que no eran de onda ps también andaban en ese desmadre “ps no hay que ser dogmáticos” han de haber pensado ¿verdad? y ahí andaban en el numerito y veías de todo artistas famosos políticos renombrados intelectuales pintores músicos de tocho ¿no?

La “hermandad gay”, la gente “de ambiente”, era más visible en el área central de la ciudad. Otro fragmento de *El vampiro* (172-173) nos dice:

a mí la colonia Cuauhtémoc me parecía y me sigue pareciendo la colonia más maravillosa del mundo es la colonia más homosexual de la ciudad hay cantidad de gente de ambiente hay en cada cuadra cientos de tipos que son de ambiente eso sin contar los que no son de ambiente pero que también jalen ¿verdad?

La colonia Cuauhtémoc se encuentra enclavada en la delegación del mismo nombre. Es el corazón de la ciudad de México que, entonces, también albergaba otras áreas de interés para los gays. Siguiendo *El vampiro* (52) encontramos:

además creo que ya te había dicho ¿no? la colonia roma está llena de gente de ambiente yo creo que después de la cuauhtémoc ésta le sigue andas por la calle y a cada ratito te encuentras uno dos tres quince cuates que tú

ves que son de onda entonces te sientes como en tu propia casa ¿no? así como en una gran fraternidad

Un especial magnetismo ejercía la Zona Rosa, un área de la colonia Juárez ideal para ir de compras o a tomar un café y frecuentada por los sectores privilegiados de la sociedad capitalina y los turistas. Aparentemente, la Zona Rosa fue bautizada así por el artista José Luis Cuevas. Contaba con una atmósfera cosmopolita, un aura progresista con promesas de modernidad, donde los turistas y mexicanos con capacidad económica podían adquirir las modas importadas (Zolov 1999: 110). Según José Joaquín Blanco (2005: 77), lo de “rosa” podría haber sido una afirmación patriótica, por aquello del rosa mexicano; podía aludir a una zona “casi roja” o a una zona homosexual. Desde los años sesenta, la Zona Rosa se había convertido en un espacio de relativa libertad. Blanco (2005: 78) recuerda:

Era realmente preciosa. Mucha moda, mucha *beautiful people*. Todavía conservaba buena parte de sus impresionantes casonas europeas de principios de siglo. Estaba llena de aparadores deslumbrantes y de turistas rubicundos y sonrientes, lo que le daba cierto resplandecer diurno. Galerías de arte, *boutiques*, *mexican curios*, antigüedades; hoteles, centros nocturnos y restaurantes de lujo; agencias turísticas, tiendas de discos importados y hasta de filatelia; academias de idiomas y de modelaje.

Y se podía caminar con tranquilidad (todavía no llegaba el metro, ni con él la muchedumbre de muchachos de barrios pobres). Era uno de los escasos sitios donde cualquiera se permitía andar, impunemente, vestido de hippie, o con ultraminifalda y *hot pants*, o con atildada melena de Beatle y pantalones ajustados, acinturados, destacando las nalgas y el paquete, y de colores extravagantes, lo que provocaba insultos, golpes y aun detención policiaca en el resto de la ciudad.

Durante los setenta, la Zona Rosa continuaba siendo un lugar de la ciudad socorrido y prestigiado. Era el sitio ideal para lucir la moda que, en la memoria de Antonio, “era muy colorida, playeras en colores sólidos, pantalones acampanados, zapatos de plataforma, cadenas de oro; si tenías peluche en el pecho, mejor, para que contrastara con el oro.” Gerardo recuerda que, “en los



setenta se usaban los pantalones acampanados, huaraches y melena, la cosa folclórica estaba medio de moda, así que yo me ponía mis camisas de florecitas oaxaqueñas”. Visitar este lugar requería poner cierto cuidado en el vestir. A decir de Ignacio:

Para estar a la altura, supongo que íbamos de compras a Liverpool o al Palacio de Hierro, pero la ropa no era muy *fashion*, era bastante naca, era toda muy *feona*. Y entonces, lo mejor era comprar ropa en Estados Unidos. Yo iba a Monterrey y luego me iba a Laredo y me compraba algo, aunque no tenía mucho dinero porque me pagaban bien poquito.

En este periodo, previo al libre comercio de la década de los noventa, era común viajar a Estados Unidos para ir de compras. Gerardo asegura, “en ese tiempo se compraba fayuca pero teníamos una amiga que nos invitaba con frecuencia a Texas. Íbamos a San Antonio, Houston, Dallas y de allí traíamos harta ropa, de todo.” Antonio explica, “como todavía no nos llegaba la apertura comercial, la ropa de aquí era, de plano, horrorosa, deja tú lo *chafa*, era francamente espantosa. Yo me la compraba en Estados Unidos, en San Antonio.”

Eric Zolov afirma que, con sus aires cosmopolitas, la Zona Rosa se convirtió en la zona en que los desilusionados sectores medios o altos podían maravillarse de los logros del México moderno (Zolov 1999: 135). En sus calles se respiraban aires de libertad. José Joaquín Blanco (2005: 78) considera que, “este sitio de impunidad moderna, de invitación a la libertad en las costumbres, como para sentirse en mitad de una película (mexicana) sobre París o San Francisco, establecido en función de los turistas, pronto fue aprovechado por muchachos nativos de toda clase.” Y agrega (78) que allí ocurrieron,

a mediados de los setenta, los tres o cuatro casos mexicanos de la moda mundial de los *streakers* o locos encuerados. De repente un muchacho se desnudaba. Digamos en la calle de Hamburgo, y echaba a correr una o dos cuadras entre los transeúntes, nomás para asombrarlos. Había gente que aplaudía. Con sólo cruzar Insurgentes se ganaban ciertas libertades: la Zona Rosa.

Blanco (2005: 79) también recuerda que en aquellos años la Zona Rosa tenía fama de ser un área homosexual de la ciudad, además de pretenciosa, lo que hacía que muchas personas con tal interés se dirigieran hacia ella:

La Zona Rosa se tenía bien ganada su fama de *snob*. Lo de homosexual, en cambio, parecía algo exagerado. Ciertamente resultaba menos peligroso (tanto frente a la policía como frente a la cólera de los transeúntes bien pensantes) intentar ligues en sus bonitas calles que en cualquier otra parte, pero también más difícil. Se diría que el prestigio de la Zona Rosa transfiguraba a los ligadores, los extendía como pavorrales, los espigaba como garzas desdeñosas, de modo que era más lo que pretendían lucir que ligar. Puras miradas despectivas de supuestos guapísimos, que se repelían entre sí. La calidad de la ropa, la moda, el chic contaban mucho, como en una pasarela interminable al aire libre. Aburría la Zona Rosa, pero ahí me pasaba las tardes.

Miguel, originario del noroeste del país, recuerda, “en los setenta yo vivía en la Zona Rosa, o sea, me la vivía allí porque iba todos los días, a eso me refiero. Iba todas las tardes a la Zona Rosa con mis amigos y veía todo lo que estaba sucediendo.” A pesar de la represión que imperaba en la mayor parte de la ciudad, en la Zona Rosa existían espacios de tolerancia que, se sospechaba, podían estar solapados por las autoridades. José Joaquín Blanco (2005: 80) asegura que existían,

mesas atrevidas en Sanborns, en el Tolouse, en el Carmel, pero siempre minoritarias, y por lo demás los propios meseros y los escasos (y desarmados) guardias de los establecimientos imponían perfectamente el orden. Un orden que nadie quería quebrantar: no se destruye el propio pesebre. El forastero que se asomara no descubriría disolutos, sino puros catrines mamones.

### *De noche*

Antes de que abrieran los primeros bares gay propiamente dichos, las fiestas eran un espacio de sociabilidad crucial. Al respecto, Ernesto evoca:

Antes de los bares, en los sesenta, había fiestas muy divertidas, lo más maravillosas que te puedas imaginar, organizadas por famosos personajes. Para asistir, necesitabas entrar al círculo, ser gente de confianza. Y había chorros y chorros de fiestas. A veces eran en el departamento de alguien o un fiestón en las Lomas o el Pedregal. Todo el mundo se conocía.

Coincidiendo con esto, Juan asegura que, “las fiestas eran organizadas por un círculo de amigos muy ricos, y los amigos de los amigos. Eran fiestas privadas en las que no cualquiera entraba, era gente recomendada.” Sin embargo, Francisco admite que, “unas fiestas era más exclusivas, a otras íbamos todos los pelados. En el Sanborns alguien te decía, ‘hay fiesta en tal lugar’, y todo el Sanborns se iba a la fiesta; llegaba hasta Perico de los Palotes. Gente más o menos bonita.” Por tanto, según Ernesto:

Tenías que estarte cuidando para ver de quién era la fiesta. Una vez hubo una fiesta grande en una casa de las Lomas y había una cantidad de marihuana bestia, y la casa estaba abierta, y todo el mundo borrachote, y luego llegó la policía y el organizador se pasó creo que cinco años en la cárcel. ¡Ay, pobrecito! ¡Qué horror!

Las fiestas comenzaron a ser desplazadas con la aparición de los bares gay. Ya desde 1967 (en las referencias bibliográficas, 1998: 175), Nancy Achilles hablaba de los bares gay como una institución crucial para la interacción social homosexual y la creación del sentimiento de pertenencia a un grupo específico dentro de la sociedad (en su caso, norteamericana). De acuerdo con la experiencia de sus viajes, Ernesto considera:

Bares especializados, ya había a finales de los sesenta en Nueva York y San Francisco, obviamente, y en Amsterdam o París. En Italia no, absolutamente nada. En Madrid, todo muy escondido (con la dictadura de Franco, ¡imagínate!). En Noruega, Suecia, Dinamarca, eran muy abiertos, aunque de lo más aburrido, la verdad, pero claro que había.

Los bares tardaron varios años más en aparecer en la escena de la ciudad de México. Como manifiesta Francisco, “en México, bares gay, lo que se dice

bares gay, hasta mediados de los setenta.” En concordancia con esto, Ernesto asegura, “bares cien por ciento gay, no lugares donde se reunieran los gays, sino sitios específica y claramente creados para uno, hasta el setenta y tantos.”

Es durante el sexenio de José López Portillo (1976-1982) cuando comienzan a proliferar y tener éxito los bares gay en la ciudad de México, como recuerda Luciano:

Si por algo surgía un sitio gay, sobre todo en el periodo de Luis Echeverría, lo clausuraban. En el periodo de José López Portillo y su mujer-tacón, la moral era relajada y de eso se pudieron aprovechar los gobernados. Sí, con López Portillo se aflojaron algunas tuercas en el aspecto de la moral sexual -no en lo demás, no para las demás cosas- pero sí en ese muy importante aspecto. Y fue cuando realmente aparecieron los bares gay y empezaron a tener éxito.

Los bares ofrecían un ambiente de seguridad a sus clientes. Juan afirma que, “adentro del bar te sentías protegido, siempre con el miedito de que pudiera haber una redada, pero más seguro, mientras que en la calle la gente podía agredirte.” En la interpretación Sergio, “la ventaja de los bares es que podías conocer otros gays en un ambiente de seguridad y cierta respetabilidad.” Así recuerda Luis González de Alba (1998:143), la escena de los bares de la ciudad de México a finales de los setenta:

En la Zona Rosa existía el Bar 9, con demasiados aromas a loción cara en los muchachos y a buenos perfumes en las abundantes mujeres heterosexuales que asistían porque tenían amigos gays, son las joterías o *fruit flies*. En Le Baron (que escribían de forma espantosa como L'Baron), reinaba el maltrato desde la entrada hasta la hora de salir, casi siempre al rayo del Sol, hasta en día de elecciones presidenciales. Sólo siendo propiedad de algún muy, pero muy alto político, habría podido cometer tales faltas impunemente. De pronto se sabía de algún nuevo bar. Casi nunca era nuevo, sino algún bar con bajas ventas que decidía poner manteles color de rosa para, según los dueños, hacerlo gay. Duraban poco. No eran para el joto de barrio, sino para el homosexual de clase media, casi siempre viajado y, por lo mismo, decepcionado una y otra vez por la oferta. Más que a las clausuras por parte de

la autoridad, los pretendidos bares gay debían su fracaso al desencanto de la clientela.

Efectivamente, como relata Sergio, “hubo muchos bares en la ciudad, fueron docenas y docenas los que yo llegué a conocer, pero cerraban rápidamente y no eran dignos de mención, no recuerdo ni su nombre.” Sin embargo, los testimonios muestran que, en estos años, hubo un establecimiento instalado en la Zona Rosa que resultó muy significativo: el bar 9. Ricardo considera, “el mundo gay de aquellos años era muy, muy cerrado. Realmente, sólo hubo un bar digno de mención, el 9, y nada más.” Antonio recuerda, “un amigo fue el que me dijo que había un ‘bar gay’ en la ciudad y que se llamaba el 9. Y sí, era un lugar muy agradable. No quisiera decirlo pero, en principio -luego fue decayendo, como todo- para gente bien.” Ignacio señala:

Lo decoraron y redecoraron hasta que se cansaron. Primero era una cosa muy chica, luego se hizo más grande. Recuerdo que las ventanas daban a la calle de Londres, con una vista muy buena, llena de árboles. Era la gran cosa, te voy a decir. Sigue siendo un buen recuerdo, de lo mejor que ha tenido el mundo gay en México.

El 9 es también evocado por el escritor mexicano José Joaquín Blanco (2005: 80-81), quien aporta su versión de la historia y particularidades del establecimiento:

Cuando apareció, ya en la segunda mitad de los años setenta, un bar inconcebible, *El 9*, guardó en principio fidelidad a esta atmósfera casi modesta y pacata. Cerraba a medianoche, no se podía bailar ni abrazar a nadie; puras mesas de conversadores relamidos y aullantes; su mayor atractivo: caminar entre ellas, vaso o copa en una mano, cigarrillo en la otra, como en un coctel, buscando menos el ligue que el lucimiento del porte o de la ropa [...]

El ascenso del 9, de un barecito casi café, modosito y pacato, al antrazo elegante que llegaría a asombrar y a escandalizar a medio mundo, se debió al incremento intensivo de la corrupción policíaca durante el gobierno del “general” Arturo Durazo; digo, del presidente López Portillo. Resultó que, de pronto, el bar abría hasta las tres, cinco, siete, ¡nueve! de la mañana; que llegó

la música *disco*, y se pudo bailar entre hombres, abrazarse, besarse, fajar; que nunca, ni en lunes, cabía un alfiler, y hasta se formaba una larga y morosa cola a la entrada, sobre la calle de Londres. Pálidos de envidia, los jotos viejos asistían a los privilegios de la nueva generación [...]

Se pagaba ese subterráneo permiso policíaco con el cóver. Otros bares, que intentaron imitar al 9, sin semejante protección, no sólo sufrieron intempestivas, sino terribles clausuras: llegaba la policía y cargaba con todos los clientes, a quienes extorsionaba y vejaba uno por uno en la delegación.

El 9 era el bar favorito de quienes comenzaban a asumirse como gays. Juan exclama, “¡el 9 fue famosísimo!, sí. Yo iba muy seguido. Era el lugar más *fashion*, donde todo el mundo iba a lucirse.” Miguel recuerda:

Era un antro muy glamoroso. Era un lugar combinado: iban niños y niñas, gays, lesbianas y bugas [heterosexuales]; aunque ya sabes que en los bares siempre son los gays el centro de atracción. Tenía gracia. Era un lugar bonito y agradable. Era divertido. Todo el mundo quería ir.

Desde una postura menos entusiasta, José Joaquín Blanco (2005: 86) recuerda a,

la nata del 9 como catrina: de clase media alta, con ese disfraz: la moda, el peinado, el aseo personal, los modales y la conversación afectados. Puro señorito. Todo el mundo quería parecerse a Camilo Sesto. O a John Travolta en *Fiebre del sábado por la noche*.

El bar, sin embargo, ocupa un mejor lugar en la memoria de otros personajes. Francisco sostiene que:

El 9 era lo máximo, lo más divertido, yo creo que el chiste del 9 es que fue el primer bar gay mono, elegante, decente. Estaba en el centro del reventón, si no conseguías nada allí, a las dos cuerdas lo encontrabas. Era un lugar de moda. Todo el mundo quería ir al 9.

Ricardo reconoce que el lugar estaba diseñado para un público determinado, por lo que muchos resultaban excluidos:

El 9 era la típica disco que tenía su guarura en la puerta y a cierta gente no la dejaban entrar. Pero yo nunca tuve problemas, siempre pude entrar. Y era padrísimo por la gente que asistía. Era un lugar muy chiquito. Entonces, no se necesitaba más espacio. Casi toda la gente era conocida. Y el lugar era muy divertido. Tomabas una copa, platicabas; la gente iba muy arreglada, bonita. La gente iba al ligue, dispuesta a la plática. Y se podía bailar. Ligabas, platicabas, bailabas, era divertido. Era muy, muy bonito ambiente, a mí me gustaba.

Aparentemente, dentro de este espacio, la clientela imitaba los patrones de los bares norteamericanos. Quienes asistían al 9 ya se definían como gays. José Joaquín Blanco recuerda (2005: 82) la concurrencia como:

[...] clientela frívola y bullanguera de homosexuales “tipo San Francisco”, quienes ya, para evitarnos lo de joto, marica y puto, nos definíamos como *gays* [...] siempre humilde y agradecidamente conformes con unos cuantos tragos y una festejada música *disco* (Donna Summer, Gloria Gaynor, Alicia Bridges) [...]

Ciertamente, como cuenta Ricardo, “la música de los bares gay en aquellos años era padrísima para bailar. Música disco, que estaba de moda en Estados Unidos y todo el mundo; eran los años de Gloria Gaynor y todo ese rollo divertidísimo.” Ignacio confiesa que, “cuando pienso en el 9, me parece estar escuchando música disco: Donna Summer, Gloria Gaynor, toda la pinche noche.” Para asistir a este lugar, según afirma Juan, “tratábamos de andar a la moda con los pantalones a la cadera, las campanas, las patas de elefante. Usábamos modelitos, muchas veces nos los mandábamos hacer. O lo comprábamos en Estados Unidos, si se podía, en Europa.” Sobre la importancia del arreglo personal dentro del bar, Antonio destaca, “ibas para que te vieran, no para pasar desapercibido; incluso a las fiestas ibas arregladón, no como ahora, que se ponen lo primero que les cayó del clóset para salir de antro.” Toda esta comercialización fue vivida por la mayor parte de los sujetos como un factor de liberación, en la medida en que parece alentar una mayor visibilidad y un sentimiento mucho más fuerte de estar involucrados en un

destino común, valorado de manera positiva (Pollak 1987: 92). Y es que, como enfatiza Juan, “para salir a los bares nos arreglábamos bien, de todo a todo. Íbamos a celebrar algo, que éramos gays.”

Desde la mirada de los militantes de izquierda, los bares eran leídos de otra manera. El órgano informativo del Frente Homosexual de Acción Revolucionaria establecía:

En nuestro país, muchos compañeros defienden tenazmente la alternativa del bar y la discoteca como los sitios más idóneos para la reunión de los homosexuales. En esos lugares, arguyen, se sienten “libres”, conocen gente como ellos, son “felices”. En sus argumentos olvidan que hay miles que no tienen esa alternativa, y estos últimos son la mayoría. Este es un país capitalista dependiente y en consecuencia hay mucha gente que no puede ni pagar la renta, cuanto menos pagar la entrada de uno de esos bares donde se encuentra la *libertad y felicidad*.

[...]

Nos importa, y mucho, el servicio que ofrecen a la clientela, el trato que dan a los parroquianos, la intención que tienen los dueños o encargados de estos lugares al imponer a sus clientes y favorecedores una conducta “respetuosa” en el interior de sus negocios. Nos importa el creciente maltrato que nuestros compañeros (que pagan y muy bien por entrar) reciben por parte de meseros, la mayoría de estos bugas [heterosexuales]; los abusos en los precios, la negativa de algunos lugares a permitir la entrada a mujeres o travestis; las agresiones físicas que en muchos de ellos se dan contra compañeros inconformes con el mal servicio que reciben.<sup>58</sup>

Las quejas emitidas por el FHAR iban en el sentido de que ingresar a estos establecimientos resultaba muy caro, por lo que era difícil que todos tuvieran acceso a ellos, además de que ciertas actitudes discriminatorias restringían aún más la entrada; sujetos considerados “muy jotos” o pintados, esto es, que se empeñaran en asumir la reproducción los roles tradicionales de género en su faceta femenina, no podían entrar a los bares. En gran medida, la entrada

---

<sup>58</sup> “Nuestras alternativas los bares: vampiros y vampiresas”, *Nuestro cuerpo, Información homosexual*, número 2/3, México, Frente Homosexual de Acción Revolucionaria, julio de 1980: 9.



dependía de la aprobación de quien estuviera al cargo de la puerta.<sup>59</sup> Sin embargo, las mismas publicaciones del FHAR reconocían que los bares estaban resultando exitosos e intentaban explicar este fenómeno: “Estos clientes gay son muy generosos porque encuentran en esos bares un sitio donde compartir su identidad con otros, donde bailar, tomar la copa, soltar tensiones, conocer a posibles parejas, etc.”<sup>60</sup> En síntesis, los bares eran exitosos como lugares de interacción y construcción de identidad.

### *De día*

Evocando los últimos años de la década de los setenta desde el final de los años noventa, el escritor mexicano Luis González de Alba (1998: 143) expresa:

Hace veinte años, la vida nocturna gay era diurna: baños de vapor y enormes cines de tercera ofrecían la variante mexicana, y mucho más auténtica, de la vida gay de los países desarrollados [...] En México también ocurría de todo en cines y baños, pero nunca estaba uno seguro: ¿será policía?, ¿será una trampa?, ¿será buga pero quiere? Siempre quedaba la fantasía de que se tratara de un heterosexual con ganas. Abundaban las historias del tipo: me dijo que su mujer está a punto de parir y lleva por eso meses aguantándose. Esta fantasía es imposible en un bar civilizado de Berlín, París o San Francisco.

La novela de Luis Zapata (1996: 160), *El vampiro de la colonia Roma* (1996: 160), muestra el abanico de posibilidades de ligue que existían en la ciudad durante el día:

si querías ligar en la mañana te ibas a cualquier sanborns y ya ¿ves? ligabas o en el metro en la estación insurgentes o en las tiendas de discos también como de nueve a doce o doce y media se ligaba mucho en los baños del puerto de liverpool o en los baños ecuador o en otros baños públicos los

---

<sup>59</sup> “Nuestras alternativas los bares: vampiros y vampiresas”, *Nuestro cuerpo, Información homosexual*, número 2/3, México, Frente Homosexual de Acción Revolucionaria, julio de 1980: 9.

<sup>60</sup> “Nuestras alternativas los bares: vampiros y vampiresas”, *Nuestro cuerpo, Información homosexual*, número 2/3, México, Frente Homosexual de Acción Revolucionaria, julio de 1980, 9.

finisterre los mina los riviera me acuerdo en especial de los ecuador [...] ahí se pierden todos los egoísmos y todos se preocupan porque todos se vengan no sabes es padrísimo

al mediodía ligabas en el toulouse o en cualquier esquina de la zona rosa en cualquier esquina te salía alguien con quien podías hacerla por un rato pero ahí ya era más otra onda ya eran chavitos así como más decentes o bueno no decentes pues si fueran decentes no tendrían nada que hacer allí ¿verdad? ¿no? je pus son chavos más bien vestidos más hijos de familia y un chingo de extranjeros y gentes de sociedad y demás (Zapata 1996: 160)

en las tardes claro estaban los cines aparte de los cines más clásicos que eran el gloria y el teresa qué chistoso ¿no? que los dos tengan nombre de chavas y sirvan para lo contrario je aparte de esos podrías ligar en casi cualquier cine de la ciudad (Zapata 1996: 160).

A falta de más lugares de reunión específicamente creados para los gays, una conocida cadena de restaurantes resultaba muy socorrida. Tal y como lo retrata Luis Zapata (1996: 161), “estaban los sanborns que siempre han sido de una ayuda tremenda para la gente de ambiente siempre han tenido algo que atrae a los gayos no sé por qué”. Al respecto, Ernesto comenta:

Como no había tantos bares, Sanborns era el lugar de reunión y todo el mundo iba a Sanborns. Pero, como no eran para gays, había que ser discreto. Entonces, en las revistas, era un fichadero bestia y conocías gente o te echaban el ojo. El Sanborns de Niza era un Sanborns gay, pero no porque los dueños quisieran. Es más, muchas veces corrieron a los gays del Sanborns de Niza porque dizque querían quitarlos. Luego se dieron cuenta que era la pendejada más grande, que entonces no iba nadie y mejor se hicieron de la vista gorda.

Juan también comenta que los Sanborns eran un buen sitio de reunión para los gays, que podían verse allí simplemente para conversar, aunque con ciertas precauciones, “en los Sanborns nos reuníamos mucho. Hablábamos bajito sin

decir nombres, temerosos de ser escuchados.” Sin embargo, uno de los principales atractivos del lugar era la posibilidad de ligar. Sergio narra:

Yo ligaba en el Sanborns, pero con cierta discreción. Puedes ser un coqueto o un cuzco, pero hasta para ligar en el Sanborns se necesita clase o tacto. Y se sigue usando, pero ya no es tan común. Ya no es *el* lugar para ligar (ya hay muchas opciones) y entonces sí lo era.

Aparentemente, ligar en el Sanborns era una práctica frecuente y sencilla. Miguel observa, “era muy fácil ligar, por ejemplo, en el Sanborns de Reforma con Tíber; seguro te levantaban en la esquina, antes de entrar siquiera y si no, en el baño.” En la experiencia de Ignacio:

Los Sanborns, en general, eran buen lugar para ligar, desde la mañana hasta la noche, a toda hora. Estaba el Sanborns de Aguascalientes, que era el más famoso por su concurrencia gay. Por supuesto que el de San Antonio y el de San Ángel, claro; y el del Ángel. Muchas parejas rompieron al equivocarse en el lugar de la cita: “nos vemos en el Sanborns San Ángel” y el otro entendía que era el del Ángel, ambos se quedaban plantados y, entonces, el amor acababa. Era un lugar para conocer jóvenes universitarios o profesionistas jóvenes. En el baño, en las escaleras de la entrada, en las revistas, echabas una mirada, veías qué había. Ahora, siempre tenías que estar cuidando de los empleados y de los judiciales que te quitaban todo lo que traías “por puto”, así te decían. Y te amenazaban, ya sabes: “le vamos a decir a tu esposa o a tu familia”. Una vez me tocó uno y les dije: ¿cuál esposa, cuál familia? Pero, en general, en los Sanborns se hacía de todo, adentro de los baños. Era impresionante. Se armaban orgías, verdaderas or-gí-as, y un alma caritativa siempre era el que daba el pitazo para que los empleados no vieran el aquelarre, qué cosa.

La puerta del Sanborns de Aguascalientes se encontraba en la esquina de esa calle con Insurgentes. Ese punto era comúnmente llamado “la esquina mágica”, por las enormes posibilidades de ligue que ofrecía. Miguel considera que, “en los setenta una esquina dominaba la escena, la del Sanborns de Aguascalientes, entre la colonia Roma y la Condesa.” Antonio explica:

En el Sanborns de Aguascalientes e Insurgentes había acción en dos frentes. Lo que ocurría dentro del Sanborns, ligando en los puestos de revistas y de ahí te ibas a los baños. Y lo que ocurría en la calle: le echabas el ojo a alguien que te gustara y si te seguía, estaba perfectamente establecida la reciprocidad, y te ibas con él.

Ligar era sencillo en la “esquina mágica”, sobre todo, si se era joven y atractivo. A este respecto, Ignacio, originario de Monterrey, evoca:

Yo tenía veintitantos años y no estaba nada mal, cosa que ayudaba mucho. Salía, me paraba en la esquina mágica y no pasaban cinco minutos sin que ya alguien se hubiera detenido. Luego hasta pensaba, ¿con cuál de los dos me iré? Y de repente alguno me dijo, “es que vivo en Zacatenco”, y yo ni sabía dónde estaba eso, pero allá voy hasta Zacatenco porque el tipo me gustaba, y hasta me regresó a mi casa.

En última instancia, era posible ligar en cualquier sitio. Ernesto recuerda que, “también se usaba muchísimo ligar de carro a carro, no faltaba quien te echara el ojo, en cualquier calle.” Según Ignacio, en aquellos años, la avenida Insurgentes ofrecía ciertas ventajas:

Durante los setenta se permitía estacionar los coches sobre Insurgentes. Esto creaba una barrera protectora sobre la banqueta. Por esto, había más intimidad en la acera. Así, desde el metro Insurgentes hasta el Sanborns de Aguascalientes, pasaba de todo, grueso. Un lugar de encuentro para personas homosexuales.

También los cines constituían un buen lugar para ligar. En palabras de Sergio, “en aquella época había cines maravillosos como era el cine Roble, sobre el paseo de la Reforma, el cine más hermoso que hayamos tenido aquí en México. Asistía mucha gente de ambiente, y se propiciaba mucho el ligue.” También los baños eran una opción para algunos, según cuenta Miguel:

Yo iba a los Ecuador, luego había otros baños detrás del cine Teresa, estaban los Álvaro Obregón... Ésos eran a los que yo asistía. Iba mucha gente, hombres homosexuales y también heterosexuales, que nos agredían: “órale putos cabrones, no estén chingando”. No les gustaba que pasaran esas cosas a su alrededor, pero allí estaban y uno se hacía el loco cuando lo agredían verbalmente.

Los baños no eran, ni remotamente, tan populares como los bares. Algunos asistían sólo por curiosidad. Ignacio recuerda la visita a los baños como una especie de excursión:

En los setenta, los baños Ecuador eran los más famosos. Una vez fui con un amigo a los Ecuador un domingo en la noche. Era un lugar muy cutre, cutrecísimo, horrendo. Tenía un privadito para que te cambiaras y regaderas, masaje, un sauna. Y el sauna tenía poca iluminación y rincones muy oscuros. Y cuando vi a los viejitos en acción fue cuando decidí salirme. Se terminó mi curiosidad. No soy de baños.

### *Agresiones*

Como se ha visto, la contraparte de estos espacios de apertura era la represión policíaca contra la que había alzado su voz el movimiento de liberación homosexual. De este clima de intolerancia Miguel recuerda:

Yo iba a ligar a los bares y hacían redadas. Iba a ligar a los cines: al cine Gloria, al cine Estadio, al cine París, al cine Roble. Y allí estaban los policías que de repente te llegaban, te llevaban o te chantajeaban. También te chantajeaba el vigilante del cine, te pedía dinero. Entonces, vivías aterrado, porque no había libertad. Ligando en el baño, viendo aquí y allá, te llegaba el gancho y te subía a la patrulla, te paseaba o te llevaba a la delegación.

En la memoria, algunos minimizan los riesgos que se corrían al asistir a un bar gay. Tal es el caso de José Joaquín Blanco (2005: 83), quien afirma:

Lo curioso de aquella nata *gay* del 9, de mediados de los años setenta, era su inocencia casi provinciana, con presunciones de gran modernidad neoyorkina o de Miami y San Francisco. No había sida, claro; ni existía mayor terror para un homosexual trasnochador que el apañón policiaco [...] pues no se trataba de secuestros brutales, prolongados y con alto riesgo de muerte, a la manera actual, sino de extorsiones relativamente módicas (de 200 a 300 pesos, casi nunca más de unos 20 dólares), comunes y corrientes -las más de las veces-, como las que también sufrían los novios a quienes se pescaba haciendo el amor en un coche.

Para Blanco (2005: 83-84), la represión policiaca significaba, en el peor de los casos que,

los agentes lo traían a uno dando vueltas por la ciudad, en una patrulla o en un automóvil sin placas, hasta despojarlo de cuanto llevara encima, u obligarlo a ir a buscar dinero [...] a alguna casa de familiares o amigos, bajo la amenaza de consignarlo a la delegación y delatarlo con la familia.

Para la mayoría, sin embargo, el asunto era cosa seria. Por ejemplo, Ignacio asegura, “lo que sí había era una especie de hostigamiento policiaco. La patrulla nos inspiraba temor.” Por su parte, Juan recuerda:

También ocurrían cosas muy serias. Constantemente te enterabas de redadas, constantemente sabías que habían matado a alguna pinche loca en un hotel de paso. Sí, había muchas agresiones y teníamos que cuidarnos mucho, sobre todo, al salir de un bar *gay*. Nos cuidábamos de la policía y de la gente en general. Yo nunca salí solo de un bar. Salíamos en grupo.

En caso de ser acosado, a decir de Ernesto, “lo más sencillo era decirle al policía: bueno, ¿cuánto quieres?, ya déjame de fregar.” Sin embargo, las cosas podían complicarse, como en una ocasión le ocurrió a Ignacio:

Una vez me quitaron mi reloj, un relojote que me había regalado algún amantito. Yo salí del Sanborns de San Antonio y allí llegaron dos y, “no, tú andas prostituyéndote”. Ése fue el primer argumento, que yo andaba puteando. Me treparon a un auto bien carcacha que iba manejado por otro, por un tercero.

Luego me llevaron a Insurgentes, me bajaron en una de las calles chiquitas de la del Valle y me dijeron: “te vamos a pegar, te vamos a poner una calentadita.” Ni me tocaron. Me volvieron a subir y fue cuando vinieron las amenazas, lo de que le vamos a decir a tu esposa, se van a enterar en tu trabajo. Ya íbamos por División del Norte, allá por la Delegación Benito Juárez porque me dijeron: “te vamos a llevar a la delegación”. Y que “¿cuánto traes?” “No, pues no traigo dinero.” “¿Y el reloj?” Pues el reloj. Y me fueron dejando por allá tirado, por la entrada a Xochimilco, sin un varo partido por la mitad.

Las publicaciones de las organizaciones homosexuales muestran su preocupación por el tema. En 1979, el órgano informativo del Grupo Lambda de Liberación Homosexual, abrió un espacio para las voces denunciantes.<sup>61</sup> Una de ellas cuenta:

[F]ui con un amigo a los baños, y saliendo de ahí nos agarraron, nos dieron varias vueltas en los carros, a cada quien nos sacaron dinero, porque nos amenazaron con decirles a nuestras familias: en fin, que nos iban a rapar, etc., cosas así. Después de dar varias vueltas nos preguntaron con qué contábamos (\$\$\$). Tuvimos que ir por dinero a casa de mi amigo, les dimos 1,000 pesos por cada quien y sólo así nos soltaron.

Otro testimonio narra, “a un amigo lo golpearon por no traer dinero, aparte le quitaron su chamarra, y lo fueron a dejar a una carretera, y de ahí se regresó solo, sin dinero y golpeado.” Una joven reclama, “tengo un amigo gay, que cuando era muy chico entre los 13 y 14 años, lo agarraron dos agentes, y como no traía dinero, uno lo violó y el otro lo obligó a hacerle sexo oral, y después lo dejaron en la carretera a Toluca”. Desde su propia experiencia, otra voz añade:

[T]e prohíben hablar siquiera, y te hacen ese tipo de bromas soeces, y los típicos consejos machistas que te plasman con golpes en puntos débiles como son los riñones, las costillas, el hígado, etc., en lugares donde no se te noten los golpes, y pues te reprimen de esta manera, te están agrediendo a tu

---

<sup>61</sup> “Siendo gay en la ciudad”. *Nuevo ambiente, Órgano de Información del Grupo Lambda de Liberación Homosexual*, número 1, Grupo Lambda de Información Homosexual, junio de 1979: 5.

integridad física y moral, siempre bajo la misma amenaza, el chantaje sentimental, “les vamos a decir a tus papás que eres puto”.

La solución sugerida por este órgano informativo, como corolario de estas vejaciones, quedó plasmada en uno de los testimonios publicados y propone la autoafirmación identitaria. El fragmento en cuestión dice, “en el caso que sufrí, pienso que uno no debe espantarse, no debemos tenerles miedo ni demostrárselos, porque es cuando más abusan. Decirles que sí somos gays y ¿cuál es el cuete? Hay que conocer nuestros derechos.”

Debido a la persistencia de las agresiones y extorsiones, el Grupo Lambda de Liberación Homosexual pretendía lanzar una campaña en contra de la represión policíaca en 1979, argumentando:

La represión en nuestro país se implementa de diversas formas: extorsión, chantajes, aislamiento, torturas y hasta asesinatos. Las corporaciones policíacas constitucionales y anticonstitucionales arremeten contra los homosexuales y “sospechosos” en cualquier parque público, cine, calles. Este tipo de violencia policíaca autorizada por el gobierno mexicano, se lleva a cabo en toda la República, adquiriendo sus propias características en cada ciudad. Principalmente en la ciudad de México, la persecución a los homosexuales se ha fortalecido en los últimos años. Los lugares de reunión de homosexuales como baños públicos, bares, discotecas, etc., a donde se nos confina en nuestras relaciones afectivas y sexuales, nunca están exentos de las arremetidas por parte de las fuerzas del orden burgués. Cotidianamente son interceptados por la policía uniformada, agentes secretos, elementos de la “brigada blanca” y los “ganchos”, muchos compañeros homosexuales, por su forma de caminar, hablar, moverse o adornarse. Las acusaciones que se nos hacen cuando somos detenidos son falacias deliberadas, tratando siempre de mezclarlos con “faltas a la moral”, “corrupción de menores”, “iniciación al comercio carnal” o “consumo y tráfico de estupefacientes”. No dudamos que existan casos de homosexuales que cometen estos “delitos”, quienes en todo caso no deberían ser reprimidos, pues esa no es la solución viable a los problemas provocados por una sociedad tan opresiva como es en la que vivimos. Sin embargo, el hecho de que se utilicen estos cargos mañosamente



es con el claro propósito de justificar la represión oficial, así como para desprestigiarnos ante la opinión pública.<sup>62</sup>

Ante ese panorama, la principal demanda planteada por Lambda en la convocatoria para la marcha del orgullo de 1981 exigía el fin de las redadas:

Cotidianamente cientos de nosotras(os) somos víctimas de las organizaciones policíacas y para-policíacas mantenidas por el gobierno, que frecuentemente pisotean los derechos elementales de expresión y reunión que tenemos como ciudadanos, se nos detiene, se nos extorsiona, se nos golpea, amenaza e incluso se ha llegado al asesinato. Además es frecuente la detención masiva de homosexuales, las cuales son totalmente anticonstitucionales, exigiremos pues la erradicación inmediata de las razzias policíacas.<sup>63</sup>

Por su parte, el Frente Homosexual de Acción Revolucionaria también denunciaba las expresiones de intolerancia y represión:

Enero y febrero han sido meses pródigos en redadas y acciones represivas contra los homosexuales. Varias de las “razias” han trascendido los separos de la policía y salido a la luz pública, en forma por demás escandalosa y distorsionada, a través de reportajes sensacionalistas en los que se despedaza vivos a más de un centenar de homosexuales *detenidos arbitrariamente por elementos de la Dirección General de Policía y Tránsito (DGPT)*, y acusados sin haberseles comprobado, por supuesto, de delitos como el robo, el asalto y la prostitución.

La DGTP, no contenta con violar las garantías individuales consagradas en la Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos, al aprehender a ciudadanos mexicanos pacíficos basándose para ello en su curiosa idea de la apariencia física, la indumentaria o el arreglo personal de los ilegalmente detenidos, ha fomentado una nefasta práctica, infamante y antilegal.

Nos referimos a lo que en los medios policíacos se conoce como “periodicazo”.

Dicha práctica funciona de la siguiente manera: en cuanto llega a los separos

---

<sup>62</sup> “Primera campaña del grupo Lambda de liberación homosexual en contra de la represión policíaca a los homosexuales”, *Nuevo ambiente, Órgano de información del Grupo Lambda de Liberación Homosexual*, México, número 1, junio de 1979: 2.

<sup>63</sup> “Este año seremos más”, *Nuevo ambiente, Órgano de Información del Grupo Lambda de Liberación Homosexual*, número 3, Grupo Lambda de Información Homosexual, México, verano de 1981: 3.

un grupo de detenidos, que por su condición puede resultar noticia jugosa para las llamadas notas rojas, se convoca a los fotógrafos y periodistas de la fuente. La oficina de prensa de la DGPT elabora boletines con datos alterados y con informaciones tergiversadas. (Por ejemplo, afirman siempre que los detenidos son asaltantes de trasnochadores, o que se dedican a la prostitución, o que *todos* se visten de mujer; también en esa misma oficina les ponen apodo en femenino -según datos proporcionados por algunos detenidos que el FHAR ha sacado de los reclusorios de Revillagigedo y El Torito, y que están dispuestos a atestiguarlo-. Esos boletines los distribuyen entre los periodistas presentes. A los detenidos se les obliga a posar para los fotógrafos y en ocasiones se les obliga a vestirse de mujer. Cuando se trata de travestís o transexuales, el espectáculo paraliza las labores de todo el piso, pues los curiosos acuden en tropel a burlarse de los detenidos, a los que se expone en grupo ante las cámaras de los reporteros gráficos.

El FHAR denuncia ante la opinión pública las razias y los periodicosos como manifestaciones anticonstitucionales, violatorias de los derechos humanos y democráticos de los individuos. En breve, iniciaremos gestiones ante las altas autoridades del país para que sean erradicadas dichas prácticas viciosas, arteras y atentatorias contra la dignidad humana.<sup>64</sup>

El FHAR también advertía a sus lectores de amenazas cotidianas. Por ejemplo, en una ocasión alertaban contra dos autos (un Mustang negro, modelo 1969 y un Galaxie blanco), que operaban cerca de los espacios de sociabilidad gay, dedicándose a,

merodear los alrededores del Sanborns de Aguascalientes, Insurgentes, desde la glorieta de Chilpancingo hasta el monumento a Cuauhtémoc, el Sanborns del Ángel y las calles aledañas. Los sujetos que lo tripulan (tres), detienen a quien les parece y se ensañan especialmente con los travestís. Aquellos que hayan sido víctimas de estos delincuentes, háganoslo saber. Quienes tengan la mala suerte de caer en manos de esos pillos, no vayan a darles dinero. Lo único que pueden hacerles es llevarlos a la delegación Cuauhtémoc (7a) y acusarlos de prostitución o faltas a la moral. En el reglamento de Policía y Tránsito, las multas por esas faltas son de 50 a 300 pesos o 36 horas de arresto. Además,

---

<sup>64</sup> *Política sexual, Cuadernos del Frente homosexual de Acción Revolucionaria*, volumen 1, número 1, México, 1979: 26-27.

tiene hasta dos horas para que alguien vaya por ustedes a pagar la multa, si no traen. No den dinero a los extorsionadores. La extorsión y el chantaje existirán mientras lo toleremos.<sup>65</sup>

### *Sexo y amor*

A pesar de los riesgos, los sitios de encuentro gay eran altamente visitados. Gracias a ellos, se posibilitaba el contacto con múltiples parejas sexuales potenciales. Desde el punto de vista de Michael Pollak (1985: 75-76), la tradicional prohibición de la homosexualidad reforzó y aceleró la separación de la sexualidad respecto de las tendencias afectivas, contribuyendo a que la vida homosexual se fuese sometiendo a un cálculo racional. Como cualquier actividad clandestina, las prácticas homosexuales se vieron restringidas a una organización que minimizara los riesgos y optimizara la eficacia. Esto se tradujo en el aislamiento del acto sexual en el tiempo y el espacio, la restricción al mínimo de los ritos de preparación, la disolución de la relación inmediatamente después del encuentro, el desarrollo de un sistema de comunicación que permite la minimización de los riesgos, al tiempo que se maximizaban los rendimientos orgásmicos. No es sorprendente, entonces, que una vez iniciada la expansión de la organización gay de las prácticas homosexuales, ésta favoreciera una gestión de la vida afectiva alejada de las restricciones propias de las relaciones estables y duraderas asociadas a la heterosexualidad. Tal cosa implicaba la posibilidad de tener múltiples parejas sexuales. Esta situación quedó plasmada en la novela de Zapata (1996: 80), *El vampiro de la colonia Roma*. Su protagonista nos dice, por ejemplo,

empecé a coger coger coger a conocer un chorro de chavos muy buenos y chavos no muy buenos y chavos bastante feisitos con los que me acostaba nomás por no dejar para variar para desquitar todo el tiempo que había perdido viviendo con René y siéndole más o menos fiel

como que siempre tenía la necesidad de estar cambiando constantemente y hasta la fecha ¿ves? mira por ejemplo yo no puedo coger más de tres

---

<sup>65</sup> FHAR informa, *Frente Homosexual de Acción Revolucionaria*, número 2, México, 1979: s/p.

veces con el mismo cuate al cabo de dos o tres cogidas su cuerpo me empalaga me aburre me parece como si llevara quince años viviendo con él siempre tengo la necesidad de estar viendo nuevas pingas nuevas nalgas nuevo todo ¿no? claro a veces los conservo como amigos pero eso ya es otra cosa porque luego me puede interesar lo que hacen lo que piensan ¿ves? (Zapata 1996: 51)

Las realidades presentes en los testimonios de los informantes coinciden con lo planteado en la trama de la novela. Por ejemplo, Pablo recuerda:

Conocí un chavo que me invitó a mi primera fiesta gay. Fue la primera vez que palpé el ambiente. Me acuerdo que llegamos y alguien le dijo, “¡güey, trajiste tortas al banquete!” Y yo pensé, “¿así que vengo en calidad de torta?” Pues yo también aprovecho el banquete, entonces. Fue la primera vez en mi vida que fajé con quien se me ponía enfrente.

Mientras que encontrar parejas sexuales resultaba sencillo, establecer una relación duradera era más complicado. En este sentido, Ricardo manifiesta, “viene uno y luego el otro y luego el otro y luego el otro y luego el otro, pero lograr una pareja, está difícil.” Algunos, como Miguel, descartaron el establecimiento de relaciones exclusivas, “no conozco la fidelidad. Siempre he tenido relaciones de pareja pero abiertas, donde cada quien pueda darse sus escapadas.”

Antes de la aparición del Síndrome de Inmunodeficiencia Adquirida al inicio de la década de los ochenta, el ambiente ofrecía enormes posibilidades de tener relaciones sexuales, con muy pocas restricciones. Por ejemplo, al recordar un año específico, Ignacio expresa:

Mil novecientos setenta y nueve: un súper año. ¡Qué cosa, qué bruto, qué bárbaro! De a uno por uno y de a varios a la misma vez, porque en aquel entonces no existía ninguna preocupación de nada. Qué SIDA ni qué nada. Teníamos una libertad sexual difícil de imaginar hoy en día. Podíamos acostarnos con uno y con otro en cualquier momento, sin mayores preocupaciones.

En este mismo tenor, Pablo concluye: “en ese entonces los gays podíamos tener muchas, pero muchísimas parejas sexuales, porque no había SIDA”.

El tema del amor ofrece mayores complejidades. Por una parte, era fuente de sueños y consuelo ya que, como sostiene Luciano, “es por el amor por el que todo el sufrimiento vivido vale la pena.” En palabras de Sergio, “la experiencia de enamorarse profundamente es central, y eso compensa el sufrimiento por haber sido discriminados, porque es duro ser homosexual.” El recuerdo de los momentos felices vividos en una relación de pareja es fuente de gran entusiasmo. Francisco evoca:

¡Qué romance el nuestro! En una de mis primeras citas él me llevó muchísimos globos, todos los que consiguió de un globero al que le compró todo su racimo. Me dio pena que me los diera delante de toda la gente, pero también me dio mucho gusto. Fue muy halagador y emocionante. Me sentí el centro del mundo. Y estaba enamorado. Fui feliz.

Aunque han pasado los años, este tipo de recuerdos son descritos como “intensos”, capaces de otorgarle sentido a la vida. Sergio narra:

Él fue un gran amigo y un gran amor. Y ahora, a pesar de que los años han pasado, después de que él ha muerto, es una persona que sigue en mi mente, en mis recuerdos, en mi corazón. Lo recuerdo de una forma muy intensa, con mucha emoción, con mucho gusto, con mucho cariño.

Ante las dificultades de establecerla, una relación duradera solía ser vista como algo digno de admirarse, motivo de orgullo y felicidad, aún con las limitantes de la época. Así, Juan expresa:

Fue una relación de más de treinta años. Algo grande. Muchísimos años, muy gratificantes, muy padres. Algo difícil de lograr y que causaba envidias. Empezamos a finales de los sesenta. Y me dediqué a mi pareja. Viajamos mucho aunque nunca vivimos juntos. Yo siempre viví en mi casa. En aquellos entonces, la gente decente tenía que vivir en su casa.

En un entorno donde las posibilidades sexuales parecían ilimitadas, una relación de pareja constituía un logro. Para alcanzarlo, era necesario invertir gran parte de los recursos personales, como sugiere Miguel, “en mi vida siempre he tenido dos prioridades, mi trabajo y mi pareja. Siempre tengo pareja y duro años... en eso se ha ido el tiempo de mi vida, que no alcanza para todo.”

Una relación estable, que trascendiera algunos primeros encuentros, era algo difícil de alcanzar. Precisamente, para Michael Pollak (1987: 86) el origen de la mayor parte de los sufrimientos y de los problemas vinculados a la condición homosexual radica en esta ruptura relativamente profunda entre afectividad y sexualidad, que deriva de la falta del aglutinante social y material que tiende a hacer permanentes las relaciones heterosexuales. Como las relaciones homosexuales a menudo descansan casi exclusivamente sobre la base del intercambio sexual, los vínculos de pareja suelen ser poco duraderos; complicados, desde el principio, por infidelidades. Por otra parte, la pareja impuesta por la norma heterosexual dominante, pero carente de un modelo de vida propio, suele ser asumida como el ideal sentimental, a pesar de los fracasos continuos y casi inevitables. Así, el gran dilema radica en conciliar las pulsiones sexuales estimuladas por un mercado de fácil acceso y casi inagotable con el ideal sentimental de una relación estable (Pollak 1987: 86). En palabras de Ignacio, “todos añorábamos tener pareja. Nos sentíamos muy solos. Y cuando teníamos pareja, ya nos hartábamos de tener a la chingada pareja porque queríamos regresar al bar y salir con otros tipos. Creo que sigue siendo así.” El testimonio de Juan plantea esta contradicción entre el ideal romántico de una relación exclusiva y las prácticas cotidianas, en dirección opuesta:

Yo iba a todos lados con mi pareja. Estábamos enamoradísimos. Nunca le pinté el cuerno y se supone que él tampoco me lo pintó. Y yo siempre tuve la educación de nunca mostrarle cuándo sí llegué a tener mis aventurillas.

*(¿Entonces sí le pintaste el cuerno?)*

Bueno, sí. Se supone que no. Más bien, nunca supo. O creo que nunca supo. Y, bueno, normalmente no, pero sí tuve mis escapadas, aunque no muchas, como todos, ¿no?

Un amor no correspondido también podía ser motivo de sufrimiento y decepción, como asegura Ignacio, “yo sufría mucho por cuestiones de amor. Hubo uno al que anduve siguiendo y siguiendo y nunca me hizo caso. ¡Qué mala es la gente!” Además de las dificultades descritas, en aquellos años era difícil pensar que dos hombres hicieran vida de pareja, compartiendo el mismo espacio físico fuera los lugares de residencia de las familias de origen. En este sentido, Ernesto observa:

Vivo con mi pareja desde finales de los setenta, que no era lo más común. Hemos sido muy afortunados. Yo creo que es el destino. Lo más común era andar y que cada quien viviera en su casita, no como nosotros lo hicimos. Los gringos sí, o los españoles que vivían en México, pero los mexicanos, no (ahora ya es normal). La familia prefería que sus hijos solteros se quedaran en casa. Jamás que se fueran a vivir con otro hombre. Salían casados o no salían. En cambio, lo nuestro sí fue un gran romance. Qué historia de amor.

### *Nosotros y los otros*

Ya que es mediante el lenguaje como se construye identidad, las autodefiniciones compartidas son cruciales pues permiten responder a las preguntas, ¿quiénes somos nosotros?; ¿quiénes pertenecen a nuestro grupo? Esto sitúa a los sujetos en una posición relacional respecto a los demás (van Dijk 2001: 52-53). A todos los comprendidos en una determinada categoría, se les permite u obliga a mantener la misma fachada social, en función de expectativas estereotipadas, a la que los actores sociales deben ajustarse o con la que deben negociar (Goffman 1997: 39). En el caso de la identidad gay, Juan considera, “siempre se distinguía al gay por estudiar historia del arte, enterarnos de la música culta, las manitas siempre bien arregladas, siempre muy bañaditos, siempre muy limpios, siempre con el anillito, con la ropa de moda y los modales más finos.” En cuanto a estas representaciones dominantes, Ignacio expresa, “el estereotipo es que a los gays les gusta Barbara Streisand, les gusta Cher, se visten al último grito de la moda, siempre andan muy bien perfumados y muy bien arreglados y muy bien peinados,

ahorran para viajar, les gusta la buena vida.” Para Antonio, socialmente se asume que:

Un gay es un hombre que tiene buen gusto, que no tiene miedo de mostrar sus sentimientos (cosa que, en realidad, es toda una falacia), que es sensible, que prefiere una exposición al fútbol (como no sea para verle las piernas a los jugadores). Es un intelectual o un artista que luce mucho en una fiesta de gente, supuestamente, interesante.

Las palabras de Juan expresan como estas representaciones son asumidas como parte de la identidad social y personal:

Que los gays son sofisticados, les gusta el arte, se visten muy bien, yo creo que se pensaba en eso y la idea no ha cambiado mucho. Yo tenía el perfil gay, sí era sofisticado, sí era muy mamón, tenía yo por qué serlo porque, además, era muy guapo, era yo de mucho mundo, tenía yo una excelente pareja. La gente se me lanzaba, tenía todas las oportunidades que hubiera querido y la mayoría no las aprovechaba. Estando en la mesa de alguna discoteca con mis cuates los otros gays me mandaban una copa. ¿Para qué te platico todos los dramas con mi pareja, verdad? Pero creo que yo era algo así como el ideal gay.

Las retóricas de liberación y modernidad raramente admiten el hecho de que todo cambio tiene un componente restrictivo además de otro liberatorio (Altman 1996: 84). La “liberación” trae consigo nuevas formas de control (Plummer 1998: 86). Por ejemplo, del sujeto que se incorporaba al circuito gay, solía esperarse el desarrollo de nuevos gustos y aptitudes, como lo hace explícito Gerardo:

Nos gustaba divertirnos, nos gustaba la salsa y la cumbia, pero también escuchábamos música clásica y fue por esa época, a finales de los setenta, cuando comencé a interesarme por la ópera; empecé a ir a las temporadas de ópera en Bellas Artes, a comprar discos de ópera y a mis amigos también les gustaba: la ópera, el buen cine, el teatro, los conciertos.



En la construcción de cualquier identidad, aparecen ciertas representaciones valoradas por los sujetos. En el caso de la apropiación de la identidad gay en la ciudad de México, Miguel destaca, “para tener éxito, tenías que estar bien vestido, tener un buen trabajo, viajar. Lo exterior era muy importante. Tener era muy importante.” Juan comenta que sus amigos “siempre estaban muy bien vestidos, siempre con cochecito nuevo, elegantes siempre, fumando cigarrillos muy *fashion*, de muy buenos modales.” Por supuesto, es necesario considerar que las representaciones asociadas a la condición homosexual son “impuras”, en el sentido de que se encuentran influidas por valores exógenos. Una imposición estética en expansión a escala global es la exigencia de ser físicamente “atractivo”. De manera creciente, la vieja demanda de belleza padecida por las mujeres se ha trasladado también a los hombres; de esta manera, todos los sujetos sociales se han convertido en objetos para ser vistos (Luciano 2001: 12), cada vez más obsesionados por el cuidado de la imagen física (Luciano 2001: 4,7). Esta situación ya era palpable en la década de los setenta cuando, como afirma Antonio, “lo frívolo se volvió importante; la moda, el coche y, sobre todo, la belleza física.” Todo parece indicar que esta tendencia continúa hasta hoy. Ignacio concluye, “como que ser guapo es importante, ¿verdad? Los gays se cuidan más, se fijan más en su imagen. Si te ves bien, ya la hiciste. Así empezaban a ser las cosas en aquellos años.”

Dado que las identidades sociales son relacionales, la interacción con grupos considerados distintos al propio resulta crucial para definir los límites de cada círculo de pertenencia (Giménez 2002: 38-39). En la interacción, quienes se consideran parte de un grupo se distinguen de los otros. A veces, estas expresiones pueden tornarse en extremo excluyentes. Ricardo comenta que a partir de que comenzó a relacionarse con otros gays:

Sólo me interesaban los gays, no el resto de la gente. Trataba con todo el mundo, pero en cuanto tuve la capacidad de decidir con quién quería tratar, sólo quise entablar relaciones con gente gay. La gente gay me cae bien, los otros me parecen así como de otro mundo.

En la definición de los considerados “otros”, suelen destacarse los elementos negativos que, se presume, los caracterizan, reafirmando la propia pertenencia

a un grupo (van Dijk 2001: 61). Aunque las fronteras que alguna vez constriñeron a *jotos* o *maricones* fueron redefinidas por la identidad gay, suele omitirse que esta nueva categoría identitaria, como todas, tiene componentes de exclusión (Cantú 2002: 154). De acuerdo con esto, Ricardo reconoce, “los gays discriminan mucho, son los más discriminadores. No quieren afeminados, no quieren gordos, no quieren viejos, no quieren gays. ¿Qué es lo que les pasa?”

Entre quienes han padecido dificultades dentro de los espacios de sociabilidad gay, se encuentran los físicamente considerados “feos”. Lionel Cantú (2002: 154) sostiene que en México, la apariencia física es crucial, puesto que quienes tienen rasgos europeos tienden a ser privilegiados frente a los rasgos indígenas o africanos. Esta situación es palpable en *El vampiro de la colonia Roma*, cuando el personaje construido por Luis Zapata (1996: 41) expresa, “el mono ese estaba re feo qué bárbaro prieto panzón y chaparro”. Evocando los años setenta, Ricardo asegura, “a los feos, les iba mal, como en todos lados.” De manera cruda y crítica, Miguel manifiesta:

Operaba el tan negado racismo mexicano: se discriminaba a los nacos, a los corrientes, a los pobretones; como quien dice, a los que se veían, como se dice peyorativamente, medio indios. Y ser medio indio en México es ser pobre, carecer de buen gusto y ser verdaderamente feo.

Aquellos que se “empeñaban” en reproducir los viejos roles de género, asumiendo el papel considerado femenino (esto es, las “locas”) también padecían la exclusión. Y es que, en la visión de Ignacio:

El mundo gay siempre ha sido un mundo muy discriminador y más aquí en México. Lo ves en cualquier parte: no quieren afeminados. ¿Qué quieren decir? Que no se me quiebre demasiado por ahí o que no sea una vestida tremebunda; que no se le note demasiado, que sea machín, en el supuesto de que uno también lo es.

El escarnio sufrido por las “locas” también aparece en la novela de Luis Zapata (1996: 41), cuando el narrador expresa:

mi hermano en esa época estaba viviendo con una loca que trabajaba en el teatro blanquita en las coreografías ¿no? en los bailes [...] se llamaba efrén efrén algo pero le decían frenchi imagínate frenchi qué horror ¿no? las locas son las que nos desprestigian a los homosexuales serios je a los que no tenemos que andar gritando a los cuatro vientos que somos putos bueno pues entonces mi hermano vivía con el tal frenchi y hacían vida de pareja haz de cuenta que mi hermano era el hombre y el otro mono la mujer yo me figuro que era nomás pasivo ¿verdad? que nomás mi hermano se lo cogía ah y además le era fiel

Si bien se consideraban positivas ciertas expresiones alejadas de las representaciones dominantes de la masculinidad en aquellos años, como el mayor cuidado del aspecto físico, la expresión de emociones o una supuesta sofisticación, Pablo destaca que, por otra parte, “era importante que el rebozo no fuera de lentejuela, que no brillara demasiado... ser más o menos varonil, que no se te note demasiado, vestirte de hombre, pues.” Por su parte, Sergio, recuerda, “siempre se ponían a criticar a las que se vestían de mujer. Yo nunca lo hice ni lo hago, te repito: cada quien su vida.” Miguel coincide con este punto de vista al señalar, “había los que le hacían el feo a quienes se les notaba mucho. Por supuesto, a las vestidas se les criticaba y, a veces, maltrataba.” Aparentemente, era fácil encontrar razones para despreciar a quienes vestían de mujer, como muestra el testimonio de Ignacio:

Sinceramente, yo no tenía relación con las vestidas. Eran muy perras, de eso sí me acuerdo; siempre estaban muy a la defensiva. Además, la vestida mexicana se vestía y se viste como la chica del evento del mundo del espectáculo, no como la vestida inglesa, que es capaz de ponerse un vestido de su mamá y la peluca de su abuela e irse a un bar por el gusto de estar vestida de mujer. Aquí tenían que copiar a Lucía Méndez o Verónica Castro. Muy ridículas.

Finalmente, las “locas” resultaban asociadas a una posición social inferior. Solía considerarse que, por no pertenecer a los sectores medios, las “locas” aún no tenían acceso a la identidad gay. En este sentido, Juan manifiesta:

En la calle veías a las loquitas horribles, generalmente de baja categoría, de recursos económicos muy escasos, y era gente con la que no intimábamos, no jugábamos, no veíamos, no existía. Nosotros éramos dizque la gente decente, que vivía muy hipócritamente su doble vida, pero que pertenecía a otro mundo.

Aunque en el plano de las reivindicaciones planteadas por el movimiento de liberación homosexual, las lesbianas fueran compañeras de lucha, en la vida cotidiana solían ser otro blanco de la exclusión. Al respecto, Miguel reconoce:

A las lesbianas les iba muy mal. Ellas por un lado, nosotros por el otro. Yo mismo no quería saber nada de ellas, las repelía, hasta que aprendí algunas cosas en la vida, mucho tiempo después. Me parecía que eran agresivas, cabronas, dominantes. Pero ahora he rebasado esos prejuicios, aclaro.

Ricardo lamenta que, “en vez de ser amigos, como deberíamos, los gays y las lesbianas nos comportamos como enemigos. Pienso que es porque somos muy distintos. Las experiencias son muy diferentes.” En general, los gays se ceñían a representaciones negativas de las lesbianas, como establece Ignacio:

La imagen que yo tengo de las lesbianas: acá unos animalotes, casi-casi luchadores de la Arena Coliseo. O son unas nenas perfectamente femeninas y, entonces, esas grandotas, machorronas, camioneras, se pelean por las bonitas y se dan de madrazos, se tiran cerveza en la cara. Yo no las pelaba en absoluto. Corrían historias raras de las lesbianas, porque que eran muy violentas.

Finalmente, como contraparte de la discriminación sufrida por quienes se alejaban de las normas de la masculinidad tradicional, los gays reproducían una imagen negativa de los “bugas”. Nadie sabe de dónde proviene ese término, que designa a los heterosexuales dentro de la jerga homosexual de la ciudad de México. En cuanto a esto, Antonio comenta, “ni idea, nadie sabe de dónde viene la palabra. Es una cosa muy local y siempre me llamó la atención, porque mis amigos españoles y argentinos no hablaban, ni hablan, de bugas.” Ignacio agrega, “no sé el origen de la palabra, nadie sabe de dónde vino, pero la conozco desde los setenta”. Ricardo aclara, “no sabemos de dónde salió eso

de buga, pero desde los setenta se usaba y los bugas eran, pues, los otros, los que no eran gays.” Y las representaciones de esos “otros”, se tornaban negativas. A decir de Ricardo, “ser buga era como ser muy machito y muy sangrón.” Miguel considera que:

Los bugas eran cabrones, agresivos, mata-putos. Ésa era la imagen yo tenía de ellos, que si les veías las nalgas, las piernas o todo, mejor que no se dieran cuenta o te daban tus chingadazos; de menos, te decían “¿qué me ves, pinche puto?”

Las representaciones estereotipadas de los bugas, en contraposición a las de los gays, los sitúa como personajes poco interesantes. Antonio sostiene que, “a los bugas, como siempre, les gusta el fútbol, les gusta juntarse entre ellos y chelear, son mal-hablados, eructan y hablan de viejas y de política. Eso es buga.” Juan añade algo de conmiseración y resentimiento a esta visión:

Yo veía a los bugas como gente incompleta, me daban un poquito de tristeza porque vivían en el lado equivocado de la vida. No sabían gozar, tenían sus represiones y sus limitaciones; nosotros gozábamos más, nos divertíamos más, pachangueábamos más, viajábamos más pero, finalmente, ellos tenían el sartén por el mango. Y nosotros nos teníamos que callar.

Los bugas también resultaron representados como personajes “aburridos”, según concluye Ricardo, ya que “los gays eran y somos, simplemente, gente mucho más interesante y simpática.”

## Representaciones globales y locales

[...] una persona no es como una cosa que se deja en un sitio y allí se queda, una persona se mueve, piensa, pregunta, duda, investiga, quiere saber, y si es verdad que forzada por el hábito de la conformidad, acaba, más tarde o más pronto, pareciendo sometida a los objetos, no se crea que tal sometimiento es, en todos los casos, definitivo.

José Saramago (2004: 396)

La religión decae, el icono permanece; un relato se olvida, pero su representación sigue fascinando (el ojo ignorante triunfa, qué mortificante para el ojo informado).

Julian Barnes (1994: 157)

### *Arcoiris*

La globalización puede ser entendida como la occidentalización del mundo en el sentido de que sus raíces históricas se encuentran en la tradición judeocristiana, luego transformada por la modernidad. Sin embargo, éste no es un proceso que dé por resultado la homogeneización del planeta. El “sur” no imita al “norte” de manera mecánica, sino que se apropia de forma creativa de las representaciones occidentales (Schuerkens 2003: 210). Así, en la transformación, se incorporan elementos externos, al tiempo que los nuevos elementos resultan, también, transformados en la arena local (Schuerkens 2003: 215). Esto es evidente en el juego entre las representaciones globales que establecen ciertos patrones que limitan a individuos y comunidades, y la creatividad con que éstos se apropian de ellas, de manera peculiar, en la vida cotidiana (Chartier 2005: 34-35).

Desde los años cincuenta, todos los sectores de la sociedad mexicana han acusado, de manera creciente, la influencia de la cultura norteamericana (Smith 1998: 93). En muchos sentidos, México ha seguido el modelo del

*American Way of Life* diseminado, de manera notable, por los medios de comunicación (Carrillo 2002: 26). Nuevas representaciones sobre la familia, el género y la sexualidad se ha propagado en México; entre ellas, aquellas asociadas a la identidad gay.

La identidad gay puede ser considerada diaspórica ya que quienes se identifican con ella habitan distintos lugares del globo Sin embargo, una serie de representaciones dan coherencia a esta aparente fragmentación (Hall 1990: 224). Las representaciones definen la identidad del grupo, que comparte ideas, héroes, lugares significativos o el recuerdo de determinados acontecimientos (van Dijk 2000: 158-159). En este sentido, al final de la década de los setenta fue creado un importante símbolo. La bandera del arcoiris (*rainbow flag*), diseñada en 1978 por Gilbert Baker para la marcha del orgullo en San Francisco. Sus seis franjas horizontales de color rojo, anaranjado, amarillo, verde, azul y morado (Stryker 1996: 70), comenzaron a identificar a los gays a escala global. Como recuerda Luciano, “la banderita del arcoiris también apareció a finales de los setenta. Claro, no era tan común encontrarla en México como ahora. Y no había tantos lugares donde conseguir objetos gays.” Para Antonio, pensar en San Francisco remite a la capital del mundo gay en donde, por 1980, vio “por primera vez una bandera gay” y la compró. Este símbolo habría de señalar a escala global, y en el escenario de la ciudad de México, la existencia de un espacio de sociabilidad gay.

### *Banda sonora*

Gilles Lipovetsky (2000: 22-23) considera que, de manera creciente a partir de la década de los setenta, la música ha jugado un papel central en la vida de los sujetos, que suelen escuchar distintas melodías de la mañana a la noche. La cultura del ritmo, con su estimulación musical y euforia, ha convertido a los éxitos de la música comercial en referentes privilegiados de las últimas décadas, conformando una especie de banda sonora (*sound-track*) de la vida de cada persona.

Con base en los testimonios de los informantes, es posible seleccionar un conjunto de melodías consideradas significativas y, siguiendo a Michel de

Certeau (1996: xlili), reconstruir el uso que los consumidores gays hicieron de estas representaciones; esto es, las manipulaciones o tácticas emplearon para encontrar significados afines a sus experiencias, desconocidos para un público ajeno a ellos y para los productores de las canciones (de Certeau 1996: 37-45). Estas letras permitían una doble lectura, aludiendo a temas conocidos para quienes participaban del emergente mundo gay de la ciudad de México y que podían, sin embargo, pasar desapercibidas para la mayor parte de la gente.

En la segunda mitad de la década de los setenta, según nos cuenta Juan, “ABBA fue muy importante. Las canciones hablaban de amor y desamor, de deseo y de ardidez.” Ignacio recuerda que, “el cambio de década fue muy especial porque salió el nuevo disco de ABBA, *Super Trouper*.” La canción que daba título al álbum, *Super Trouper* (1980) tenía para Sergio, “una cálida interpretación que evocaba la emoción de una relación y bien podía situarse entre las luces y muchedumbre de un bar.” En conjunto, como puede verse en los fragmentos seleccionados, el tema alude a elementos como el enamoramiento, la felicidad que acompaña una relación amorosa (en comparación con la tristeza de la soledad) y el sentimiento de saberse especial gracias a ella.

Tonight the super trouper

Esta noche las *super trouper*<sup>66</sup>

Lights are gonna find me

Luces van a encontrarme

Shining like the Sun

Brillando como el Sol

Smiling, having fun

Sonriendo, divirtiéndome

Felling like a number one

Sintiéndome como el(la) número uno

Tonight the Super Trouper

Esta noche las *super trouper*

---

<sup>66</sup> *Super trouper* se refiere, en una traducción literal, a un “súper trapecista” pero, de manera más sugerente, es el nombre que recibe la luz central que ilumina un espectáculo, destacando la presencia de sus figuras principales.



Beams are gonna blind me  
Haces de luz van a cegarme  
But I won't fell blue  
Pero no me sentiré triste  
Like I always do  
Como siempre me ocurre  
'Cause somewhere in the crowd there's you  
Porque en algún lugar de la multitud estás tú

So, I'll be there, when you arrive  
Entonces, allí estaré, cuando tú llegues  
The sight of you will prove to me I'm still alive  
La vista de tí probará que todavía estoy vivo(a)  
And when you take me in your arms, and hold me tight  
Y cuando me tomes entre tus brazos, y me abracés fuerte  
I know it's gonna mean so much tonight  
Sé que va a significar tanto esta noche

Para muchos, la música disco fue el ritmo de la década de los setenta (Schulman: 2001 72). Esta forma musical tomó su nombre de los *dance clubs* que proliferaron, a escala global, a inicios de la década. En Estados Unidos, estas *discotheques* se inundaban de canciones excitantes, hechas para la pista de baile, asociadas al orgullo negro, la sexualidad femenina que estaba siendo reconocida y la liberación gay (Schulman 2001: 73).

La música disco, exitosa a escala global, fue apropiada y sonaba con fuerza en los emergentes bares gay de la ciudad de México. Por tanto, Gerardo recuerda que, “en los bares gay tocaban música disco, que nos erotizaba a todos.” Juan confiesa, “yo escuchaba música disco en los bares, en las fiestas, en mi casa. Era genial.” La música disco tenía ritmos y letras sensuales, adecuadas para la atmósfera de los bares gay u otros espacios de sociabilidad cuyo servicio más evidente era posibilitar la formación de parejas sexuales (Achilles 1998; 182). Al evocar esos años, Gerardo expresa, “desde que comencé a ir a bares estaba muy de moda Donna Summer, una gran representante de la música disco que ha perdurado gracias a su sensualidad.”

Uno de los grandes éxitos de esta cantante, *Could it be magic* (1976), aludía al romance, a la posibilidad de encontrar, al fin, a la ansiada pareja, dentro de una atmósfera altamente sexual.

Baby, I love you, come, come  
Nene(a), te amo, ven, ven  
Come into my arms  
Ven a mis brazos  
Let me know the wonder of all of you  
Déjame conocer la maravilla de todo tu ser

Baby, I want you, now, now,  
Nene(a), te deseo, ahora, ahora  
Now, and hold on fast  
Ahora y abrázame rápido  
Could this be the magic, at last?  
¿Podrá esto ser la magia, al fin?

Algunas canciones podían relacionarse con las aparentemente ilimitadas experiencias sexuales facilitadas por la escena de los bares u otros espacios de sociabilidad gay. La relación de la música disco con la sexualidad no era una novedad. En Estados Unidos, el debate cobró notoriedad en 1975 con el lanzamiento del tema *Love to love you baby* que convirtió a Donna Summer en una gran estrella. Esta canción generó gran controversia por su interpretación, demasiado “sexual” para esos años (Schulman 2001: 175). Los éxitos de Donna Summer también inundaron la escena de los bares gay mexicanos. El tema *Hot Stuff* (1979) que aludía, en la visión de Francisco, “a las ansias de coger”, tuvo gran aceptación.

Sittin' here, eatin' my heart out, waitin'  
Sentado(a) aquí, comiéndome el corazón, esperando  
Waitin' for some lover to call  
Esperando que algún(a) amante llame  
Dialed about a thousand numbers lately

Marqué como mil números recientemente  
Almost rang the phone off the wall  
Casi arranqué el teléfono de la pared

Looking for some hot stuff baby this evenin'  
Buscando algo caliente, nene(a), esta tarde  
I need some hot stuff, baby, tonight  
Necesito algo caliente, nene(a), esta noche  
I want some hot stuff, baby, this evenin'  
Quiero algo caliente, nene(a), esta noche  
Gotta have some hot stuff  
Necesito tener algo caliente  
Gotta have some lovin' tonight  
Necesito tener algo de amor esta noche

Lookin' for a lover who needs another  
Buscando un(a) amante que necesite a otro(a)  
Don't want another night on my own  
No quiero otra noche solo(a)  
Wanna share my love with a warm blooded lover  
Quiero compartir mi amor con un(a) amante de sangre caliente  
Wanna bring a wild man back home  
Quiero llevar a un hombre salvaje a casa

Ese mismo año, *Gimme!, Gimme!, Gimme!* (1979), otro éxito del grupo ABBA, también aludía al deseo de conseguir un hombre para una noche y escapar de la soledad:

Half past twelve  
Doce treinta  
And I'm watching the late show  
Y estoy viendo el programa nocturno  
In my flat all alone  
En mi departamento solo(a)  
How I hate to spend the spent the evening on my own

Cómo odio pasar la noche solo(a)

Autumn winds

Vientos de otoño

Blowin' outside my window

Soplando fuera de mi ventana

As I look around the room

Mientras miro alrededor de la habitación

And it makes me so depressed to see the gloom

Y me deprime tanto ver la oscuridad

There's not a soul out there

No hay un alma afuera

No-one to hear my prayer

Nadie que escuche mi plegaria

Gimme! Gimme! Gimme!

¡Dame! ¡Dame! ¡Dame!

A man after midnight

Un hombre después de la medianoche

Won't somebody help me chase the shadows away

Habrà alguien que me ayude a ahuyentar las sombras

Gimme! Gimme! Gimme!

¡Dame! ¡Dame! ¡Dame!

A man after midnight

Un hombre después de la medianoche

Take me through the darkness to the break of the day

Llévame a través de la noche hacia el amanecer

Tired of TV

Cansado(a) de la TV

I open the window

Abro la ventana

And I gaze into the night

Y miro la noche  
But there's nothing there to see  
Pero no hay nada qué ver allí  
No one in sight  
Nadie a la vista

Algunas canciones “ardidas”, como las llama Ricardo, servían de fondo a las constantes decepciones amorosas, al festivo ritmo de la música disco. Un lugar privilegiado en el recuerdo lo tiene *I will survive* (1979) de Gloria Gaynor pues, según recuerda Pablo, “todo el mundo la cantaba.” Antonio comenta que, “ésta canción convirtió a esa mujer negra en un gran ídolo” aunque, puntualiza Gerardo, “es la única canción famosa de ella.” Ignacio expresa, “recuerdo que la canción tocaba toda la pendeja noche en donde estuviéramos, pues nos gustaba mucho, porque era bien padre. Y se convirtió en el mega-himno gay, de siempre.” La letra se refería a la recuperación del optimismo tras un descalabro amoroso.

First I was afraid, I was petrified  
Al principio tenía miedo, estaba petrificado(a)  
Kept thinking I would never live without you by mi side  
Seguía pensando que jamás podría vivir sin ti a mi lado  
But then I spent so many nights  
Pero entonces pasé tantas noches  
Thinkin' how you did me wrong  
Pensando cómo me hiciste mal  
And I grew strong  
Y crecí fuerte  
I learned how to carry on  
Y aprendí cómo seguir adelante

I will survive  
Sobreviviré  
As long as I know how to love  
Mientras sepa cómo amar  
I know I will stay alive

Sé que permaneceré vivo(a)  
I've got all my life to live  
Tengo toda mi vida para vivir  
I've got all my love to give  
Tengo todo mi amor para dar  
I will survive  
Sobreviviré

It took all the strength I had  
Tomó toda la fuerza que tenía  
Not to fall apart  
No caer en pedazos  
Kept trying hard to mend  
Seguí intentando duro remendar  
The pieces of my broken heart  
Los pedazos de mi corazón roto  
And I spent, oh, so many nights  
Y pasé, oh, tantas noches  
Just feeling sorry for myself  
Sólo sintiendo lástima por mí mismo(a)  
Now I hold my head up higher  
Ahora sostengo mi cabeza en alto

La mayoría de los temas recordados por los informantes constituyen ritmos para bailar, adecuados para escucharse en los bares, espacio de identificación por excelencia. El grupo *Village People* jugaba con su vestuario, representando algunos estereotipos de la masculinidad norteamericana: un indio, un vaquero, un policía, un trabajador de la construcción, un motociclista vestido de cuero y un soldado, conformaban la alineación del grupo. Sus canciones, también hechas para la pista de baile, estaban cargadas de alusiones homoeróticas (Pollak 1987: 96). Roberto recuerda que eran “cantadas por varios tipos que enseñaban sus cuerpecitos y bailaban en actitud sexy”. Pablo observa que, “en conjunto, se veían bastante guapos, y más cantando esas canciones excitantes”. El tema *Macho man* (1978) hablaba de la creciente importancia del cuidado físico, muy familiar a los gays, dentro de una letra altamente erótica.

Body, wanna feel my body  
Cuerpo, quiero sentir mi cuerpo  
Body, baby, such a thrill, my body  
Cuerpo, nene(a), qué emoción, mi cuerpo  
Body, wanna touch my body  
Cuerpo, quiero(es) tocar mi cuerpo  
Body, baby, it's too much, my body  
Cuerpo, nene(a), es demasiado, mi cuerpo  
Body, check it out, my body, body  
Cuerpo, míralo, mi cuerpo, cuerpo  
Baby, don't you doubt, my body  
Nene(a), no lo dudes, mi cuerpo  
Body, talking about my body, body  
Cuerpo, hablamos de mi cuerpo, cuerpo  
Baby, checking out my body  
Nene(a), revisando mi cuerpo

Every man wants to be a macho man  
Todo hombre quiere ser un hombre macho  
To have the kind of body always in demand  
Para tener la clase de cuerpo que siempre está en demanda  
Joggin' in the mornings, go man go  
Trotando en las mañanas, vamos hombre vamos  
Work up to the hill's top, muscles grow  
Ejercítate hasta la punta de la colina, los músculos crecen

Body, it's so hot, my body  
Cuerpo, está tan caliente, mi cuerpo  
Body, love to pop my body  
Cuerpo, amo hacer crecer mi cuerpo  
Body, love to please my body  
Cuerpo, amo complacer a mi cuerpo  
Body, don't you tease my body  
Cuerpo, no molestes a mi cuerpo

Body, you'll adore my body  
Cuerpo, vas a adorar mi cuerpo  
Body, come explore my body  
Cuerpo, ven y explora mi cuerpo  
Body, made by God, my body  
Cuerpo, hecho por Dios, mi cuerpo  
Body, it's so good, my body  
Cuerpo, es tan bueno, mi cuerpo

Body, my body, body, wanna feel my body  
Cuerpo, mi cuerpo, cuerpo, quiero(es) sentir mi cuerpo  
Body, baby, body, body, come and thrill my body  
Cuerpo, nene(a), cuerpo, cuerpo, ven y estremece mi cuerpo  
Body, baby, body, body, love to funk my body  
Cuerpo, nene(a), cuerpo, cuerpo, amo *to funk*<sup>67</sup> mi cuerpo  
Body, baby, body, body, it's so hot, my body  
Cuerpo, nene(a), cuerpo, cuerpo, es tan caliente, mi cuerpo

Juan Gabriel, un compositor e intérprete local de gran reconocimiento, también resulta ampliamente mencionado en los testimonios. La canción *Noa Noa* (1979), se inspiró en su debut como artista, ocurrido en el año de 1966 en un bar de ciudad Juárez con ese nombre. Sin embargo, el tema posibilita una lectura gay para el público de los años setenta y principios de los ochenta.

Este es un lugar de ambiente  
Donde todo es diferente  
Donde siempre alegremente  
Bailarás toda la noche

Vamos al Noa Noa  
Noa Noa, Noa Noa, Noa Noa,  
Noa, Vamos a bailar

---

<sup>67</sup> "Funk" era un estilo musical muy popular durante los años setenta. La expresión "to funk" puede traducirse también como "matar de miedo". Por otra parte, alude, de manera plausible, a la expresión "to fuck", equivalente a "coger".



Como se ha visto, la palabra “ambiente” era, en esos años, un equivalente del término gay. Una fiesta o un lugar de ambiente, eran aquellos a los que asistían personas homosexuales, es decir, personas “de ambiente” (Murray 1995: 140). Un “lugar de ambiente” es aquel “donde todo es diferente”, donde se rompen las certidumbres cotidianas, las reglas implícitas de la vida diaria. Es un lugar donde se podrá bailar “alegremente” toda la noche. En este sentido, es pertinente recordar que la palabra “gay”, traducida literalmente al español, significa “alegre”.

Otro de los grandes temas de Juan Gabriel, *Yo no nací para amar* (1980), describe la experiencia de frustración de quien ve truncada su vida erótica, como muchos pensaron que les ocurriría en algún momento de sus vidas, especialmente, al saberse diferentes. Sergio comenta que “ésta canción me llega profundamente, me recuerda momentos muy tristes.” Miguel se siente conmovido por esa “tremenda letra, que ilustra el momento en el que uno se piensa condenado a la soledad y la tristeza.”

A mis dieciséis

Anhelaba tanto un amor que no llegó

Siempre lo esperé

Todos mis amigos se encontraban en la misma situación

Y después yo vi

Cómo iban cambiando su manera de vivir

Todos con su amor

Cada uno de ellos muy sonrientes, muy felices, menos yo

Y la soledad

Cada vez más triste y más oscura yo viví

Y a esa edad

Todos preguntaban los motivos, yo solía siempre decir

Yo no nací para amar

Nadie nació para mí

Tan sólo fui un loco soñador nomás

Yo no nací para amar

Nadie nació para mí

Mis sueños nunca se volvieron realidad

En cuanto a la recepción de los temas de Juan Gabriel por parte del público gay, en general, Juan expresa, “era muy bonito pensar que la gente hetero no se daba cuenta del significado que las canciones tenían para nosotros. Cantaban las mismas canciones, pero las entendían de otra forma.” Este cantante y compositor también obtuvo un gran reconocimiento implícito porque, como también sostiene Juan, “aunque nunca dijo abiertamente que era gay, tampoco se esforzaba mucho por ocultarlo.” Luciano infiere que, “Juan Gabriel es un fenómeno especial en México porque, precisamente por su enorme éxito comercial, ha sido una persona autorizada para sustentarse como lo que realmente es.” En esta misma línea, Sergio expresa:

Juan Gabriel era tan pero tan obvio y exitoso que se convirtió en una especie de bandera así como para restregarles a todos que la homosexualidad existía. Además, siempre ha encantado a la gente con todas sus locuras. A la gente le gustaba mucho y a mí me sigue cayendo bien.

### *Miss Universo*

Durante los años setenta, muchos se reunían para sintonizar la transmisión del concurso de belleza Miss Universo. Sergio evoca, “siempre he visto Miss Universo, una práctica común entre gays. En aquellos entonces, hasta reuniones privadas hacíamos para ver el concurso. Y eso que México no llegaba ni a la esquina, al contrario de lo que pasa ahora”. Respecto al interés que el evento despertaba entre los gays, Antonio interpreta, “debe ser como ser algo así como ver el fútbol para los heterosexuales, nada más que a nosotros nos interesaban las cosas bellas.” Ricardo, recuerda que “en 1978 llevaron Miss Universo a Acapulco, y estábamos muy al pendiente de eso.” Antonio señala:

Jamás me perdía una edición de Miss Universo. En 1978 el concurso fue por primera vez en México, en Acapulco. Un año antes había ganado una negra - Miss Trinidad y Tobago- por primera vez en la historia. Ironías de la vida, en Acapulco coronó a la representante de Sudáfrica, Margaret Gardiner, hasta del nombre me acuerdo, que venía del país donde imperó el apartheid. Eso no gustó nadita en México, pero ni modo. Un año después, Venezuela ganó por primera vez el concurso. Te estoy hablando de la prehistoria, Venezuela, ¡por primera vez!

Efectivamente, el concurso Miss Universo se celebró en Acapulco en 1978 y fue transmitido en vivo por televisión. Reconociendo los atributos de la triunfadora, los periódicos de la época expresan el desagrado que generó el hecho de que en México, “un país mestizo”, ganara una mujer “políticamente disciplinada al ‘apartheid’”, la sudafricana Margaret Gardiner. Ésta declaró “debo respetar las leyes de mi país”. Y ante las acusaciones de representar a un país racista, se mostró convencida de que no existía discriminación en Sudáfrica; “simplemente unos viven en un lugar y otros en otro”, arguyó.<sup>68</sup> Respecto a la decisión del jurado, Miguel asegura, “yo claritito me acuerdo que debió de ganar Colombia pero, bueno, siempre le vamos a los países hermanos.” También los periódicos resintieron la derrota de “Shirley Sáenz, bogotana, Miss Colombia, favorita del público y 4º lugar”, de la misma edad de Margaret y cuya designación en el cuarto puesto fue recibida con silbidos.<sup>69</sup>

En la visión de Juan, los gays eran aficionados al concurso porque en él “aparecen mujeres, finalmente personas, felices, reconocidas y globalmente aplaudidas por ser lo que son, jóvenes y bellas, la experiencia contraria es ser joven, bello, y gay, nada de mundialmente aplaudido.” Ignacio considera, “lo que pasa es que, además del orgullo nacional, interviene la belleza; imagínate semejante reconocimiento por ser guapa.”

---

<sup>68</sup> *Uno más uno*, 26 de julio de 1978: 17.

<sup>69</sup> *Uno más uno*, 27 de julio de 1978: 16.

## Arte

Algunas estrellas de cine de otras épocas se habían convertido en representaciones significativas para los gays. Luciano recuerda que:

La gente gay idolatraba a Marilyn Monroe. Es mujer, pero de todas maneras era un *sex symbol* que aparecía en muchos hogares homosexuales a los que yo entré. Allí estaba el retrato de Marilyn Monroe. Sobre todo, la celeberrima escena ésta con el vestido que se le levanta por el aire del ventilador del metro. O en alguna otra pose, en alguna otra posición, pero es notable cómo la gente gay acudía mucho a su imagen.

El mismo Luciano explica, desde su punto de vista, por qué los gays se identificaban con ella:

Creo que esto se debe a que la vida sexual de Marilyn Monroe es muy triste, muy desafortunada, incluso podemos decir que injusta. Qué injusta fue la vida porque ella se merecía una mejor situación: alguien que la quisiera, que hubiera llegado a ser madre y a ser feliz. Y, sin embargo, su vida siempre fue muy atribulada. Entonces, yo creo que ese detalle de una vida sexual que desea ser feliz, ese anhelo es lo que de alguna manera tiene que haber generado que los gays se identificaran, o nos identificáramos, con ella. Porque uno quisiera salir adelante en esas cuestiones.

María Félix, una estrella local de la llamada “época de oro del cine mexicano” que tuvo lugar durante los años cuarenta y cincuenta, cuando el cine era una vigorosa industria del país -dominante en el mercado de habla hispana- (Fein 1995: 139), también se había convertido en una representación central entre los gays de los años setenta. A este respecto, Ernesto considera:

Era una mujer con un carácter muy especial. Yo creo que era a un imán muy fuerte y una personalidad que el gay trataba de imitar. Nadie quería ser María Félix, pero todos querían ser como ella, tener su carácter, tener su categoría. Era guapísima, paraba el tráfico, a quién no le gustaría ser así.

Luciano cuenta que hacia el final de la década, “una película causó torbellinos. Ésa fue *El lugar sin límites*.” Esta cinta, de 1977, continuó siendo exhibida con gran éxito en 1978.<sup>70</sup> Se trataba de una adaptación para el cine de la novela de José Donoso, aparecida en 1966, que el mismo autor consideró como un texto menor y no lo mejor de su obra (Sifuentes 1998: 83). La versión fílmica, dirigida por Arturo Ripstein, contó con la actuación de grandes figuras nacionales como Roberto Cobo, Gonzalo Vega y Ana Martín, Carmen Salinas, Lucha Villa, Emma Roldán, Julián Pastor y Fernando Soler, y se convirtió en un “acontecimiento”, ganadora de cinco Arieles, incluido el de la de mejor película, mejor actor y coactuación femenina y masculina. También obtuvo el reconocimiento de la Diosa de Plata como mejor película, dirección, actor y fotografía, y un premio especial del jurado de San Sebastián.<sup>71</sup>

La trama de *El lugar sin límites* gira en torno al regreso de Pancho al decadente pueblo del Olivo y la posibilidad de que cumpliera las amenazas vertidas en contra de Manuela, la “loca” del pueblo, antes de su partida. La película acusa una reproducción de los roles tradicionales de género. Manuela es el “joto, puto o marica” de la historia, al frente de la casa de “güilas” o “putas”, en la que baila flamenco vestido de mujer. Pancho es el “hombrote”, bruto, irresponsable y mujeriego, que, sin embargo, se siente atraído por Manuela y termina matándola cuando su masculinidad resulta amenazada. A decir de los periódicos de la época, Ripstein se valió de esta cinta “para criticar rotundamente el estereotipo del macho en el cine mexicano.”<sup>72</sup> Ignacio recuerda, complacido, “*El lugar sin límites*, donde sale Gonzalo Vega dándole el beso a la Manuela. La noticia corrió como reguero de pólvora y todo mundo fue a ver la película.”

En cuanto a la literatura, la ya citada novela de Luis Zapata, *El vampiro de la colonia Roma*, es comúnmente señalada como el texto clásico de la literatura gay mexicana. Esta afirmación, por supuesto, evidencia la adaptación local de una identidad transnacional. Ganadora del premio Juan Grijalbo, *El vampiro de la colonia Roma* fue publicada por esa casa editorial en el año de

---

<sup>70</sup> *Uno más uno*, 19 de julio de 1978: 23.

<sup>71</sup> *Uno más uno*, 19 de julio de 1978: 24.

<sup>72</sup> *Uno más uno*, 1 de octubre de 1978: 23.

1979,<sup>73</sup> poco después de que salieran a la luz los primeros grupos homosexuales formalmente organizados y públicamente asumidos. La novela fue editada en los Estados Unidos, bajo el sello de la *Gay Sunshine Press*, en 1981 como *Adonis García, A Picaresque Novel*, convirtiéndose en la primera novela latinoamericana, específicamente gay, en ser traducida al inglés (Foster 1991: 37). Luis Zapata comenzó a ser considerado como un gran exponente de la narrativa mexicana y su novela se transformó en objeto de culto para quienes se identificaban como gays (Agustín, 1994: 221-222; Muñoz, 1996: 198-199; Schneider 1997: 80).

*El vampiro de la colonia Roma*, es una novela que cuenta “las andanzas y peripecias de un chichifo, como se le llama al que se prostituye con hombres manteniendo el rol activo, y su gran éxito entre los jotos de barrio” (González de Alba 1998: 141). En 1989 (en las referencias bibliográficas, 1996: 548-549), diez años después de su publicación, el escritor mexicano José Joaquín Blanco recordaba,

lo que hizo Luis Zapata se dice fácil: narró por primera vez en la literatura mexicana la vida homosexual con el mismo desenfado, sin adornos ni defensas enrarecidas, de los mejores libros heterosexuales. Si pedíamos igualdad de derechos, al menos la logramos con *El vampiro de la colonia Roma*.

Mario Muñoz (1996: 15-16) establece la importancia del texto en la construcción de una literatura gay nacional:

Es en 1979 cuando empieza a circular con profusión *El vampiro de la colonia Roma*, novela con la cual Luis Zapata da la pauta a seguir para formalizar lo que andado el tiempo llegaría a constituirse en una auténtica literatura gay. Es decir, un conjunto de obras que desde diferentes puntos de vista tratan la misma cuestión: el develamiento de la personalidad homosexual, su comportamiento social y la cultura relevante de este grupo.

Gran admirador de esta novela, el escritor José Joaquín Blanco (1996: 549-550) añade:

---

<sup>73</sup> La primera edición constó de diez mil ejemplares que aparecieron bajo el título: *Las aventuras, desventuras y sueños de Adonis García, El vampiro de la colonia Roma*.

*El vampiro de la colonia Roma* fue el parteaguas [...], el momento en que se acabó con una literatura homosexual de *ghetto*, detenida en la queja o la autocomplacencia enrarecidas, y se ganó la calle y la expresión seria y franca: cuando ya sin medias voces, referencias en clave o discreción atemorizada, los libros y los autores homosexuales pudieron ocupar el mismo sitio que los demás [...]

La novela también visibilizó a los homosexuales, familiarizando al público “buga” -heterosexual- con una ciudad subterránea y sus recorridos (Gruzinski 2004: 516). Los testimonios de los informantes también muestran el impacto que esta novela tuvo entre los gays durante aquellos años. Luciano expresa, “me gustó mucho porque era un estilo de novela distinto y tocaba el tema de la homosexualidad, tan reducido en el campo de la literatura mexicana.” Al recordar la novela, Ricardo exclamó:

¡Ah, sí!, hubo un libro muy famoso: *El vampiro de la colonia Roma*. Fue verdaderamente un bombazo en el mundo gay. En aquella época no sólo me gustó, sino que me sirvió como fuente de información para identificar un montón de cosas que sucedían en el mundo gay de la ciudad de México que yo no necesariamente sabía.

Aunque la recepción del libro fue amplia, no fue del agrado de todos. Ignacio evoca:

En el setenta y nueve me compré el libro *El vampiro de la colonia Roma*. Me chocó porque yo no pensé que hubiera gente así. Yo pensaba que todos eran como yo: te parabas en la esquina, te ponías a platicar con uno que pasaba en carro, te ligabas a alguien en el Sanborns, te ligabas a alguien en el cine, en el bar, te lo llevabas a tu casa o te llevaba a su casa, pero eso de cobrarles, de que lo invitaran a cenar a uno a cambio de sus favores: no. Sabía que existían los chichifos pero pensaba que estaban lejos, no donde yo iba, como a la colonia Roma. Yo pensaba que la colonia Roma era pura gente como uno, como yo... que lo regalaba, no que cobraba.

Independientemente del gusto o disgusto que les causara, los informantes reconocen la importancia que adquirió la novela desde su publicación y los lugares mencionados por ésta. En palabras de Ignacio, “el librito estaba muy bien hecho, muy divertido y bien documentado, hablaba de lugares y situaciones reconocibles”. Roberto agrega, “los lugares de encuentro de la época están bien retratados en el *Vampiro*, así como el lenguaje que se usaba y algunas situaciones que se vivían.” Pablo reconoce, “sí, lo leí, todo el mundo lo leía y luego lo comentábamos, como un libro ‘nuestro’, aunque tuvo, y sigue teniendo, gran éxito editorial.”



## La pandemia

¿Por qué lo que fue hermoso, cuando miramos atrás, se nos vuelve quebradizo al saber que ocultaba verdades amargas?

Bernard Schlink (2006: 40)

“La primera vez que yo escuché hablar sobre el SIDA fue por ahí de 1982, ya al inicio del sexenio de Miguel de la Madrid, como un mal todavía lejano que estaba impactando a los gringos”, recuerda Antonio. A escala global, la primera identificación del Síndrome de Inmunodeficiencia Adquirida, se dio en Estados Unidos en 1981 (Weeks 1998a: 100). El impacto causado por la difusión de la enfermedad afectó a todo el mundo. Al pensar en los primeros años de la década de los ochenta en México, Juan expresa:

El otro día, platicando con un amigo, nos preguntábamos, ¿dónde está toda esa gente que iba con nosotros a los bares? ¿Dónde están los que se reunían en fiestas con nosotros? ¿Dónde están todos? Muchos murieron a causa del SIDA.

Francisco lamenta, “se murieron muchísimos amigos y conocidos. Una generación perdida. Es triste abrir el libro negro de ¿te acuerdas de fulanito o menganito?” Ante la expansión de la enfermedad, algunos sintieron el temor de haberse infectado. Por ejemplo, Juan manifiesta:

En alguna ocasión, en 1984, en Estados Unidos, me metí a los baños, cometí muchos excesos y sí me vino una preocupación muy fuerte. Ya sonaba el SIDA, pero parecía que era una jugada política de Ronald Reagan para separar a la comunidad gay. Resultó que no fue así, ¿verdad? Sí era una enfermedad real.

En el caso de Juan, las pruebas dieron un resultado negativo. Sin embargo, el caso de Miguel fue distinto. Él mismo nos narra:

Me hice la prueba en el ochenta y seis pero, para entonces, ya tenía síntomas. Éstos tardan cinco, seis, ocho años en aparecer. Entonces, según mis cuentas, me debo haber infectado en el setenta y ocho o el setenta y nueve, que era cuando yo estaba en todo mi apogeo sexual, en el destrampe total, la locura del sexo, y nadie pensaba en el SIDA. Fue hasta inicios de los ochenta cuando empezaron a aparecer los primeros casos de la enfermedad.

Uno de los rasgos más notables de la crisis del SIDA es que, al contrario de la mayoría de las enfermedades, desde el principio se culpó a los que parecían ser sus principales víctimas (homosexuales masculinos o gays) de ser los culpables de causarla. Esto, debido a sus prácticas sexuales. Comúnmente se hablaba del SIDA como si se tratara de una aflicción específicamente homosexual, y el término “peste gay” se convirtió en una descripción común en las zonas más escabrosas de los medios de difusión. La aparente, aunque equivocada, conexión entre actividad sexual no ortodoxa y enfermedad, causó pánico en el mundo (Weeks 1998a: 100).

Con la aparición del SIDA, en la primera mitad de los años ochenta, los homosexuales locales fueron acusados de ser los portadores y transmisores del virus que ocasiona la enfermedad (VIH), estigmatizándoseles como “grupo de alto riesgo” (Hernández 2005: 292). Como recuerda Miguel quien, a partir de saberse infectado, se involucró en la lucha contra el SIDA:

Los primeros casos conocidos fueron de personas gays y eso causó un gran impacto. Se creó un estigma. Se creó el mito de que era la enfermedad de los homosexuales. Para muchos, un castigo divino, por el libertinaje. Había quienes opinaban, “merecido se lo tienen” por pecadores.

Luciano reprocha, “el desconocimiento bárbaro que se tenía en un principio generó un divisionismo atroz, que buscó culpables.” Antonio precisa que, “en México también se hablaba de un ‘cáncer rosa’ que impactaba únicamente a los gays, un castigo de Dios.”

Sin embargo, en la ciudad de México, la crisis económica de los años ochenta, tras el desplome de los precios del petróleo, y el terremoto de 1985, restaron atención al problema del SIDA. Desde mayo de 1981 el precio del

petróleo empezó a disminuir. Con menos ingresos y con mayores gastos por los intereses de la deuda, la situación de las finanzas públicas se hizo insostenible. Los especuladores, pero también los pequeños ahorradores que buscaron proteger su patrimonio, sacaron del país grandes cantidades de dólares. Respecto a la crisis, Antonio recuerda:

Quando regresé de Europa fue en la debacle del ochenta y dos, con las cuentas congeladas y la devaluación. Allí se acabaron los viajes. Luego, cuando López Portillo dio su último informe de gobierno ese mismo año, en medio de la crisis y la devaluación, y anunció la nacionalización de los bancos, la expresión de mi madre, que nunca decía groserías, fue: “nos acaba de llevar la chingada”.

En 1982, la economía mexicana estaba en quiebra y se anunció la suspensión de pagos a los acreedores extranjeros (Aboites 2004: 291). Ante la crisis desatada al final del gobierno de López Portillo, las políticas del gobierno de los Estados Unidos (Ronald Reagan) y el Reino Unido (Margaret Thatcher), que buscaban reducir el gasto público y afianzar la actividad de la empresa privada, en detrimento del Estado de bienestar, fueron seguidas por Miguel de la Madrid (1982-1988), ceñido a las condiciones impuestas por el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional para superar la crisis. El gasto y las inversiones públicas disminuyeron de un modo significativo (Aboites 2004: 292). Esto se tradujo en un aumento del desempleo y la caída del poder adquisitivo. Recordando la crisis, Ignacio asegura, “ahora sí que la cosa se puso grave, y no alcanzaba para nada de nada.”

Por otra parte, el terremoto de septiembre de 1985 causó miles de muertos en la ciudad de México (Aboites 2004: 293). Luciano narra:

Esto ya ocurrió en el sexenio de Miguel de la Madrid. Incluso, yo recuerdo perfectamente que a unos cuantos días del 19 de septiembre de 1985, se había desatado una histeria colectiva en todas partes. En los periódicos, eran titulares de ocho columnas, con unas letrotas enormes: “cuidado con los sidosos”. A todas horas se oía a la gente comentar del SIDA, de verdad con miedo; fueron momentos muy difíciles. Pero vino el terremoto y, dentro de lo trágico que fue, gracias a él se acabó la histeria porque la gente tuvo que

ocuparse de otras cosas. Porque antes de eso, empezaba a darse un recelo tremendo hacia las personas homosexuales, sobre todo, en contra de aquellos a quienes se les notaba más. Se agredía a los muchachos que frecuentaban el metro, se tomaban medidas en contra de ellos por parte de la policía, y los hacían objeto de represiones; se les agrupaba para sacarlos de la estación. Había situaciones de conflicto en todas partes y a todas horas. Sin embargo, los acontecimientos del 19 de septiembre permitieron que las cosas cambiaran por un tiempo, mientras se recomponían. El temblor nos favoreció por ese lado.

Al inicio de la década de los ochenta, el movimiento organizado de liberación homosexual de la ciudad de México entró en crisis. En la interpretación de Ian Lumsden (1991: 68-69), la identificación explícita del socialismo con la liberación homosexual tendía a apartar a la mayoría de sus seguidores inmediatos, fundamentalmente pertenecientes a los sectores medios. El movimiento no podía atraer nuevos activistas a sus organizaciones, ni movilizar a grandes cantidades de personas en sus manifestaciones. No tenía capacidad para idear respuestas concretas a la opresión que experimentaban los gays y lesbianas en su vida cotidiana, en sus trabajos, escuelas y hogares.

El movimiento de liberación homosexual ya estaba en problemas para 1982 y había desaparecido para 1984 debido a conflictos internos, a que no logró atraer una mayor base de militantes y, sobre todo, frente a los embates del SIDA (Hernández 2005: 291). Pablo, quien se encuentra involucrado en la lucha contra el SIDA, aclara que, “muchos militantes gays murieron de SIDA y hubo un quiebre en las organizaciones, debilitadas.” Efectivamente, los grupos de liberación homosexual se vieron devastados por la rápida expansión del SIDA y algunos de sus protagonistas fallecieron. A inicios de los años ochenta comenzó el descenso de las organizaciones homosexuales. El Frente Homosexual de Acción Revolucionaria se desintegró, dejando tras de sí una serie de grupos de trabajo especializados en la lucha contra la enfermedad, que resultaba urgente combatir (Miano 2001: 68). Luciano explica este proceso:

La gente abandonó las filas del movimiento sexo-político porque tenían que atender la urgencia de la enfermedad, porque se nos estaban yendo los compañeros pero de a montón. Era necesario ocuparse de informar a la gente, decirles cómo prevenir la enfermedad, aclararles que todos éramos

susceptibles de infectarnos -no sólo los homosexuales-, atender a los enfermos.

Entonces, los antiguos militantes se reorientaron a ofrecer servicios para la sociedad civil en el contexto del VIH/SIDA, creando talleres informativos y campañas de usos del condón (Hernández 2005: 293).

La expansión del SIDA tuvo un impacto global y, por supuesto, local. Según afirma Jeffrey Weeks (1995: 202), hizo evidentes las interdependencias que caracterizan a la humanidad; las migraciones entre países y continentes o hacia las grandes ciudades; las transformaciones que llevan de formas de vida “tradicionales” hacia otras más “modernas”; todos ellos, factores que han posibilitado la expansión del VIH. Por otro lado, la moderna sociedad de la información, los programas globales, las conferencias internacionales, también facilitaron una respuesta a escala mundial frente al desastre (Weeks 1995: 202). A decir de Gerardo, la lucha contra el SIDA tuvo, en el mediano y largo plazo, aspectos positivos para la aceptación de los gays:

Yo creo que a partir del SIDA comenzó una mayor satanización de los homosexuales, pero luego las cosas empezaron a cambiar. Al principio se culpó a los homosexuales del SIDA. Con el tiempo, la gente comenzó a preocuparse por el SIDA y comenzó a tratar de saber un poco más. Muchos se dieron cuenta de que no era una enfermedad exclusiva de los homosexuales. Y, por otra parte, aprendieron muchas cosas de la condición homosexual. Los gays también nos interesamos por conocer mejor en qué consistía nuestra condición y eso favoreció una mayor información y comprensión en algunos sectores, a pesar de los ultraconservadores.

Para 1985 las pruebas científicas habían dejado en claro que el SIDA se transmitía por un virus no especialmente infeccioso. El contagio se daba a través del contacto sexual íntimo o mediante el intercambio de sangre por lo que, además que se conocía la ruta que habría de seguirse para la prevención, se aclaraba que la enfermedad no era específicamente homosexual (Weeks 1998a: 101). Así, la epidemia del SIDA puso claramente sobre la mesa la necesidad de hablar con mayor apertura sobre el tema de la sexualidad, para crear políticas de prevención que se convirtieron en una nueva fuente de ideas

y expectativas (Carrillo 2002: 7). En el mundo, muchos de los que se involucraban en prácticas homosexuales se vieron atraídos por la identidad gay promovida por distintas organizaciones dedicadas a la prevención, que difundían información para la prevención de la enfermedad y discursos sobre los derechos humanos, impregnados del reconocimiento de la comunidad gay (Altman 1996: 85) . Como infiere Miguel, “a la larga, el SIDA ha contribuido a una mayor visibilidad de los gays en el planeta, pues nos hemos dedicado a combatirlo.” Irónicamente, la pandemia hizo que los hombres que se hacían cargo de otros hombres, particularmente en el contexto de la enfermedad, cobraran mayor visibilidad (Adam 2004: 271).

El VIH/SIDA obligó a las personas a adquirir conocimientos más vastos y específicos sobre la vida sexual, que solidificaron los esfuerzos de divulgación anteriores (Monsiváis 1995: 204-205). Así, puede pensarse que hubo una pausa en el proceso de creciente visibilización de la identidad gay iniciado en la década de los setenta, que habría de remontarse en la década de los noventa. Según recuerda Gerardo:

Con el SIDA no cerraron los bares. Desde que en los setenta comencé a ir a bares gay, siempre ha habido, nunca ha llegado el momento en que digas que no se puede ir a ningún lado. Pero sí siento que se frenó la conquista de espacios por parte de los gays, que volvió a cobrar fuerza hasta entrados los años noventa, cuando los gays empezaron a salir más y a ser más aceptados.

En un plazo más largo, la enfermedad contribuyó a una mayor expansión de la identidad gay. En palabras de Juan, “los que creyeron que iban a disolver a la comunidad gay gracias al SIDA, se equivocaron; no les funcionó, al contrario, se unió más gracias a la enfermedad.” En términos identitarios, el golpe inicial sería rebasado en la década de los noventa, si bien no se habría hallado cura para la enfermedad y los mecanismos de prevención habrían mostrado ser insuficientes a una escala social más amplia. Pablo sintetiza el proceso que habría de tomar su curso durante los siguientes años:

Yo creo que el SIDA significó una mayor estigmatización de los gays, en principio, pero obligó a hablar de los hombres que tienen sexo con otros

hombres, y con el tiempo, hizo que la población estuviera más abierta, más dispuesta a escuchar ante la pandemia. Creo que muchos salieron de la ignorancia gracias a la enfermedad.

## Reflexiones finales

Pero después que la lluvia ha caído no puede devolvérsela al cielo.

Mary Renault (1986: 64)

### *La entrevista*

La experiencia de ser entrevistado suscitó intensas reacciones entre los informantes que, durante el recorrido por la memoria, revivieron episodios de sus vidas cargados por intensas emociones. En conjunto, las conversaciones que condujeron a la producción de las fuentes principales de esta investigación, permitieron que los participantes repensaran su pasado desde su situación actual.

Al concluir con la entrevista, sin que hubiera ninguna pregunta al respecto, Ignacio expresó:

Quiero decirte que la entrevista me hizo reflexionar sobre mi vida y que, aún habiendo ido a psicoanálisis por años y estando interesado en la historia, recordé cosas en las que hacía mucho tiempo que no pensaba. Y eso me gustó; poder pensar en el camino que me ha llevado hasta aquí y acordarme de cosas que en su momento fueron importantes; alegres, divertidas, tristes, difíciles, aterradoras... todo lo que a uno le permite reflexionar sobre sí mismo y sobre su vida.

Algunos informantes destacaron los beneficios de la entrevistas a nivel personal, como lo hizo Ignacio. Según Miguel, “la entrevista me sirvió para pensar el camino andado, como la persona que soy en todas sus dimensiones y en crecimiento.” A decir de Sergio, la experiencia de “recordar cosas que hacía mucho tiempo que no sacaba del baúl, algunas dolorosas, otras hermosas, le hacen a uno confirmar lo emocionante que es vivir.”

A escala social, algunos participantes destacaron la importancia de esta investigación. Para Pablo, “es urgente recuperar la historia de quienes normalmente no se habla.” De acuerdo con Francisco, “es importante que



alguien hable de nosotros, los gays, como parte del pasado de esta gran ciudad y de este país.” Juan destaca, “por lo que sentí en la entrevista, creo que el trabajo final nos permitirá pensar en todo lo que ha cambiado y en las cosas que permanecen.”

### *La investigación*

En las conclusiones de esta investigación, efectivamente, se destacarán los cambios y continuidades visibles a partir de la apropiación de la identidad gay en la ciudad de México. Es necesario recordar que la emergencia de ésta, significó un desafío para las formas tradicionales de representar las prácticas homosexuales masculinas y resultó de una conjunción de elementos, descritos a lo largo de este trabajo, que permitieron su apropiación en este contexto específico durante la década de los setenta: la exposición de los sectores medios (privilegiados, al fin) de la ciudad de México al modelo “norteamericano” de organizar la homosexualidad; la mayor apertura sexual generada por distintos movimientos sociales (los reclamos del sesenta y ocho; la crítica feminista) que cuestionaron el orden establecido y pusieron en tela de juicio el modelo de masculinidad tradicional; el crecimiento de la ciudad de México que posibilitaba una suerte de anonimato y mayores posibilidades de expresión para la diversidad; el afán modernizador, de apertura al mundo y supuesta democratización, que caracterizó a la administración del Presidente José López Portillo, sustentada en la bonanza petrolera de la segunda mitad de los años setenta; y, evidentemente, el hecho de que en la ciudad de México existían hombres que se sentían erótica y afectivamente atraídos hacia personas de su propio sexo, dispuestos a redefinirse conforme a una identidad que les permitía valorarse “positivamente” respecto a las formas tradicionales de entender su situación.

La socialización del nuevo modelo identitario se produjo dentro de los círculos de hombres que se involucraban en relaciones homoeróticas en los espacios de sociabilidad especialmente establecidos para ellos, como los nacientes bares gay; mediante representaciones difundidas por los medios de comunicación; gracias a los viajes al extranjero (particularmente, hacia los

Estados Unidos), donde se visitaban espacios de sociabilidad homosexual y se adquiría el uso de la palabra gay como forma de autodenominarse; y, en menor medida, dentro de los valientes pero limitados grupos de liberación homosexual.

La difusión del término gay, implicó un cambio en la comprensión de las prácticas homosexuales, de un modelo en que se tendía a reproducir los roles tradicionales de género, a otro en el que todos los involucrados en prácticas homosexuales tienden a ser reconocidos como “gays”, favoreciendo la formación de un sentimiento de pertenencia a un sector social específico, de una comunidad imaginada. Por supuesto, al referirnos a la apropiación esta identidad, estamos hablando de un proceso en complejo y en curso, que si bien se inició durante la década de los setenta, continúa desarrollándose hasta hoy a escala local y global, amparado en la creciente producción de representaciones afines a la identidad gay expansión de representaciones gay (por ejemplo, en el cine, la televisión o los discursos sobre derechos humanos) y la proliferación de espacios asociados a ella (como organizaciones, bares o círculos académicos).

De acuerdo con los testimonios construidos, es importante destacar la evidencia de que las identidades no son sistemas cerrados, sino abiertos; esto es, en constante transformación y redefinición a través de múltiples negociaciones establecidas por los sujetos sociales. Una adscripción identitaria no produce una homogeneidad absoluta (Rodríguez 1998: 41). Al contrario, en ella se da un posicionamiento particular por parte de cada individuo. Así, el yo se inscribe en múltiples círculos de pertenencia (Miano 2001: 70); además de ser gay, se es mexicano o alemán; católico o musulmán; abogado o psicólogo; tapatío o jarocho; socialdemócrata o comunista... De aquí que, aunque varios sujetos se reconozcan como gays, existan notables diferencias entre una persona u otra, y distintas formas de vivirse como parte de la construcción identitaria aludida.

Dado que los actores sociales dan sentido a sus prácticas y a sus palabras situados en medio de la tensión entre sus capacidades inventivas y las coacciones o convenciones que los limitan (Chartier 2005: 34-35), es posible pensar a las identidades sociales como resultantes de una lucha de representaciones entre la visión (sumisa o rebelde) que una comunidad o grupo

decide para sí misma y las designaciones o definiciones que le son impuestas desde el exterior. La construcción de una identidad aparece, entonces, como una pugna en la que distintas posiciones sociales intentan imponer su versión de cómo debe ser percibido un grupo (Chartier 1995: 57). En este sentido, quienes comenzaban a definirse como gays (en la ciudad de México, durante la segunda mitad de los años setenta) luchaban contra visiones de la homosexualidad ampliamente difundidas a escala social. Por otra parte, es notable que, aunque la generalidad de los testimonios consideran la adquisición de la identidad como (fundamentalmente) liberadora, entre los sujetos existían visiones relativamente distintas de lo que significaba participar de este círculo de adscripción; por ejemplo, para algunos ser gay implicaba el compromiso de luchar contra la opresión e inventar nuevas formas de relacionarse con el entorno, mientras que para otros, la experiencia de ser gay estaba relacionada con cierto estilo de vida, basado en la sofisticación y el buen gusto.

Un cambio en los regímenes dominantes de representación (Hall 1990: 225-226) -en este caso, de la reproducción de los roles tradicionales de género a la organización gay de las prácticas homosexuales- tampoco implica la liberación absoluta. Inevitablemente, las nuevas categorías tienden a normalizar a los sujetos, que interiorizan nuevas formas de pensarse a sí mismos. Así, el cambio de las designaciones tradicionales (joto, maricón o puto) por la identidad gay, ciertamente, posibilita muchas cosas, en particular, como se ha visto, combatiendo al estigma. Sin embargo, también limita y excluye. Siguiendo al modelo de la urbe norteamericana, donde los gays han construido *ghettos* al estilo de otras comunidades minoritarias (negros, mexicanos o chinos), la identidad gay suele apartar a los sujetos que se reconocen en ella, del resto de la sociedad. Los testimonios de los informantes muestran que, en muchos casos, quienes comenzaron a definirse como gays durante el periodo estudiado, comúnmente comenzaron a relacionarse preferentemente con sus "iguales", excluyendo otras relaciones amistosas potenciales y dejando de visitar espacios que no fueran específicamente creados para el grupo identitario al que ahora se adscribían.

Las transformaciones sociales aludidas tampoco han sido tajantes. La inercia histórica es profunda en cuanto a ciertas definiciones tradicionales como

el binomio activo/pasivo, que siguen siendo utilizado y, en muchos casos, continúa suponiendo un estigma para quien es pensado como penetrado. En algunos casos, como explica Antonio, la distinción activo/pasivo se utiliza, simplemente, para establecer las prácticas sexuales preferidas dentro de un encuentro sexual:

Los roles activo y pasivo siguen siendo señalados. Creo que son muy comunes en la gente que no se involucra sentimentalmente con otra persona, sino que busca más el sexo que una relación; entonces, en este tipo de relaciones que son más sexuales que sentimentales, sí se da muchísimo el establecimiento de roles. A lo que te truje chenchu o a lo que te gusta más. En cambio, cuando te involucras sentimentalmente en una relación, no te importa. Ni siquiera te importa tanto el sexo, sino el intercambio de otras cosas, el compartir experiencias, y puede ser que la sexualidad se limite mucho más o pase a segundo plano dentro de la relación de pareja.

Gerardo coincide con este punto de vista. Considera que las definiciones activo/pasivo se mantienen, particularmente, en el ámbito de las relaciones sexuales que no conducen al establecimiento de un vínculo a largo plazo:

En las relaciones que son básicamente sexuales, los roles siguen imperando tajantemente, y si te vas a acostar con un tipo, éste inmediatamente te pregunta, “¿y tú qué eres: activo o pasivo?” Y bueno, a uno le gusta siempre alguna cosa más que otra, pero cuando tienes una pareja sentimental, no te importa el rol que desempeñas. Se puede experimentar y disfrutar de cosas nuevas. Y de eso te hablo, de mi experiencia hace veinticinco años, cuando tuve mi primera pareja. Él comenzó siendo exclusivamente activo porque era buga, según él, y ya luego, como se fue dando la relación, le dio curiosidad y después le encantaba que se la dejaran ir.

Sin embargo, la definición identitaria gay permite que estos papeles sean contemplados de manera crítica, combatiendo el estigma tradicional. Por ejemplo, Ernesto reflexiona:

Los roles, sexualmente hablando, no han cambiado; activo pasivo, se usa en todos lados. Uno va arriba y otro va abajo. Aunque la palabra pasivo es muy necia. De un amigo mío decían que era activo de las nalgas; que el rol de pasivo, ahí tirado, no le funcionaba. ¿Quién es activo y quién es pasivo, en realidad? En el resto de la vida, los roles no son fijos. Tampoco entre hombres y mujeres. Hay hombres que no cambian un foco y hay parejas donde la mujer es la que le reclama al taxista. Un rol puede dar cinco vueltas en veinticuatro horas, piense lo que piense la gente. Sin embargo, aunque va disminuyendo, para muchos es todavía de dar penita lo de preferir ser penetrado. Y otros sienten algo de superioridad por ser los que penetran. Sin embargo, en realidad, da igual. Si dos hombres tienen una relación, los dos son gays, y se acabó.

Siguiendo este planteamiento, y a la luz de los hallazgos de esta investigación, podría pensarse que el binomio activo/pasivo tiende a subordinarse, crecientemente, a la identidad gay. Conforme al ideal de esta categoría identitaria, se trataría, en todo caso, de una oposición que aludiría a las preferencias personales y no a la superioridad o inferioridad de las partes involucradas en un encuentro sexual o una relación de pareja. Sin embargo, en la práctica, el camino para dismantelar las representaciones del (supuestamente) pasivo en un plano de inferioridad, han encontrado profundas resistencias tradicionales.

Otra inercia histórica es, por supuesto, la del estigma. Si bien se ha dado un proceso de mayor aceptación de la homosexualidad dentro de ciertos grupos sociales, continúan utilizándose los términos injuriosos tradicionales (maricón, joto o puto) en contra de personas que establecen relaciones homoeróticas o, sencillamente, con el fin de insultar a cualquier persona de sexo masculino. La iglesia católica -a la que se adscribe la mayor parte de la población mexicana- continúa rechazando oficialmente a los gays y, por consiguiente, promoviendo la culpa entre quienes experimentan impulsos eróticos dirigidos hacia personas de su mismo sexo y validando la exclusión social.

Una vez realizada esta investigación, parece evidente que el impacto del movimiento de liberación homosexual en México fue en extremo limitado comparado, por ejemplo, con los alcances éste que tuvo en Estados Unidos y

otros países de habla inglesa. Respecto a este hecho, resulta importante apuntar la brevedad de la movilización, que sólo duró unos cuantos años; de 1978 a 1981 (Miano 2001: 68). El poco éxito de la militancia en comparación con el triunfo del estilo de vida gay, es explicado por Pablo:

Fui militante del Partido Comunista, no del movimiento homosexual. Pero, aunque quizá debería, no me siento desilusionado por el triunfo de los bares y la desaparición del movimiento en sí, o del triunfo del mercado, porque tampoco es cierto que todos los jóvenes de los setenta hayan estado involucrados en la lucha social ni que sus propuestas hayan sido efectivas. En todo caso, ocurrió justamente lo contrario. Faltaba y falta conciencia en todos los frentes y, finalmente, en los setenta asistimos a la revaloración de la propia homosexualidad, o la de los otros, en lo cotidiano, y eso fue muy bueno. Aunque la gente no hiciera de esto el centro de su quehacer, sin duda se ha construido una sociedad más respetuosa, aunque el movimiento de liberación homosexual no aportara la gran cosa.

Aparentemente, la identificación explícita del movimiento de liberación homosexual con el socialismo (expresada, por ejemplo, en consignas como, “Contra el sexismo, reserva del fascismo”<sup>74</sup> o “Por un socialismo sin sexismo”)<sup>75</sup> tendía a apartar a la mayoría de sus posibles seguidores inmediatos (Lumsden 1991: 69). Como se ha visto en este trabajo, los sectores medios de la ciudad de México, en general, no compartían estos puntos de vista políticos y, mientras que estaban interesados en participar de los bares o el turismo gay, no se sentían atraídos por la militancia de izquierda.

Desde el punto de vista del investigador que ha escrito estas páginas, la investigación ha producido una sensación de afinidad y distancia. El trabajo habla de la historia de mi ciudad y mi país, en un periodo anterior al que me tocó vivir como joven y joven adulto. A la vez, los actores sociales abordados, de distintas formas, participaron en la construcción de los espacios que yo tuve la oportunidad de disfrutar. Éste fue el gran antecedente de la gran expansión de los noventa, cuando proliferaron los espacios de sociabilidad gay y la

---

<sup>74</sup> *Política sexual, Cuadernos del Frente Homosexual de Acción Revolucionaria*, volumen 1, número 1, México, 1979: 15.

<sup>75</sup> *Política sexual, Cuadernos del Frente Homosexual de Acción Revolucionaria*, volumen 1, número 1, México, 1979: 1.

identidad gay era asequible para cualquier joven de la ciudad de México. En este sentido, sería interesante explorar este periodo y ver paralelismos y diferencias con otras regiones del planeta, en especial, en los países de habla hispana que, al compartir una lengua, comparten un mundo.

En vista de los resultados de esta investigación, es importante señalar una evidencia más respecto a su eje teórico principal. La identidad no es un producto acabado sino un proceso continuado que nunca llega a completarse del todo, atravesado por la diferencia. He aquí una paradoja: si bien las identidades se inventan en el transcurso de complejas historias, acaban resultando cruciales en la negociación de la vida cotidiana. Aportan un sentimiento de pertenencia que hace posible el funcionamiento de la vida social, aunque estén sujetas a revisiones y cambios (Weeks 1995: 216). De esta forma, la experiencia de adscribirse a la identidad gay en la ciudad de México, durante los años setenta, fue vivida de manera positiva por los sujetos. Como expresa Ignacio, “vivir en el mundo homosexual de la ciudad de México en aquel entonces tenía su chiste, fue bastante divertido ser joven y gay en los setenta, y fundamentalmente, liberador; fue un momento de liberación.”

### *El presente*

Además de reflexionar sobre sus vidas, la experiencia de la entrevista también hizo posible que los informantes volvieran su mirada hacia el momento actual, a la luz de los recuerdos, señalando, desde su espontánea percepción, los cambios y continuidades más notables que observan en la vida de los gays de la ciudad de México a inicios del siglo XXI. En primer lugar, destacan el triste papel que continúa jugando la jerarquía eclesiástica, como promotora de la discriminación. En palabras de Ricardo:

Desafortunadamente, la iglesia sigue promoviendo la intolerancia. El mensajito del catecismo de Juan Pablo II es absurdo. Reconoce que los gays merecen respeto pues la ciencia ha demostrado que no eligen su orientación sexual pero les exige que no tengan sexo, que vivan en abstinencia pues los actos homosexuales son intrínsecamente desordenados. O sea, no somos malos, pero estamos inclinados al mal. Pues que le reclamen a Dios por haber creado

esta condición que nadie pidió. Y eso de que las relaciones sexuales sólo son aceptables con el fin de la procreación, a estas alturas... Caray, el mundo se está cayendo a pedazos por la sobrepoblación, el calentamiento global, la pobreza, la explotación, la injusticia, y la iglesia sigue dándole tanta importancia a lo que pasa en la alcoba. Y, en realidad, el amor, la comprensión, la ayuda efectiva al prójimo es muy poca. Qué tristeza que pudiéndose hacer tanto, se haga tan poquito. Qué tristeza que pudiéndose luchar por un mundo mejor, se promueva la discriminación.

Otro aspecto notable es la apertura que hoy disfrutan los gays -a pesar de que los prejuicios no han sido ni remotamente eliminados- en comparación con lo que ocurría en la ciudad de México durante los años setenta. Al respecto, Juan comenta, “es hasta ahora que estoy asumiéndome públicamente como homosexual; y es que ahorita sí se puede y me importa madres si alguien se entera que soy gay.” Además, sostiene, cada vez hay más espacios de sociabilidad para los gays; “hay bares en todos lados, no sólo aquí, sino en Guadalajara, Monterrey, Puebla, Morelia, Cuernavaca, por no hablar de Puerto Vallarta, el paraíso gay mexicano, según dicen.” Por otra parte, los gays tienen mayores libertades de expresión en el espacio público pues, como el mismo Juan sostiene:

Ahora, en la ciudad de México, los chavos hasta se besan en la calle. Eso me parece muy honesto. Yo no lo hice nunca. Cuando tenía su edad no lo hubiera hecho jamás. Pero me parece bien que lo hagan. Son más libres de lo que nosotros fuimos. Luego andan de la manita en la Zona Rosa, en la Condesa, en la Roma; tampoco en todos lados, ¿eh?, sino en zonas donde hay más tolerancia. Y aún así, luego les chiflan o hasta les llegan a gritar, “pinches putos”.

En sintonía con esta afirmación, Ernesto opina que, “evidentemente ha habido un cambio radical. Ya ves personajes hasta personajes gays en televisión. Antes la imagen era siempre negativa y ahora vamos mejorando.” Antonio considera:



Los gays ya no son parias sociales a los que se les equipara con criminales y degenerados. Antes se nos veía como la escoria social, por más trabajadores, competentes o buenos que fuéramos como personas. Ahora se difunde otra imagen, curiosamente asociada con la creatividad, la cultura y el buen gusto.

Comparando el presente con el pasado recordado, Sergio aprecia una mayor apertura en la ciudad de México y dice, “me da gusto que la situación de ahora sea así. La época que a mí me tocó vivir fue bonita pero a la vez fue nefasta porque la represión siempre te hacía vivir con miedo. Y ahora tienen más libertades de las que había antes”.

En la visión de algunos, ciertamente hay muchas cosas por celebrar en el mundo de hoy, pero también hay algunas cosas negativas. Para Gerardo, “lo bueno es que ya no hay tantos impedimentos para que los jovencitos se declaren gays, ya se asumen las cosas con mayor naturalidad que antes. Pero no es así en todos los casos; es cierto que muchos son discriminados y siguen sintiéndose menos por ser gays.” En esta tónica, Luciano hace un balance de lo que se ha ganado y se ha perdido en las décadas que siguieron a la segunda mitad de los setenta:

Creo que hoy nos hace falta más conciencia. Más curiosidad por el mundo, más ganas de leer, de cambiar al mundo que tiene tantos problemas. No sólo ir a los bares, al gimnasio, a comprarnos ropa bonita. De eso había más en los setenta: ganas de hacer algo por la comunidad. Por otra parte, en todo este tiempo, sí creo que hemos ganado terreno. Creo que se han roto prejuicios y estereotipos. El mundo ha cambiado. Mucha gente también piensa de otra manera las relaciones heterosexuales, en comparación con lo que pasaba hace treinta años. Yo considero que la atmósfera social que hoy vivimos es de una mayor apertura. Se puede estudiar y experimentar. Hoy pueden intentarse distintas maneras de relacionarse. Aunque creo que eso es para unos cuantos, para círculos reducidos de personas pensantes. Las marchas del orgullo gay son un éxito en la actualidad. Mucha gente acude a ellas y eso muestra una mayor aceptación. Sin embargo, tengo la impresión de que la mayoría de los que están allí no están informados. No saben nada de nada y sólo se preocupan por lo inmediato. Pero, por otro lado, la visibilidad habla de una sociedad más respetuosa o menos intolerante, cosa que ya es un avance.

Como expresan los informantes, comparando pasado y presente, el proceso del que ellos fueron partícipes dio por resultado el arraigo de la identidad gay en México, que continúa expandiéndose a escala local y global.

## Referencias bibliográficas

Aboites Aguilar, Luis. 2004. "El último tramo, 1929-2000". *Nueva historia mínima de México*. México: El Colegio de México: 262-302.

Adam, Barry D. 1998 [1985]. "Structural foundations of the gay world". Peter M. Nardi, Beth E. Schneider. *Social perspectives in the lesbian and gay studies, A reader*. London: Routledge: 220-229.

Adam, Barry D. 2004. "Care, intimacy and same sex partnership in the 21st century". *Current sociology* 2(52): 265-279.

Aguilar Camín, Héctor, Lorenzo Meyer. 2004 [1989]. *A la sombra de la Revolución Mexicana*. México: Cal y arena.

Agustín, José. 1994 [1992]. *Tragicomedia mexicana 2, La vida en México de 1970 a 1982*. México: Planeta.

Almaguer, Tomás. 1993 [1991]. "Chicano men: A cartography of homosexual identity and behavior". Henry Abelove, Michèle Aina Barale, David M. Halperin. *The lesbian and gay studies reader*. New York: Routledge: 255-237.

Alonso, Ana María, Teresa Koreck. 1993 [1991]. "Silences: 'Hispanics', AIDS, and sexual practices". Henry Abelove, Michèle Aina Barale, David M. Halperin. *The lesbian and gay studies reader*. New York: Routledge: 110-126.

Altman, Dennis. 1996. "Rupture or continuity?, The internationalization of gay identities". *Social Text* 48: 77-94.

Altman, Dennis. 2001. *Global sex*. Chicago: The University of Chicago Press.

Anderson, Benedict. 1993 [1983]. *Comunidades imaginadas, Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México: Fondo de Cultura Económica.

Appadurai, Arjun. 2001 [1996]. *La modernidad desbordada, Dimensiones culturales de la globalización*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica / Trilce.

Arenas, Reinaldo. 2004 [1990]. *El portero*. Barcelona: Tusquets.

Ariès, Philippe. 1987 [1982]. "Reflexiones en torno a la homosexualidad". *Sexualidades occidentales*. México: Paidós: 103-122.

Aróstegui, Julio. 2004. *La historia vivida, Sobre la historia del presente*. Madrid: Alianza Editorial.

Augé, Marc. 1998 [1992]. *Los "no lugares", espacios del anonimato, Una antropología de la sobremodernidad*. Barcelona: Gedisa.

- Balderston, Daniel. 1998 [1997]. "¿El tercero excluido? La bisexualidad en *Doña Herlinda y su hijo*". Daniel Balderston, Donna J. Guy. *Sexo y sexualidades en América Latina*. Buenos Aires: Paidós: 277-289.
- Barnes, Julian. 1994 [1989]. *Una historia del mundo en diez capítulos y medio*. Barcelona: Anagrama.
- Bauman, Zygmunt. 2001 [1998]. *La globalización, Consecuencias humanas*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Bertaux, Daniel. 1997 [1989]. "Los relatos de vida en el análisis social". Jorge Aceves Lozano. *Historia oral*. México: Instituto Mora: 136-148.
- Blancarte, Roberto J. 2005. "Religiosidad, creencias e iglesias en la época de la transición democrática". Ilán Bizberg, Lorenzo Meyer. *Una historia contemporánea de México, Tomo II, Actores*. México: Océano: 225-304.
- Blanco, José Joaquín. 1996 [1989]. "Luis Zapata: el salto a la muerte". *Crónica literaria, Un siglo de escritores mexicanos*. México: Cal y arena: 543-546.
- Blanco, José Joaquín. 1997 [1979]. "Ojos que da pánico soñar". *Función de medianoche, Ensayos de literatura cotidiana*. México: Era: 181-190.
- Blanco, José Joaquín. 2005. *Postales trucadas*. México: Cal y arena.
- Blanco, Mercedes. 1999. "Mujeres profesionistas de clase media: procesos de decisión e inserción social". *Nueva antropología* 55: 27-42.
- Boswell, John. 1992 [1980]. *Cristianismo, tolerancia social y homosexualidad*. Barcelona: Muchnik.
- Buffington, Robert. 2003. "Homophobia and the Mexican working class, 1900-1910". Robert McKee Irwin, Edward J. McCaughan, Michelle Rocío Nasser. *The famous 41, Sexuality and social control in Mexico, c. 1901*. New York: Palgrave Macmillan: 193-225.
- Burke, Peter. 1996 [1993]. *Hablar y callar, Funciones sociales del lenguaje a través de la historia*. Barcelona: Gedisa.
- Burke, Peter. 1999 [1991]. "Historia de los acontecimientos y renacimiento de la narración". Peter Burke. *Formas de hacer historia*. Madrid: Alianza Editorial: 287-305.
- Butler, Judith. 2001 [1999]. *El género en disputa, El feminismo y la subversión de la identidad*. México: Universidad Nacional Autónoma de México / Paidós.
- Calvino, Italo. 1996 [1989]. *El caballero inexistente*. Madrid: Siruela.
- Cantú, Lionel. 2002. "De Ambiente, Queer tourism and the shifting boundaries of Mexican male sexualities". *GLQ* (8)1: 139-166.

Carrier, Joseph. 1995. *De los otros, Intimacy and homosexuality among Mexican men*. New York: Columbia University Press.

Carrillo, Héctor. 2002. *The night is young, Sexuality in Mexico in the time of AIDS*. Chicago: The University of Chicago Press.

Certeau, Michel de. 1996 [1990]. *La invención de lo cotidiano, 1. Artes de hacer*. México: Universidad Iberoamericana / Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente / Centro Francés de Estudios Mexicanos y Centroamericanos.

Chartier, Roger. 1995 [1992]. *El mundo como representación, Estudios sobre historia cultural*. Barcelona: Gedisa.

Chartier, Roger. 2005. *El presente del pasado, Escritura de la historia, historia de lo escrito*. México: Universidad Iberoamericana.

Chauncey, George. 1995 [1994]. *Gay New York, The making of the gay male world, 1890-1940*. London: Flamingo.

Cohen, Deborah, Lessie Jo Frazier. 2004. "México 68: hacia una definición del espacio del movimiento. La masculinidad heroica en la cárcel y las 'mujeres' en las calles". *Estudios sociológicos* 66: 591-623.

Collado Herrera, María del Carmen. 1994. "¿Qué es la historia oral?" Graciela de Garay. *La historia con micrófono, Textos introductorios a la historia oral*. México: Instituto Mora: 13-32.

Corsten, Michael. 1999. "The time of generations". *Time & Society* 2(8): 249-272.

Cortés, Fernando. 2000. *Procesos sociales y desigualdad económica en México*. México: Siglo XXI.

Darnton, Robert. 1994 [1984]. *La gran matanza de gatos y otros episodios en la historia de la cultura francesa*. México: Fondo de Cultura Económica.

Delumeau, Jean. 2005 [1978]. *El miedo en Occidente, (Siglos XIV-XVIII), Una ciudad sitiada*. México: Taurus.

D'Emilio, John. 1990 [1981]. "Gay politics and community in San Francisco since World War II". Martin Duberman, Martha Vicinus, George Chauncey. *Hidden from history, Reclaiming the gay and lesbian past*. New York: Meridian: 456-473.

D'Emilio, John. 1992 [1983]. "Capitalism and gay identity". *Making trouble, Essays on gay history, politics and the University*. New York: Routledge: 3-16.

D'Emilio, John. 1998 [1983]. *Sexual politics, sexual communities, The making of a homosexual minority in the United States, 1940-1970*. Chicago: The University of Chicago Press.

Dijk, Teun A. van. 2000 [1998]. *Ideología, Una aproximación multidisciplinaria*. Barcelona: Gedisa.

Dijk, Teun A. van. 2001 [1997]. "El discurso como interacción en la sociedad". Teun A. van Dijk. *El discurso como interacción social, Estudios sobre el discurso II, Una introducción multidisciplinaria*. Barcelona: Gedisa: 19-66.

Eribon, Didier. 2001 [1999]. *Reflexiones sobre la cuestión gay*. Barcelona: Anagrama.

Ester, Peter, Henk Vinken, Isabelle Diepstraten. 2002. "Reminiscences of an extreme century, Intergenerational differences in time heuristics: Dutch people's collective memories of the 20<sup>th</sup> century". *Time & Society* 1(11): 39-66.

Fein, Seth. 1995. "La diplomacia del celuloide, Hollywood y la edad de oro del cine mexicano". *Historia y gráfica* 4: 137-176.

Foster, David William. 1991. *Gay and lesbian themes in Latin American writing*. Austin: University of Texas Press.

Foucault, Michel. 1992 [1971]. "Nietzsche, la genealogía, la historia". *Microfísica del poder*. Madrid: La Piqueta: 7-29.

Foucault, Michel. 1996 [1975]. *Vigilar y castigar, Nacimiento de la prisión*. México: Siglo XXI.

Foucault, Michel. 1998 [1976]. *Historia de la sexualidad, 1-la voluntad de saber*. México: Siglo XXI.

Garay, Graciela de. 1997a. "Prólogo". *Cuéntame tu vida, Historia oral: historias de vida*. México: Instituto Mora: 5-8.

Garay, Graciela de. 1997b. "La entrevista de historia de vida: construcción y lecturas". *Cuéntame tu vida, Historia oral: historias de vida*. México: Instituto Mora: 16-28.

Geertz, Clifford. 1994 [1983]. *Conocimiento local, Ensayo sobre la interpretación de las culturas*. Barcelona: Paidós.

Geertz, Clifford. 1997 [1973]. *La interpretación de las culturas*. Barcelona: Gedisa.

Gerson, Kathleen, Ruth Horowitz. 2002. "Observation and interviewing: Options and choices in qualitative research". Tim May. *Qualitative research in action*. London: Sage: 199-224.

- Giddens, Anthony. 2000 [1992]. *La transformación de la intimidad sexual, Sexualidad, amor y erotismo en las sociedades modernas*. Madrid: Cátedra.
- Gilbert, Arthur N. 1985 [1981]. "Conceptions of homosexuality and sodomy in Western history". Salvatore J. Licata, Robert P. Petersen. *The gay past, A collection of historical essays*. New York: Harrington Park Press: 57-68.
- Giménez Montiel, Gilberto. 2002. "Paradigmas de identidad". Aquiles Chihu Amparán. *Sociología de la identidad*. México: Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa / Miguel Ángel Porrúa.
- Ginzburg, Carlo. 2001 [1976]. *El queso y los gusanos, El cosmos, según un molinero del siglo XVI*. Barcelona. Muchnik Editores.
- Goffman, Erving. 1997 [1959]. *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Buenos Aires: Amorrortu.
- González de Alba, Luis. 1998. "Those were the days..." *Nexos* 241: 141-145.
- Grossberg, Lawrence. 2002 [1996]. "Identity and cultural studies: Is that all there is?" Stuart Hall, Paul du Gay. *Questions of cultural identity*. London: Sage: 87-107.
- Gruzinski, Serge. 1985. "Las cenizas del deseo, Homosexuales novohispanos a mediados del siglo XVII". Sergio Ortega. *De la santidad a la perversión, O de por qué no se cumplía la ley de Dios en la sociedad novohispana*. México: Grijalbo: 255-284.
- Gruzinski, Serge. 2004 [1996]. *La ciudad de México: Una historia*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Gupta, Akhil, James Ferguson. 1999 [1997]. "Beyond 'culture': Space, identity, and the politics of difference". *Culture, power, place, Explorations in critical anthropology*. Durham: Duke University Press: 33-51.
- Hall, Stuart. 1990. "Cultural identity and diaspora". Jonathan Rutherford. *Identity: Community, culture, difference*. London: Lawrence and Wishart Limited: 222-237.
- Hall, Stuart. 1997. "The work of representation". *Representation: Cultural representations and signifying Practices*. London: Sage Publications / The Open University: 13-64.
- Hall, Stuart. 2002 [1996]. "Introduction: Who needs 'identity'?". Stuart Hall, Paul du Gay. *Questions of cultural identity*. London: Sage: 1-17.
- Hamnett, Brian. 2001 [1999]. *Historia de México*. Madrid: Cambridge University Press.

Harvey, David. 1992 [1989]. *The condition of postmodernity, An enquiry into the origins of cultural change*. Boston: Blackwell Publishers.

Hernández, Luisa Josefina. 1985 [1961]. *La plaza de Puerto Santo*. México: Fondo de Cultura Económica / Secretaría de Educación Pública.

Hernández Cabrera, Porfirio Miguel. 2001. "La construcción de la identidad gay en un grupo gay de jóvenes de la ciudad de México, Algunos ejes de análisis para un estudio etnográfico". *Desacatos* 6: 63-96.

Hernández Cabrera, Porfirio Miguel. 2005. "El movimiento lésbico, gay, bisexual y transgénero y la construcción social de la identidad gay en la ciudad de México". Edith Yesenia Peña Sánchez, Francisco Ortiz Pedraza, Lilia Hernández Albarrán. *Memorias de la II semana de la diversidad sexual*. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia: 287-304.

Hobsbawm, Eric. 1995 [1994]. *Historia del siglo XX, 1914-1991*. Barcelona: Crítica.

Jordan, Mark D. 2000. *The silence of sodom, Homosexuality in modern Catholicism*. Chicago: University of Chicago Press.

Kertész, Imre. 2001 [1975]. *Sin destino*. Barcelona: Acantilado.

Kippax, Susan, Gary Smith. 2001. "Anal Intercourse and power in sex between men". *Sexualities*. (4)4 : 413-434.

Lash, Scott. 1997 [1990]. *Sociología del posmodernismo*. Buenos Aires: Amorrortu.

Lau, Ana. 2000. "El nuevo movimiento feminista mexicano a fines del milenio". Eli Bartra, Ana M. Fernández Poncela, Ana Lau. *Feminismo en México, Ayer y hoy*. México: Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco: 11-36.

Lipovetsky, Gilles. 2000 [1983]. *La era del vacío, Ensayos sobre el individualismo contemporáneo*. Barcelona: Anagrama.

List Reyes, Mauricio. 1999. "Construcción de lugares gay en la ciudad de México: El Bol de Polanco y la cervecería La Lili". *Iztapalapa* 45: 309-318.

Lizárraga Cruchaga, Xabier. 2003. *Una historia sociocultural de la homosexualidad, Notas sobre un devenir silenciado*. México: Paidós.

Luciano, Lynne. 2001. *Looking Good, Male Body Image in Modern America*. New York: Hill and Wang.

Lumsden, Ian. 1991. *Homosexualidad, sociedad y estado en México*. México: Solediciones / Canadian Gay Archives.

Mann, Thomas. 2005 [1924]. *La montaña mágica*. Barcelona: Edhasa.



Mejía, Max. 2004 [2000]. "Rosa mexicano". Peter Drucker. *Arco Iris diferentes*. México: Siglo XXI.

Meyer, Eugenia, Eva Salgado. 2002. *Un refugio en la memoria, La experiencia de los exilios latinoamericanos en México*. México: Océano.

Meyer, Lorenzo. 2003. "Estados Unidos: de la vecindad distante a la proximidad difícil". Ilán Bizberg, Lorenzo Meyer. *Una historia contemporánea de México: transformaciones y permanencias*. México: Océano: 111-153.

Miano, Marinella, Angela Giglia. 2001. "Identidades en construcción y deconstrucción: una exploración del archipiélago lésbico-gay desde la historia oral". *Cuicuilco* 23: 67-95.

Monsiváis, Carlos. 1995. "Ortodoxia y heterodoxia en las alcobas (Hacia una crónica de costumbres y creencias sexuales en México)". *Debate feminista* 11: 183-210.

Monsiváis, Carlos. 2001. "Los iguales, los semejantes, los (hasta hace un minuto) perfectos desconocidos (A cien años de la Redada de los 41)". *Debate feminista* 24: 301-327.

Monsiváis, Carlos. 2002. "Los gays en México: la fundación, la ampliación, la consolidación del *ghetto*". *Debate feminista* 26: 89-115.

Muñoz, Mario. *De amores marginales, 16 cuentos mexicanos*. Xalapa: Universidad Veracruzana.

Murray, Stephen O. 1992. "The 'underdevelopment' of modern/gay homosexuality in Mesoamerica". Ken Plummer. *Modern homosexualities, Fragments of lesbian and gay Experience*. New York: Routledge: 29-38.

Murray, Stephen O., Manuel Arboleda G. 1995. "Stigma transformation and relexification: Gay in Latin America". Stephen O. Murray. *Latin American male homosexualities*. Albuquerque: University of New Mexico Press: 138-144.

Murray, Stephen O. 2000. *Homosexualities*. Chicago: The University of Chicago Press.

Negrete Salas, María Eugenia. 1994. "Evolución de la población y organización urbana, Enfoque ecológico-demográfico del cambio metropolitano". Víctor Jiménez, Ilán Semo, María Eugenia Negrete Salas, Hira de Gortari Rabiela, Arturo Sánchez Gutiérrez, Matraelena Negrete S., Manuel Olimón Nolasco, Engracia Locuo, Cecilia Greaves, Mario Melgar Adalid. *Macrópolis mexicana*. Departamento del Distrito Federal / Universidad Iberoamericana / Consejo Nacional para la Cultura y las Artes: 67-82.

- Pérez Fernández del Castillo, Germán. 2005 [2004]. "José López Portillo: La ruptura del pacto revolucionario". Will Flower. *Presidentes mexicanos, Tomo II (1911-2000)*. México: Instituto Nacional de Estudios Históricos Sobre a Revolución Mexicana: 385-415.
- Plummer, Kenneth. 1998 [1981]. "Homosexual categories: Some research problems in the labelling perspective of homosexuality". Peter M. Nardi, Beth E. Schneider. *Social perspectives in lesbian and gay studies, A Reader*. London: Routledge: 84-99.
- Pollak, Michael. 1987 [1982]. "La homosexualidad masculina o: ¿la felicidad en el ghetto?". Philippe Ariès. *Sexualidades occidentales*. México: Paidós: 71-102.
- Portelli, Alessandro. 1997 [1981]. "'El tiempo de mi vida': las funciones del tiempo en la historia oral". Jorge Aceves Lozano. *Historia oral*. México: Instituto Mora: 195-218.
- Procacci, Giuliano. 2001 [2000]. *Historia general del siglo XX*. Barcelona: Crítica.
- Renault, Mary. 1986 [1956]. *El último vino*. Barcelona: Caralt.
- Rodríguez, Mariángela. 1998. *Mito, identidad y rito, Mexicanos y chicanos en California*. México: Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social / Miguel Ángel Porrúa.
- Rodríguez Kuri, Ariel. 1998. "El otro 68: Política y estilo en la organización de los juegos olímpicos de la ciudad de México". *Relaciones* 76: 107-129: 111.
- Rubial García, Antonio. 2005 [1998]. *Monjas, cortesanos y plebeyos, La vida cotidiana en la época de Sor Juana*. México: Taurus.
- Sánchez Domínguez, Luis Arturo. 2002. "De 'san juaneras' y 'metreras'; entornos públicos y placer homosexual". *Memoria* 155: 25-29.
- Sánchez Ruiz, Enrique E. 2005. "Los medios de comunicación masiva en México, 1968-2000". Ilán Bizberg, Lorenzo Meyer. *Una historia contemporánea de México, Tomo II, Actores*. México: Océano: 403-454.
- Saramago, José. 2004 [2000]. *La caverna*. México: Alfaguara.
- Schlink, Bernhard. 2006 [1995]. *El lector*. Barcelona: Anagrama.
- Schneider, Luis Mario. 1997. *La novela mexicana entre el petróleo, la homosexualidad y la política*. México: Patria.
- Schuerkens, Ulrike. 2003. "The Sociological and anthropological study of globalization and localization". *Current Sociology* (51)3/4: 209-222.

Schulman, Bruce J. 2001. *The seventies, The great shift in American culture, society and politics*. New York: The Free Press.

Scott, Joan Wallach. 1999 [1985]. "Gender: A useful category of historical analysis". *Gender and the politics of history*. New York: Columbia University Press: 28-50.

Sifuentes Jáuregui, Ben. 1998 [1997]. "El género sin límites, Travestismo y subjetividad en *El lugar sin límites*. Daniel Balderston, Donna J. Guy. *Sexo y sexualidades en América Latina*. Buenos Aires: Paidós: 83-106.

Smith, Peter H. 1998 [1990]. "México, 1946-c. 1990". Leslie Bethell. *Historia de América Latina, 13. México y el Caribe desde 1930*. Barcelona: Crítica: 84-147.

Smith, Peter H. 2001 [1990]. "El imperio del PRI". Timothy Anna, Jan Bazant, Friedrich Katz, John Womack, Jean Meyer, Alan Knight, Peter H. Smith. *Historia de México*. Barcelona: Crítica: 321-384.

Steakley, James D. 1990 [1983]. "Iconography of a scandal, Political cartoons and the Eulenberg affair in Wilhelmin Germany". Martin Duberman, Martha Vinicius, George Chauncey. *Hidden from history, Reclaiming the gay and lesbian past*. New York: Meridian: 233-263.

Stern, Claudio. 1990. "Notas para la delimitación de las clases medias en México". Soledad Loaeza, Claudio Stern. *Las clases medias en la coyuntura actual*. México: El Colegio de México: 19-27.

Stryker, Susan, Jim van Buskirk. 1996. *Gay by the Bay, A History of Queer Culture in San Francisco bay area*. San Francisco: Chronicle Books.

Vergara Figueroa, Abilio. 2001. "Horizontes del imaginario, Hacia un reencuentro con sus tradiciones investigativas". Abilio Vergara Figueroa. *Imaginario: horizontes plurales*. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/ Instituto Nacional de Antropología e Historia / Escuela Nacional de Antropología e Historia / Benemérita Universidad Autónoma de Puebla: 11-83.

Weeks, Jeffrey. 1995 [1982]. "Valores en una era de incertidumbre". Ricardo Llamas. *Construyendo sidentidades, Estudios desde el corazón de una pandemia*. Madrid: Siglo XXI: 199-225.

Weeks, Jeffrey. 1998a [1986]. *Sexualidad*. México: Programa Universitario de Estudios de Género-Universidad Nacional Autónoma de México / Paidós: 38.

Weeks, Jeffrey. 1998b. "La construcción de las identidades genéricas y sexuales, La naturaleza problemática de las identidades". Ivonne Szasz, Susana Lerner. *Sexualidades en México, Algunas aproximaciones desde la perspectiva de las ciencias sociales*. México: El Colegio de México: 199-221.

Yourcenar, Marguerite. 1993 [1974]. *Opus nigrum*. Madrid: Alfaburara.

Zapata, Luis. 1996 [1979]. *El vampiro de la colonia Roma*. México: Grijalbo.

Zolov, Eric. 1999. *Refried Elvis, The rise of the Mexican counterculture*. Los Ángeles: University of California Press.

Zolov, Eric. 2004. "Notas sobre la capital en su contribución hegemónica". Ariel Rodríguez Kuri, Sergio Tamayo Flores-Alatorre. *Los últimos cien años, Los próximos cien...* México: Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco: 111-126.